

A N N A C A R E Y

# DEADFALL



ATP ADADA

Lectulandia

Debes correr... para salvar tu vida. Hace una semana despertaste en Los Ángeles.No recordabas quién eras. Solo sabías que estaban intentando matarte. Confiaste en Ben, pero te traicionó. Ahora escapaste a Nueva York con un chico llamado Rafe, que dice recordarte de antes. Pero no están a salvo. Las mismas personas que te persiguen también lo tienen a él en la mira. Mientras la cacería se intensifica, comienzas a recobrar la memoria. Sin embargo, tu pasado no puede salvarte de tu presente. Tampoco evitará que un solo paso en falso pueda acabar con tu vida. ¿Podrás escapar?

Lectulandia

Anna Carey

# Deadfall: atrapada

Blackbird - 2

ePub r1.0

Watcher 12-04-2018

Título original: *Deadfall*  
Anna Carey, 2015  
Traducción: Silvina Poch  
Foto de cubierta: Paper Boat Creative, Fernando Cortes

Editor digital: Watcher  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



# CAPÍTULO UNO

«EL ABORDAJE DEL tren con destino a Chicago comenzará en cinco minutos», se escucha un aviso. Unas cuantas personas se levantan, algunas arrastran maletas.

Al otro lado del pasillo ves a un chico indigente hecho ovillo, dormido debajo de una hilera de tres asientos.

—¿Qué haces ahí? ¡Estás bloqueando el paso! —un hombre se agacha y levanta su maleta, murmurando algo por lo bajo.

El chico asoma, toma una mochila que está a su lado, en el piso. Se sacude el cabello y se levanta. Luego alza la cara, tratando de echar un vistazo al tablero. Sus ojos se encuentran con los tuyos, y de pronto son las únicas dos personas allí. Son sus ojos, cafés, profundos y cálidos. Los dos lunares en la mejilla derecha. Su cabello está más largo, le cubre el ceño, pero lo reconocerías en cualquier lugar.

La parte interior de su camiseta está rota. Sus pantalones están cubiertos de mugre. Al mirar su muñeca derecha, notas el tatuaje que asoma debajo de un reloj de plástico. Un símbolo y una serie de números. Igual al tuyo.

Retraes la pulsera de cuero, mostrándole la delicada piel de la cara interna de tu muñeca. Sujetas tu mano de forma que nadie más pueda ver.

—Tú —dice finalmente—. Eres tú.

Entonces sonríe. Apenas puedes respirar. Es tanto lo que sientes por esta persona, por este extraño, por este chico de tus sueños.

—Estás aquí —dices mientras avanza hacia ti—. Eres real.

—Pensé que estabas muerta. Como no apareciste...

—¿Dónde?

Se sobresalta y te mira a los ojos. Tiene manchitas doradas en el iris. En los recuerdos de la isla, tenía la cabeza afeitada. Ahora lleva el pelo negro más largo y tupido. Da un paso hacia atrás.

—¿No recuperaste tus recuerdos?

Te pones tensa bajo su mirada.

—Están volviendo. Pero fragmentados. Sueños. flashes. ¿Tú recuerdas todo? ¿Incluso lo anterior?

—Comenzó de esa manera —explica—. Luego los recuerdos empezaron a fundirse entre sí y me resultó más fácil conectar los hechos.

Quieres saber más, pero tus ojos recorren la estación. Del otro lado del pasillo central, hay dos hombres sentados de unos cuarenta y cinco años, observando los

tableros con los números de los andenes. En un segundo, uno de ellos se da cuenta de que lo estás mirando.

—No deberíamos estar hablando aquí. No es seguro. Ni siquiera deberían vernos juntos.

El chico se vuelve hacia el tablero.

—¿A qué hora sale tu tren?

—En cinco minutos.

—¿Nueva York?

—Chicago.

—Es el mismo tren, que sigue hacia Nueva York. Deberías seguir... ahí es donde voy yo.

Lo miras con atención, no sabes si puedes confiar en él. Tu instinto te dice que sí pero, después de las dos últimas semanas, no puedes estar segura. Confiaste en Ben, el chico que te ayudó cuando despertaste en las vías del metro. Estabas viva pero no sabías quién eras ni cómo habías llegado hasta ahí. Él te ayudó, o al menos eso fue lo que creíste. Se hicieron amigos, y luego algo más. Estaba dispuesto a escaparse contigo. Pero era todo una gran mentira; todo el tiempo había estado tendiéndote una trampa.

La mitad de tu atención sigue puesta en la multitud. Te acomodas la mochila, vuelves a controlar que el brazaletes te cubra el tatuaje y que la bufanda oculte la cicatriz del costado del cuello.

—Hablemos en el tren.

—Ok. Estoy en el vagón cinco.

Asientes y te encaminas hacia los andenes.

Ya se ha formado una fila y un empleado controla los boletos. Le entregas tu billete y echas una mirada hacia el costado fingiendo estar distraída con una niña que juega en el área de espera. Por el rabillo del ojo, ves que los hombres se colocan en la fila. El empleado pasa el escáner por el código de barras y te diriges deprisa hacia el tren.

No te das vuelta para fijarte si el chico viene detrás. Caminas hacia adelante y te pierdes entre un grupo de adolescentes. Algunos llevan un equipo de gimnasia rojo que dice secundaria jefferson. Esperas que los dos hombres pasen de largo. No parecen estar siguiéndote pero debes tener cuidado.

Hace menos de dos semanas despertaste en las vías del metro, en medio de Los Ángeles, sin saber quién eras ni cómo habías llegado hasta allí. Casi de inmediato, comenzaste a huir; unas personas trataban de matarte. De a poco, empezaron a regresar algunos fragmentos de tu memoria e intentaste desentrañar lo que pudiste acerca de las personas que te persiguen. Ahora conoces la existencia de las Empresas A&A (EAA), la organización que ha desarrollado un juego perverso que permite a sus jugadores cazar, de manera encubierta, seres humanos como presa final. Eres un blanco. Te marcaron con un código: esa es la forma en que te identifican. Primero fue

una cacería en una isla lejana y luego apareciste en medio de Los Ángeles, donde continuó el juego con tu cazador rastreándote por las calles de la ciudad.

Hace varias horas le dejaste información a Celia, tu contacto dentro de la policía. Esperas haberle dado elementos suficientes que pueda utilizar como pruebas. Esperas que, a esta altura, ya haya atrapado a Goss, el cazador que te perseguía. Pero aun cuando lo haya hecho, seguramente ya te asignaron otro. Por lo que sabes, el juego recién termina cuando mueres.

Encuentras el vagón número cinco e ingresas a un largo corredor con muchas puertas. Compraste el billete con dinero que retiraste de las tarjetas de crédito de Ben: 450 dólares para un boleto a Chicago. Pero el vagón número cinco está lleno de compartimentos con camas plegables y lavabos. Una mujer mayor está sentada en el primero, el bolso de cuero en la falda, gafas doradas colocadas en su impecable peinado. Frente a ella, hay un hombre con camisa almidonada.

De alguna misteriosa manera, el chico llegó antes que tú y se pierde varias puertas más adelante. Permaneces unos instantes estudiando a los pasajeros mientras guardan el resto del equipaje y desaparecen detrás de las puertas corredizas. Nada parece raro; nadie te ha seguido. El tren ruge y comienza a moverse.

En el coche dormitorio, el chico empuja su mochila debajo de un asiento. Te escurres detrás de él y cierras la puerta. Hay dos sillones enfrentados y una cama encima de cada uno. Te ubicas junto al angosto lavabo y miras por la ventanilla mientras el andén se aleja a toda velocidad.

—¿Todo el compartimento es tuyo? —preguntas.

—Sí. Compré los dos boletos para estar seguro —apenas apoyas el bolso en el piso se estira hacia la ventanilla y cierra la cortina. El lugar queda a media luz.

—¡Qué despilfarrador!

—Soy bueno para muchas cosas... —da un paso hacia adelante y se tropieza contigo durante un segundo, la cabeza baja. Cuando vuelve a levantarla, tiene en la mano el fajo de billetes que llevas en el bolsillo delantero—. Pero soy *realmente* bueno para conseguir lo que necesito.

Te devuelve el dinero con una sonrisa y notas las heridas de los nudillos de su mano derecha. Acomodados en los sillones, quedan frente a frente, sus rodillas a pocos centímetros de las tuyas.

—Dame una razón para confiar en ti —tu voz brota aguda y desapareja. Odias mostrarte nerviosa.

Se inclina hacia ti, los codos en las rodillas.

—¿No estás segura de poder confiar en mí? ¿Necesitas pruebas?

—Si puedes dárme las.

Alza la vista y señala el lado derecho de tu cuello, donde está la cicatriz que ocultas con la bufanda.

—Va desde atrás de la oreja derecha hasta arriba del hombro. En el medio, se curva un poquito hacia la izquierda. Tienes una marca de nacimiento en la espalda,



justo arriba de la cadera izquierda. Tiene forma de automóvil.

Espera que te des vuelta y te fijas. No necesitas hacerlo, conoces tus cicatrices y marcas de nacimiento de memoria; tu cuerpo es la única prueba que tienes de quién eras.

—¿Qué más?

—No te gusta abrir la boca cuando sonríes. El pelo de arriba de la cabeza se te eriza cuando llueve. Cuando tienes miedo, te pellizcas la piel de los pulgares. Es un poco desagradable.

No puedes evitar reír.

—Corres más rápido que yo, más rápido que todas las personas que conozco — prosigue—. Tu tatuaje dice FNV02198. Tienes...

—Basta... ya está bien. Te creo.

Vuelve a sonreír, sus ojos oscuros no se apartan de los tuyos.

—Muy bien. Deberías.

Habías imaginado ese momento de otra manera. Irías hacia él y todo resultaría fácil, natural, como en tus sueños. Pero todavía es un extraño. Aún tienes que aprender la cadencia grave y desapareja de su voz. Cuando alza una ceja, tuerce hacia arriba una de las comisuras de la boca, una expresión que no logras reconocer.

—¿Cuándo organizamos un encuentro?

—En la isla —responde, y su rostro cambia; baja los ojos y aparta la mirada.

—¿Se suponía que iba a encontrarme contigo?

—En San Francisco, el viernes de la segunda semana. si todavía seguíamos con vida. Yo lo recordé a tiempo. Tú no —atrae la otra pierna hacia el pecho, estableciendo más distancia entre los dos. Sus bíceps se mueven bajo la camisa mientras juega con la correa del reloj, dejando a la vista el tatuaje.

Piensas en aquella mañana en la estación de autobuses. Habías observado los horarios en el tablero electrónico que estaba arriba del mostrador. Chicago, Nueva York, Austin, Las Vegas. San Francisco te había llamado la atención. ¿Acaso lo supiste antes de recordarlo? ¿Estabas tratando de regresar a él?

—¿Dónde en San Francisco? ¿Por qué ahí?

Se queda mirándote, esperando algo. ¿qué? Cuando finalmente aparta la vista, apoya la cabeza en las manos, su voz es un tenue susurro.

—Lena.

—¿Lena?

Tu cuerpo se queda helado, el corazón en la garganta. El nombre. Tu nombre. Hubo un tiempo en que querías saberlo más que nada en el mundo y, ahora que lo sabes, no despierta ningún recuerdo. Ninguna asociación, ningún sentimiento. Repites para ti misma *Lena, Lena, Lena*, pero suena como una palabra cualquiera.

Te observa en silencio mientras absorbes ese dato básico acerca de ti misma.

—¿Por qué recuperaste la memoria y yo no? —dices. La pregunta queda flotando en el aire, pero él no tiene una respuesta.

Después de unos minutos, levanta la cabeza y corre la cortina. El tren pasa por la ciudad, los edificios encaramados en las colinas.

—No recuerdas nada —comenta suavemente.

—Lo siento —es todo lo que alcanzas a decir—. Tienes que explicarme... todo, desde el principio. ¿Qué sabes? ¿Qué te conté?

Su expresión se suaviza y el dibujo de una sonrisa atraviesa su cara, toda su cara. —Bueno, antes que nada —estira la mano—. Soy Rafe.

—Por fin —tomas la mano y dejas que la sostenga unos segundos antes de retirarla—. Un nombre.

—Dos, si contamos.

—Entonces yo soy Lena.

—Estuvimos juntos en la isla.

—Eso lo sé —no mencionas los sueños (ahora sabes que son recuerdos) que has tenido desde que despertaste. Su cara sobre la tuya, su voz en tu oído, su cuerpo apretado contra el tuyo. Ya conocías sus dos lunares justo debajo del ojo derecho. El rasguño en la frente, que está cicatrizando. Estabas con él. Estabas enamorada de él.

Observa tus piernas desnudas, los relucientes zapatos con pulsera en forma de T que conseguiste. No son del tipo que usarías normalmente. Te desanudas la bufanda, repentinamente consciente de lo ridícula que le debe resultar. Él lleva jeans y una sudadera con capucha.

—Tú. con vestido —sonríe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nunca pensé que llegaría a verlo. Me gusta, eso es todo.

No quieres sonreír, pero lo haces de todas maneras.

# CAPÍTULO DOS

YA TRANSCURRIÓ UNA hora, el movimiento del tren te relajó. Mientras miras pasar las montañas por la ventanilla, te sientes segura en ese pequeño recinto.

—No me respondiste antes. ¿Por qué San Francisco?

Rafe hace una pausa antes de responder.

—Porque ahí tenías gente conocida. Después de que te marchaste de la casa de tu tía, viviste ahí durante cuatro meses antes de regresar al desierto...

—¿Cabazon? ¿Es ahí donde viven mi madre y mi hermano?

—Sí, viven ahí. En las afueras —se mueve en el asiento mientras mira al techo.

—¿Qué les pasó? —tratas de no alterar la voz, pero te resulta imposible. Es la primera vez que estás tan cerca de saber algo acerca de tu familia, acerca de algo real.

Respira profundamente y retiene el aire durante varios segundos.

—Después de que murió tu padre, un día volviste de la escuela y tu madre no estaba en casa. La esperaste. Trataste de ocuparte de tu hermano todo el tiempo que pudiste. Después de varias semanas de pensar que regresaría, te quedaste sin comida y sin dinero. Tuviste que llevarlo con una tía a la que apenas conocías, que tenía un novio espantoso al que detestabas.

Piensas otra vez en el recuerdo del funeral. La mujer que estaba a tu lado se cubría el rostro, la piel de las manos era tan fina que se le veían las venas. La imagen de tu hermano era más nítida, pero tenía aspecto de niño. No puedes recordar más que su risa.

—¿Te dije cómo se llamaba mi hermano?

—Chris. Chris Marcus. Ese también es tu apellido.

—Lena Marcus.

—Lena Marcus —mientras lo repite, se levanta la capucha, cruza los brazos sobre el pecho y te observa. Te das cuenta de que lo colocas en una posición extraña al forzarlo a que te hable de ti. Odias que las cosas tengan que ser de esa manera, pero necesitas saber.

—¿Te conté algo más? —preguntas—. ¿Dónde está mi hermano ahora? ¿Lo sabes? —No estabas segura.

—¿Cómo murió mi padre? ¿Cuándo?

—Tenías quince años. De un ataque al corazón. Lo encontraste adentro del automóvil.

Esperas que llegue ese fuerte tirón, la sensación de que se aproxima un recuerdo.

Quieres recordar lo que viste, sentir lo que sentiste en ese momento. Pero no ocurre nada. No puedes identificarte con nada de lo que Rafe está diciendo; podría estar hablando de cual-quiera.

—Mira, Lena... —Rafe te observa fijamente—. No tenemos por qué hablar de esto, no es necesario.

—Tal vez no deberíamos hacerlo. Tal vez es mejor no saber.

Justo en ese instante, golpean la puerta del compartimento y esta se desliza. Un hombre de impecable uniforme azul apoya el brazo contra el marco de la puerta. Tiene una barba blanca muy corta.

—Boletos, por favor —pide mientras mira la ropa sucia de Rafe.

Cuando le entrega los dos billetes de primera clase a Nueva York, los estudia con detenimiento. Luego los perfora y prosigue hacia el siguiente dormitorio. Tu boleto a Chicago está en tu bolsillo.

Te inclinas hacia adelante, acortando el espacio que los separa.

—¿Sabes algo? Yo nunca dije que iría contigo. Es probable que sea más peligroso que estemos juntos. De todas maneras, ¿por qué Nueva York?

Rafe guarda los boletos en el bolsillo.

—Quiero encontrar a otros blancos.

*Otros blancos.* Sabías que había otros, por supuesto. Piensas en la casa abandonada donde viste entrar a miembros de EAA. Era una especie de cuartel general, que tenía fotos en las paredes con nombres en clave como tu propio tatuaje: un halcón, una cobra, un tiburón. Junto a ellas, figuraban distintas ciudades. Nueva York, Los Ángeles, Miami. Pero, sinceramente, no habías pensado demasiado en los otros.

—¿Cómo vas a encontrarlos en una ciudad tan grande?

Juguetea con la correa del reloj. Ahora puedes ver el cuadrado negro. Adentro, tiene impreso un animal que parece un alce seguido del código KLP02111. —Cuando estaba buscándote en San Francisco, comencé a indagar en distintos sitios web, sabiendo que tenían que haber existido otros blancos.

—¿Y pudiste encontrarlos?

—Encontré uno. Un chico que se hacía llamar Connor. Había publicado algo en Craigslist, y terminamos hablando una vez por Skype durante unos pocos minutos. Me contó que ya había encontrado otro blanco, una chica, y que estaba buscando más. Me dijo que había lugares en Nueva York donde se reunía con ella. Nuestra conversación se interrumpió, pero escuché lo suficiente como para decidirme.

—Pero ¿y si se trata de una trampa? Quizás está tratando de hacerte salir de tu escondite.

—Es un riesgo —admite Rafe—. Pero hablé con él. Escuché su voz; tenía miedo.

—¿De modo que quieres encontrarlo cuando llegues a Nueva York? ¿Cómo?

—Todavía no lo sé —responde—. Para empezar, iré a algunos de los lugares que mencionó. Creo que vale la pena intentarlo. Estoy harto de vivir con miedo. Estoy

harto de estar solo.

Te miras las manos. Todavía tienen manchas rojizas oscuras debajo de las uñas. La sangre de Izzy. Era la vecina de Ben y tu primera amiga de verdad. Te siguió aquel día a la casa de Goss porque quería asegurarse de que estabas bien. Cuando él apareció, Izzy recibió un disparo.

Después de lo ocurrido, juraste que te mantendrías sola, que no serías responsable de nadie más. Pero ahora ya no estás tan segura. Pensaste que te dirigirías a algún pueblo desconocido en las afueras de Chicago, tratarías de integrarte, de ocultarte. Pero ahora el plan te resulta ingenuo. Quedarte con Rafe es arriesgado... pero estar sola también lo es.

La puerta del compartimento está levemente entreabierta. Te levantas y la cierras. —Quiero encontrar a los demás blancos. Si ellos recordaron algo más que nosotros, eso podría conducirnos a las personas que dirigen EAA. Podríamos detener todo esto.

Rafe te mira larga e intensamente.

—Podemos empezar con Connor.

—Tenemos que actuar con cautela —no sabes a quién va dirigida la advertencia.

Rafe baja la mirada hacia el suelo y sonrío como si acabara de recordar algo.

—En la isla —dice—, la cautela no fue lo que nos mantuvo con vida.

# CAPÍTULO TRES

*LA HABITACIÓN HUELE a pan enmohecido y a blanqueador. Tienes el brazo debajo de la mesa que está delante de ti, para que no lo puedan ver. Arrastras la punta del bolígrafo por la muñeca, dibujando espirales largos y finitos. Sigues hasta justo debajo del codo y trazas unas estrellas negras. Te agrada estar haciendo algo que no deberías hacer.*

*—Lena —continúas con tu tarea. Dibujas un corazón y otra estrella—. Lena, te estoy hablando —la escuchas pero no te importa. Que lo diga otra vez, que intente hacerte levantar la vista.*

*Juanita está sentada a tu lado. Te codea y susurra:*

*—Williams te está viendo. No seas estúpida.*

*—Lena, te estoy hablando - Williams se acerca a ti y te quita el bolígrafo de la mano—. ¿Dónde lo conseguiste?*

*Te lo dieron en la Asistencia Social Católica. Lo pediste para escribir detrás de una estampita y nunca lo devolviste. No se lo dices. No dices nada.*

*—Levántate, Lena. Pasarás la noche en tu habitación —permaneces sentada ahí en esa estúpida silla de plástico, con esos pantalones holgados que no son de tu talla y los zapatos desabrochados. Te bajas la manga de la sudadera para que te cubra el brazo mientras aparece un empleado por el otro lado y te levanta por la fuerza.*

*Al abrir los ojos, te topas con el techo del compartimento del tren. La litera de arriba es angosta y el colchón es demasiado suave para ser cómodo. La luz del sol baña el minúsculo recinto. Te acostaste a la una de la mañana, tal vez más tarde, y no estás segura de cuánto tiempo estuviste dormida.*

*—¿Estás despierta? —Rafe es solo una voz que viene de abajo.*

*—¿Cómo te diste cuenta?*

*—Debes haberte dado vuelta unas veinte veces en la última hora. ¿Es por tu espalda, no? ¿Te duele por haber dormido a la intemperie?*

*—Es por todo. Estaba soñando.*

*—¿Un recuerdo?*

*—Sí.*

*—¿Soñabas conmigo? —puedes oír el tono risueño de su voz.*

*—Muy gracioso.*

*Te asomas por el costado de la litera. Rafe ya plegó su cama y volvió a convertirla en dos sillones. Está comiendo un sándwich de un envase de plástico.*

—Yo solía soñar contigo —comenta—. Antes de recuperar la memoria.

La declaración queda flotando en el aire. Él espera y tú sabes que quiere averiguar si tus sueños son como los suyos.

—Era sobre mi vida de antes —dices mientras te acomodas en la litera y apoyas el pie en el sillón de abajo. Tu vestido está arrugado y el pelo apelmazado en la parte de atrás—. ¿Qué hora es?

—Casi las dos. Y a pasaron con el almuerzo.

Corta la mitad del sándwich y te lo ofrece. Recién en ese momento descubres lo hambrienta que estás: llevas casi un día sin comer.

Cuando levantas la vista, Rafe está observándote. Se quitó la sudadera y tiene una camiseta de algodón que le cubre el ancho pecho. Es muy alto, de modo que, aunque está sentado en un sillón, los ojos de los dos están casi al mismo nivel. La luz parpadea sobre su rostro resaltando sus pestañas oscuras y lanzando rápidos dibujos sobre su piel aceitunada.

—Hablabas en serio —afirma—. Tenía unos sueños muy vividos sobre nosotros en la isla.

—Lo sé —dices.

—¿Tú también los tienes?

—Así es como te reconocí.

Te inclinas hacia atrás y mantienes los ojos posados en el paisaje que se desliza por la ventanilla. Hay árboles por todos lados y casas desperdigadas por las colinas que están detrás. Las hojas son de un bermellón intenso, algunas doradas. El cielo es de un monótono color blanco.

Mientras habla, mantiene la cabeza baja.

—Los primeros días después de despertarme, cuando no sabía nada... eso fue lo que me mantuvo cuerdo. Pensar en esos sueños.

Afuera, en el pasillo, escuchas personas que hablan. Comes el resto del sándwich saboreando cada bocado.

—Yo no podía distinguir si eran reales o no. No lo sabía.

—A mí siempre me parecieron reales.

—Todavía son un poco confusos —dices.

Se inclina hacia tu litera y apoya la barbilla sobre los nudillos.

—Esos sueños son lo único que no es confuso.

Su voz es baja y suave. Se estira y te toma la mano. La sostiene delante de ti, la da vuelta y desliza el pulgar por la palma. Tu piel está caliente bajo su contacto. Pero es demasiado.

—Rafe, todavía no puedo —dices, retirando la mano—. No te conozco. Yo quiero hacerlo, pero todavía no te conozco.

—Sí, lo sé —se sienta en uno de los sillones.

Escuchas su respiración. No quieres comparar, pero no puedes dejar de hacerlo. Lo que sentías cuando Ben estaba contigo, sus dedos entrelazados con los tuyos.

*Eso no era real y esto sí lo es. Pero se hace difícil reconocer la diferencia. Bajas de la cama y te sientas frente a él.*

—Quiero conocer tu historia.

—Mi historia...

Apoyas la frente contra el vidrio y miras hacia afuera.

—Cómo te encontró EAA, de dónde eres. cómo recuperaste la memoria. No me contaste nada.

Apoya los codos en las rodillas. Tiene un bulto en el puente de la nariz, la parte de arriba está torcida, como si se le hubiera roto en algún momento. En vez de mirarte, estudia el dibujo del tapizado del asiento.

—¿Quieres conocer mi historia? No pasé de cuarto año. A mi padre lo vi dos veces y mi madre comenzó a consumir metanfetamina cuando yo tenía seis. Uno de mis primeros recuerdos es encontrarla a ella inconsciente en el suelo del garaje. Me crio mi abuela.

Llevas las rodillas al pecho sin dejar de mirarlo.

—¿Dónde creciste?

—En las afueras de Fresno —hay un dejo de irritación en su voz—. Todo esto ya te lo conté.

—Cuéntamelo otra vez.

—Hay cosas que aún no recuerdo.

—Inténtalo.

—Siento que hay partes que faltan. Pero sé que practicaba boxeo en un gimnasio. El director era amigo de mi hermano mayor y me dejaba ir gratis cuando no había mucha gente. Ese sujeto me vio pelear y comenzó a preguntarme datos sobre mi familia, de dónde era. Yo pensé que eran preguntas sin importancia. Después dijo que me pagaría para que viajara a Texas y que ahí me organizaría una pelea, porque yo era realmente bueno.

—Me pregunto qué trabajo haría para ellos. No parecería ser ni un Vigilante ni un Organizador —murmuras casi como si hablaras contigo misma.

Rafe aparta las manos de la cara.

—¿De qué hablas?

—EAA asigna un Organizador a cada blanco. Son los que avisan a los cazadores para que puedan encontrarte, y luego se encargan de que no queden rastros de la cacería. Ellos me tendieron una trampa para que no fuera a la policía. Arreglaron todo para que pareciera que yo había entrado por la fuerza en un edificio de oficinas. Los Vigilantes son personas que están pendientes de tus movimientos y se aseguran de que te mantengas dentro de un cierto radio y estés saludable. Hacen esta tarea de vigilancia para EAA. Son los que nos colocan los dispositivos de rastreo. Tú te quitaste el tuyo, ¿no? —Rafe asiente y luego prosigues—. Descubrí todo esto cuando seguí la pista de Goss, mi cazador, hasta su propia casa. Tenía muchos papeles y documentos escondidos en uno de los armarios y había suficiente información ahí



como para descifrar parte de esto.

Rafe reclina la cabeza contra el asiento.

—El tipo que se acercó primero a mí... No sé en qué consistía su trabajo. Curt. Un filipino gigantesco que podía pasarse horas hablando de boxeo y de fútbol americano. Odiaba a los Jets pero amaba a los 49ers.

Rafe hace una pausa esperando que digas algo.

—Es probable que haya estado vigilando el gimnasio durante un tiempo, tratando de ver a quién podría reclutar —sugieres—. Su trabajo era lograr que confiaras en él. —Todavía me siento un estúpido al recordarlo. Era algo grande y muy emocionante. Les conté a todos que iba. No paraba de hablar del campeonato de boxeo en el cual participaría y de todo el dinero que iba a ganar. Para entonces, mi abuela estaba enferma y yo pensaba que iba a ir allí y.

No concluye la frase y mantiene los ojos clavados en el techo. Después se lleva las manos a la cara y se frota las sienes con los dedos.

—Curt dijo que tenían un sponsor y que tomaríamos un vuelo privado. Yo nunca había viajado en avión. Despegamos desde un pequeño aeropuerto y me asusté mucho cuando estuvimos en el aire. Era la sensación más loca del mundo. Y después, cuando desperté, ya estaba en la isla.

—¿Cómo sucedió?

—Me ofreció una bebida veinte minutos después de despegar. Debe haberle puesto algo adentro.

—Y cuando despertaste en la isla, ¿todavía podías recordar todo?

—Sí, en la isla nos acordábamos de todo. No sé cuánto tiempo podría haber durado allí sin mis recuerdos.

—¿Qué quieres decir?

—Recordar cosas. personas. Eso ayuda, a mí siempre me ayudó para luchar con más ganas. Me dio una razón para sobrevivir. En la isla, cada vez que empezaba a pensar que no iba a lograr salir de allí, me imaginaba. —lanza una risita silenciosa y luego voltea la cabeza para ocultar el rostro—. Recordaba los huevos revueltos que me hacía mi abuela. Les ponía salsa picante y luego les agregaba queso cheddar. Parece una estupidez, pero pensé tantas veces en eso, en que los hacía cada mañana solo para mí. A ella ni siquiera le gustaban. Ese recuerdo me mantuvo vivo.

Algo cede en tu interior. Te secas disimuladamente los ojos y deseas que se vuelva hacia ti, que te sujete la mano otra vez. Cuando lo hace, la tomas.

# CAPÍTULO CUATRO

CUANDO SALES DE la ducha, Rafe no está. Son más de las ocho. Del otro lado de la ventanilla el cielo está oscuro. Las camas están plegadas contra la pared y hay una nota encima de tu asiento. La escribió en el papel de Amtrak, el anotador de obsequio que viene con el camarote.

*ÚLTIMA NOCHE DE LIBERTAD. TE ESPERO EN EL VAGÓN BAR.*

Hurgas en tu mochila en busca del documento de identidad falso que compraste en Los Ángeles. Luego te examinas en el espejito que está arriba del lavabo. Tu pelo aún está mojado, las puntas empapan la camiseta. Apartas una mata de pelo hacia un costado para tapar la cicatriz. Te pellizcas las mejillas para tener color, aprietas los labios y te peinas las cejas.

Sales al corredor y cierras la puerta. El vagón bar está a cuatro coches de distancia. Mantienes la cabeza baja y el cabello sobre el costado de la cara. Cuando llegas, divisas a Rafe en un box en el extremo más alejado.

Te sientas en el banco frente a él. Su vaso está por la mitad con un líquido color caramelo. Lo levanta, bebe hasta el fondo y vuelve a apoyarlo en la mesa. Al inclinarte hacia él, percibes la forma en que su sonrisa aparece y desaparece de sus labios, como si estuviera conteniéndola. Parecería que no puede mantener la mirada fija.

—Estás borracho —señalas.

—Y tú estás retrasada —mete la mano en el bolsillo y desliza algo por encima de la mesa: una botellita de plástico de Jack Daniel's. Giras la tapa, el aroma te resulta familiar. Lo bebes en dos sorbos.

Apenas terminas, echas una mirada a tu alrededor, escudriñando las mesas que están a tus espaldas. Hay dos parejas mayores de cabello canoso, todos tienen un vaso de Martini delante, las bebidas casi sin tocar. Un muchacho de unos veintitantos y lentes gruesos está escribiendo en una notebook.

—Relájate —dice Rafe—. Si alguien hubiera subido esta mañana en Chicago, ya nos habrían encontrado. Hemos desaparecido del mapa... Al menos por ahora.

—Yo estaba más preocupada de que alguien me reconociera por ese video.

—Lena, la malvada ladrona —cuando Rafe sonrío, se frota el costado de la barbilla, esa incipiente barba negra que lo hace aparentar unos años más de los que tiene—. Es sexy.

La sangre inunda tu rostro.

—Tú eres el que roba —dices—. Tal vez debería estar más preocupada por ti.

Rafe estira las manos a través de la mesa, las puntas de los dedos a centímetros de los tuyos. Cuando se inclina hacia adelante, puedes oler su aliento a whisky. —Nunca tendrás que preocuparte por mí —afirma—. Porque nunca me atrapan. —¿Cómo aprendiste?

—Por un tipo mayor que solía estar en el gimnasio de boxeo. Había robado billeteras durante cuarenta años... en Nueva York, especialmente en los subterráneos. Él me enseñó.

Te peinas el cabello con los dedos y desenredas algunos nudos. Se acerca un camarero con dos bebidas más: una para ti y otra para Rafe. Es una especie de mezcla a base de *ginger ale* y la bebes de a poco, disfrutando cada sorbo. Recorres el pasillo con la mirada hacia donde se encuentra un hombre pelirrojo con pecas inclinado sobre un box, hablando con una mujer sentada en el interior. Él dice algo y ella echa a reír mientras se acomoda un grueso y erizado mechón de pelo detrás de la oreja.

—Muéstrame —dices, haciendo un movimiento de cabeza en dirección a ellos.

Rafe estira el cuello y los observa.

—Es fácil.

Sale del box antes de que puedas detenerlo. Lleva una camiseta gris de algodón ceñida al cuerpo y alcanzas a ver los músculos de su espalda mientras camina a través del vagón atestado de gente. Cuando está cerca del hombre pelirrojo, choca contra él y se disculpa. Recién cuando llega al extremo del coche, al lado de los baños, voltea hacia ti.

Extiende la mano, donde puedes ver la billetera de cuero. Disfrutas de la broma y lo miras como si estuviera haciendo un truco de magia.

Sin dejar de sonreír, camina hacia ti. Cuando pasa junto al hombre no lo atropella. Es imposible notar el instante en que su mano devuelve la billetera al bolsillo trasero del sujeto. Pero alcanzas a ver el borde de la cartera de cuero asomando del bolsillo cuando Rafe se sienta frente a ti.

—¿Se dio cuenta? —esta vez, cuando sonrío, puedes ver sus dientes: blancos, brillantes y derechos. El de adelante tiene el borde roto, pero eso no hace más que agregarle atractivo.

—No —miras por encima de su hombro; el hombre continúa hablando con la mujer. Luego se sienta junto a ella y le muestra algo en el teléfono—. Nunca se dan cuenta. No hasta que es demasiado tarde —Rafe termina su bebida en unos pocos sorbos y hace girar el vaso.

—Muéstrame cómo se hace —dices—. Quiero aprender.

—No se puede aprender en una sola noche.

—Puedo intentarlo.

Rafe se pone de pie y extrae un fajo de billetes del bolsillo. Arroja dos billetes de veinte en la mesa y coloca el recipiente con sobrecitos de azúcar encima. —Ambiciosa —ríe—. Vamos. No puedo mostrarte aquí.

Lo sigues hasta el coche dormitorio mientras el whisky te entibia desde el interior. Cierras los ojos un minuto y ves su cara encima de la tuya, ese momento en la isla en que te besó, cuando deslizó el pulgar por tus labios.

Entras en el compartimento y él cierra la puerta detrás de ti. Dobla varios billetes por la mitad y pone un trozo de papel del anotador alrededor de ellos, tratando de hacer algo parecido a una billetera.

—No es lo mejor —comenta—. Pero servirá. Lo fundamental es crear espacio en el bolsillo. Empujas la parte superior hacia afuera con el pulgar y, con dos dedos, jalas de la cartera hacia arriba y hacia afuera con precaución.

Levanta los dedos índice y medio y luego los enrosca dentro de la palma de la mano. Cuando te hace girar, apoya la mano en tu cintura moviendo tus caderas hacia la pared. Emites una risita al sentir la parte de su mano que toca tu piel desnuda arriba del cinturón. Desliza el fajo de billetes en el bolsillo trasero de tus jeans. Cuando lo saca, ni siquiera lo sientes.

—Es tu turno —anuncia, mientras coloca los billetes en el bolsillo trasero—. Es probable que te resulte más fácil, pues eres mujer. Primero esperas a que la persona esté distraída. Luego te chocas con ella y pasas raudamente. Ese tipo de cosas. Así es más difícil notarlo.

Finge estar parado mirando por la ventana. Te tropiezas con él pero te resulta difícil colocar la mano en el ángulo correcto. Hurgas en el bolsillo y Rafe te sujeta la muñeca. Es tan obvio.

—No te apresures... —cuando te habla, estás consciente de cuán cerca se encuentra su boca de la tuya. Su mirada está posada en tus labios—. Prueba otra vez.

Lo haces. Pruebas seis veces más y cada vez estás más cerca de tomar la cartera del bolsillo, pero no lo logras del todo.

—Cuando tú lo haces, parece fácil —admites finalmente desplomándote en el asiento—. Te apuesto que lo haría mejor si no estuviera borracha.

—Quizá —entonces se inclina hacia abajo apoyando una mano en cada uno de los apoyabrazos de tu asiento—. Tendremos tiempo para practicar. Mejorarás con el tiempo.

Dejas caer la cabeza en el respaldo del sillón. Va a besarte, estás segura, mientras permanece delante de ti por unos segundos. Pero después se aparta y se tumba en el otro sillón.

# CAPÍTULO CINCO

CUANDO CONNOR ENTRA al deli, está consciente de todas las cámaras de seguridad que hay en el lugar. Una está al fondo del primer pasillo mirando hacia la puerta. Otra, detrás de la caja. Ambas son negras y rectangulares y le apuntan como si fueran armas.

Se acomoda la gorra para que la visera quede justo encima de los ojos y le cubra la cresta que se encuentra debajo. Su pelo sigue teñido de negro, aunque el color se ha ido atenuando desde que escapó.

Se dirige al exhibidor de metal que está junto a la caja y toma un *New York Times*, un *Daily News* y un *New York Post*. El *Post* suele ser la mejor elección. Así fue como encontró a Salto: había un retrato de ella de la policía, al final de la segunda página. Una mujer afirmaba que la había atacado con un cuchillo. A Aggy y a Devon, los otros blancos, los mostraban robando dos cajeros automáticos distintos en la ciudad. Si esa noche aparece el chico de Craigslist junto al High Line, serán cinco en total. No pasará mucho tiempo para que se conviertan en una unidad y trabajen como tal: un ejército de blancos luchando contra el juego.

—Solo estos —dice con firmeza.

—Cuatro con cincuenta —el cajero es un joven un poco mayor que él, con una camisa fina de poliéster y un acento que no consigue localizar. Connor mantiene la cabeza baja mientras extrae el dinero del bolsillo delantero de los jeans. Se quitó todos los piercings: el de la nariz y el del labio, los tres de la ceja. Pero le quedaron cicatrices, las orejas todavía estiradas por los expansores.

Pone el cambio exacto en el mostrador y pliega los periódicos bajo el brazo. La entrada al High Line está en la Calle 26. El chico le prometió encontrarlo esa noche o al día siguiente por la mañana en otro parque al norte de la ciudad. Connor le exigió que le enviara una foto de su tatuaje para verificar que fuera quien decía ser. El chico tenía trece años, los lentes rotos y unos pelos oscuros y finos que presagiaban un bigote. Parecía aterrado.

Connor camina hacia el oeste, hasta la escalera que conduce al parque elevado. Unos días antes, descubrió un escondite detrás de los peldaños de poco más de un metro de altura y casi dos metros de ancho. Un hombre llamado Milt duerme ahí todas las noches; guarda algunas pertenencias en una bolsa de plástico oculta bajo el primer escalón.

Connor se pasó el día dejando mensajes en clave para los demás, pintándolos con

aerosol en dos lugares para que los blancos no dejaran de verlos, donde les comunicaba en qué lugar encontrarse. Salto fue quien descubrió las fiestas *rave* en el subterráneo. La gente estaría allí esa semana, después del atardecer. El sitio era lo suficientemente desolado como para distinguir si alguien te seguía y los túneles resultaban una buena ruta de escape.

Se instala debajo de las escaleras. Despliega los periódicos delante de él y echa un vistazo a los titulares. El *Post* tiene un artículo sobre otro chico problemático. Podría ser una pista.

Hojea el último periódico y escudriña cada página en busca de cualquier cosa que resulte sospechosa. No hay nadie más. Al menos, hoy no. Pero quizás haya uno mañana. *Estamos avanzando*. Eso es lo que diría Salto.

La extraña. Le gustaría que estuviese ahora con él, que no tuvieran que esperar cinco horas más para encontrarse. Sabe que no es seguro estar juntos. Ambos tienen cazadores que los persiguen; solo llamarían más la atención.

Connor dobla los periódicos y mira la hora. Ya hace diez minutos que el chico debería estar ahí. Se pone de pie y echa una mirada más allá de la escalera mientras se pregunta si existe la posibilidad de que no lo haya visto.

O peor, que no aparezca porque está muerto.

Un grupo de adolescentes baja las escaleras corriendo y riendo. Están justo arriba de él, los escalones metálicos repiquetean bajo los tacones y las botas. Algunas chicas escupen en la calle. Una sostiene una botella cubierta por una bolsa de papel, las otras dos caminan con los brazos entrelazados. El chico que está detrás de ellas lleva una de esas estúpidas camisetas polo con un cocodrilo. Connor nunca deseó algo con tanta fuerza en toda su vida: ser como él... normal.

# CAPÍTULO SEIS

EXAMINAS LAS CANCHAS de básquetbol desde arriba. Hombres con camisetas empapadas de sudor se pasan la pelota unos a otros. Él lanza la pelota y erra. Lanza otra vez y emboca. Algunas personas se han detenido a mirar, los dedos enlazados en la alambrada metálica. Desde el primer piso del McDonald's alcanzas a ver toda la cuadra, hasta la esquina.

Observas y esperas. Garabateas algunos detalles en el anotador que tomaste del tren, que dice Amtrak en la parte superior. La esquina (Tercera Oeste y Avenida de las Américas), los nombres de las tiendas de la cuadra (Papaya Dog, IFC Center, Village Pop). Abajo, hay dos adolescentes junto a la verja. Ninguno de los dos encaja en la descripción de Connor que te dio Rafe, pero de todas maneras tomas nota. Hay un grafiti fresco en la pared de ladrillos detrás de ellos, dice *FK'LIN* escrito en aerosol rojo brillante.

Rafe se acerca por detrás y coloca una Coca-Cola en la mesa.

—Ningún chico con cresta —informas—. Observé detalladamente a todas las personas que pasaron.

Rafe echa una mirada por la ventana abarcando toda el área.

—Me dijo que solo se encuentran ahí cinco minutos para ponerse en contacto, luego se reúnen más tarde en otro lugar. Pensé que nos resultaría claro.

Su tren llegó a Nueva York temprano en la mañana y, desde entonces, pasaron la mayor parte del día recorriendo Penn Station, atravesando el metro y encontrando los lugares que Connor había mencionado en el mapa. Ahora se está haciendo de noche.

—Si nos quedamos tanto tiempo aquí, pueden atraparnos —adviertes. De pronto, se te ocurre algo—. ¿Cómo nos atraparon en la isla? Me refiero al final. Antes de que nos trajeran aquí, a las ciudades.

—Fue más o menos después de un mes —explica Rafe—. Antes de eso, había sido todo muy claro: un blanco y un cazador. Luego un día vinieron a buscarnos. Era obvio que algo había cambiado, eran tantos, pero intentamos escapar. Primero te dispararon a ti. El dardo te pegó en la pierna, pero seguiste andando hasta que ya no pudiste más.

Asientes. Por una vez agradeces no recordar.

—¿Y cómo te atraparon a ti?

—Me detuve —dice—. No pensaba dejarte ahí.

Sientes un repentino golpe de emoción y apartas la mirada.

—Deberías haberlo hecho.

—Tú no me hubieras abandonado.

Tal vez tenga razón. ¿Pero qué significa eso? Si alguien viniera ahora por él, ¿te quedarías?

Sigues mirando por la ventana. Hay un hombre con una gorra negra de béisbol junto a las canchas de básquetbol, al otro lado de la calle. Recorre el largo de la verja y levanta la vista en tu dirección.

Esperas, dejas que pasen unos minutos, pero sigue ahí. La mitad de su rostro está oculta tras la gorra pero no aparta la vista. Te está observando.

—Hay un hombre al lado de las canchas —dices bajando los ojos hacia la mesa—. Nos está observando. Deberíamos marcharnos.

Rafe emite una risa forzada al hablar, fingiendo estar relajado.

—¿Estás segura de que no es Connor?

—Imposible. Tiene unos cuarenta años. Gorra de béisbol negra, sudadera gris.

—De acuerdo. Tú sales primero, yo te sigo.

Levantas la mochila del suelo y la mantienes delante de ti mientras bajas las escaleras. El piso de abajo del McDonald's está atestado de gente. Algunas personas circulan con bandejas llenas de papas fritas. Las esquivas y sales por la puerta del frente mientras entran dos chicos con camisetas de fútbol americano.

No miras al hombre hasta que no llegas a la esquina. Le echas un rápido vistazo de soslayo. Todavía te está observando. ¿Ya te encontraron? ¿Cómo? Sin el dispositivo de rastreo, no deberían tener forma de saber que te encuentras en Nueva York.

Transcurre un minuto y te preguntas si Rafe realmente vendrá. Es posible que lo hayan atrapado en el interior del McDonald's, interceptado por otro cazador antes de que pudiera salir. El hombre de la gorra de béisbol camina hasta el borde de la acera y voltea para mirar el tráfico que se aproxima. Rafe empuja la puerta y corre hacia ti, pero no te detienes. El hombre clava los ojos en Rafe y, de inmediato, comienza a cruzar la calle hacia ti. Pasa a toda velocidad delante de un taxi y apresura el paso.

Colocas la mochila en los hombros y aceleras, moviéndote lo más rápido que puedes sin llamar mucho la atención.

—Nos está siguiendo —le dices a Rafe cuando te alcanza. Después de media cuadra, el hombre continúa detrás—. Cuando llegemos a la esquina, echamos a correr. Ninguno de los dos mira hacia atrás. Te concentras en el cartel indicador que tienes delante y te preparas para correr.



# CAPÍTULO SIETE

DESPUÉS DE DIEZ cuadras, el hombre sigue detrás. Broadway está abarrotada de gente. Algunos pasan con bolsas de compras, otros se demoran frente a las vidrieras de las tiendas observando a los maniquíes vestidos con ropa de marca. Pero la multitud no es suficiente para que puedan mantenerse ocultos.

Dan vuelta con rapidez la esquina siguiente y se encuentran en una calle residencial con casas angostas de piedra. Divisas a un hombre mayor a mitad de cuadra, de pelo blanco y hombros encorvados. Tiene la llave colocada en la puerta de su vivienda.

—Es nuestra oportunidad.

Rafe también lo ve y aminora el paso. De pronto, caes en la cuenta del aspecto que debes tener, jadeando, y Rafe con una sudadera enorme, los jeans rasgados y sucios. Le tomas la mano y sonrías. Tratas de aparentar que son dos típicos adolescentes caminando de la mano, abstraídos del resto del mundo.

Cuando el hombre desaparece en el interior del edificio, te lanzas de prisa y sujetas la puerta antes de que se cierre. Sostienes la manija a pocos centímetros del marco mientras el viejo sube los últimos tramos de la escalera antes del primer descanso. Cuando se va, te deslizas sigilosamente en el interior, Rafe pisándote los talones. Al cerrarse el pestillo, se reclinan relajados contra la pared.

—¿Lo viste? —preguntas—. ¿Está muy cerca?

—Todavía no dobló la esquina.

Examinas el vestíbulo. Hay una angosta escalera de mármol, los bordes de los peldaños gastados. En la planta baja se ven las puertas de dos apartamentos. No hay salida trasera. Espías la calle por la puerta de vidrio esperando ver pasar al perseguidor.

—No debería poder encontrarnos aquí —dices—. Vayamos al techo.

Cuando llegan al final de la escalera, empujan la puerta y salen al exterior. Observas la silenciosa calle que se extiende bajo los faroles con sus luces que parpadean. Apoyas la mochila en el suelo y respiras profundamente.

—¿Te reconoció? —pregunta Rafe.

—Creo que sí. No me cabe duda de que nos seguía. Pero no vi ningún arma.

—Debía tenerla en la espalda. Estaba esperando el momento apropiado.

—¿Cómo pueden habernos encontrado tan rápido?

—No lo sé —Rafe se sienta al lado de la puerta y apoya la cabeza en las manos.

Cuando habla, tiene la voz quebrada—. Odio esto. Todo vuelve a repetirse.

No hace falta que diga a qué se refiere. Te das cuenta por el modo en que cambió su expresión, el modo en que se toma la cabeza, se arranca la gorra y se frota el cabello con los dedos. Está recordando lo sucedido en la isla.

Te sientas junto a él, le tomas la mano y la atraes hacia ti.

—Pero estamos bien. A salvo.

—No estamos a salvo y nunca lo estaremos. Y eso es lo más difícil de todo —mantiene la cabeza baja. Le tiembla la rodilla y todo su cuerpo se estremece.

Le das vuelta la mano y examinas la palma, que está atravesada por una cicatriz. Quieres decir algo para que se ponga bien pero todo lo que te sale es:

—¿Por qué no descansas? Yo haré guardia.

Hace frío, el viento del otoño se cuele por los espacios que separan los edificios y atraviesa tu ropa finita. La noche se acerca raudamente. Extraes la fina manta térmica de la mochila, se la alcanzas y luego caminas hacia la cornisa. Abajo, en la calle, no hay señales del hombre que los perseguía.

—Eso es lo que solías hacer —dice finalmente. Cuando te das vuelta, te está mirando. Sus rasgos parecen más suaves, han desaparecido las líneas profundas alrededor de la frente.

—¿A qué te refieres?

—No podías descansar nunca. No importaba cuán agotados estuviéramos, tú siempre eras quien se mantenía despierta. Aun cuando yo estaba de guardia... tú eras la que realmente vigilaba —sus labios se tuercen en una sonrisa. Mira hacia abajo y se alisa el pelo con la mano—. Si dormía durante una hora, tú habías construido algo con una caña de bambú con lo cual juntar la lluvia. O decidías que teníamos que tomar un sendero que corría a lo largo de la playa para evitar a los cazadores. Yo dormía y tú hacías planes.

Es sorprendente lo agradable que es escuchar a alguien decir algo íntimo de uno mismo.

—¿Qué más? —agregas.

Rafe sonrío.

—Iba a todos lados contigo. De no ser por ti, no habría sobrevivido.

Te acercas a Rafe, te sientas en el suelo y tratas de recordar lo mismo que él está recordando. Tratas de entender por qué sonrío, por qué es esto lo único que lo apartó de ese lugar más oscuro.

—No tenías por qué hacer lo que hiciste, en la isla.

—¿Hacer qué?

—Quedarte conmigo después de que me dispararon.

Rafe se inclina hacia adelante y apoya las manos sobre tus rodillas.

—No te dejé entonces y no te dejaría ahora. Como dije, tú harías lo mismo por mí. —No lo sabes, Rafe. Tal vez ahora soy distinta.

—No creo que la gente cambie, en serio. No de esa forma. Uno es como es.

—Eso suena profundo —dices con una sonrisa.

—Cállate —Rafe se ríe y luego aleja tus rodillas con una mueca—. Hablo en serio. —Puede ser. No lo sé. Espero que tengas razón —cruzas los brazos sobre el pecho y aprietas la camisa contra tu cuerpo mientras el viento arrasa el techo con violencia. Rafe levanta la manta.

—Es una estupidez —dice—. Tómala tú. No voy a dejar que te congeles.

—Estoy bien.

Entonces esboza una sonrisa traviesa.

—Podríamos compartirla... como hacíamos en la isla. Tal vez eso te ayude a recordar...

Te ríes.

—¿Preocupándote por mi memoria?

—Sí, ya sabes —responde—. Solo quiero ayudar.

Sostiene la manta levantada y te hace una seña de que te metas debajo. Te colocas junto a él, que se desplaza y se extiende detrás de ti, dejando que la parte de arriba de la manta te cubra el hombro.

—Yo ponía el brazo debajo de ti —prosigue con voz más suave—. Así.

Apoya una mano en la parte interna de tu cadera, en el pequeño espacio entre la cintura y el suelo. Aunque sus dedos están encima de tu ropa, sientes la intensidad del contacto.

Cierras los ojos y escuchas su respiración.

—En la isla, yo solía decir «Si salimos de acá».

—Cuando —corrige—. *Cuando salgamos* de acá.

Percibes el tono risueño de su voz.

—Sí —dice—. Eso es exactamente lo que me contestabas entonces. *Cuando salgamos*.

# CAPÍTULO OCHO

DESPIERTAS SOLA DEBAJO de la manta. El cielo tiene el color de los magullones. Cuando te incorporas, Rafe está arrodillado junto a la cornisa, sosteniendo una botella de plástico. Vierte un poco de agua en las manos y se enjuaga la cara. Se quitó la sudadera y observas en su espalda desnuda dos alas tatuadas que se extienden sobre sus omóplatos.

Se pasa la mano por el costado de la cara y luego se levanta mirando hacia la calle. Es un movimiento tan simple, pero con él experimentas ese fuerte tirón familiar y vertiginoso, esa sensación de mareo de cuando se aproxima un recuerdo. En un instante, estás otra vez en la isla.

*Rafe está arrodillado sobre un acantilado con los pies aferrados al borde, mirando algo que se encuentra abajo. Delante de él, se despliega el océano.*

*Cuando se levanta, se pasa la mano por el costado de la cara. Observas los músculos en su pecho, la sutil V justo encima del cinturón de los pantalones cortos. El tajo debajo del hombro se ve mejor. Ha comenzado a sanar con el agua salada.*

*—Es probable que podamos nadar una parte. Si logramos descender por el risco... De esa forma, no tendremos que atravesar el bosque.*

*Te acercas a él y te detienes en el borde. El acantilado tiene quince metros de altura, tal vez más. Te estiras y tocas la pared de piedra, las muescas irregulares donde apoyarías las manos. Las rocas sobresalen en los bajos. Una caída implicaría la muerte.*

*—Tenemos que saltar —dices—. Nos estarán esperando en ese sendero.*

*Rafe voltea y toma los suministros, que están guardados en el bolso de tela que comparten. Lo ata a una de las presillas del cinturón y caes en la cuenta de lo poquito que poseen: dos papayas, dos aguacates, algunas herramientas de bambú.*

*Se oye un chasquido, un crujido. Ambos lo escuchan al mismo tiempo, se dan vuelta y alzan la vista hacia los árboles. El cazador está agazapado entre las hojas y solo se le ve la cabeza.*

*Sin mirar a Rafe, anuncias:*

*—Ahora.*

*Saltas del borde y te impulsas violentamente hacia adelante. Rafe se lanza un momento después. Van cayendo y cayendo...*

*—Te acordaste de algo —comenta estudiando tu rostro—. ¿Qué fue?*

*Se acerca poniéndose la camiseta y te ofrece el resto del agua.*

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntas.

—Te ves asustada —dice.

—Fue un recuerdo fugaz de la isla —explicas—. Estábamos en un acantilado y a punto de descender por él.

—Pero luego lo vimos. Se encontraba oculto en los árboles que se cernían arriba de nosotros —concluye por ti.

Quieres decir que sí, que eso es exactamente lo que ocurría en el recuerdo, pero no logras pronunciar ni una palabra. Tienes un enorme nudo en la garganta.

—Ese fue el día en que te lastimaste el pie —agrega Rafe. Se estira, coloca tu zapato izquierdo entre las rodillas y te lo quita. Cuando el pie queda al aire, contemplas la marca que ya viste tantas veces. Está justo debajo de los dos últimos dedos. La piel está rosa y levantada, tiene forma de lágrima.

—Cuando entramos en el agua, estábamos bien —comienza—. Los dos caímos parados y logramos pasar las rocas. Pero cuando llegamos a la orilla, él nos estaba disparando. Corriste y tu pie se debe de haber tropezado con algo. Había mucha sangre.

Pasa los dedos por encima de la cicatriz, dibujando el contorno. Sus dedos se deslizan hacia tu tobillo, trazan un círculo alrededor del hueso y deja la mano allí. —¿Qué sucedió...? —preguntas, pero ya lo sabes.

—Te llevé hasta la playa.

—¿Y qué más? —insistes.

—No quiero seguir contándote cosas para que todo vuelva a estar como antes entre los dos —coloca tu pierna en el suelo.

—Eso no es lo que estarías haciendo. Yo quiero saber de nosotros.

—*Nosotros* —repites y sonrías.

Te miras las manos y comienzas a pellizcarte la piel alrededor del pulgar.

—En los otros recuerdos que tengo, estábamos juntos. Nos encontrábamos en algún lugar del bosque y estábamos.

Rafe no te mira. Nunca lo habías visto avergonzado, el sutil rubor en las mejillas. —¿Qué quieres que te diga?

—Es que. no sé si se supone que debería sentirme culpable, si. si hice algo malo. —¿Qué quieres decir?

Piensas en Ben, en todo lo que ocurrió entre los dos: la noche en la playa, el frío de sus labios cuando se apoyaron sobre los tuyos. Estar acostada junto a él en el sofá de su casa. El contacto de sus manos deslizándose por debajo de tu camisa, moviéndose por la piel desnuda de tu estómago.

Es duro pensar ahora en eso, sabiendo lo que sabes acerca de él. Trabajaba para EAA. Te traicionó.

¿Cuánto es necesario que Rafe sepa?

—Ben —comienzas—, mi Vigilante en Los Ángeles. Tenía nuestra edad, un poco mayor. Yo pensé que nos habíamos conocido por casualidad. Él me. ayudó. Pero

estaba informando a EAA.

Rafe mantiene los ojos en el piso.

—Y qué... ¿Acaso estabas enamorada de él o algo así?

—No —respondes—. Yo, ni siquiera sabía si eras real. No sabía qué pasaba, mi cabeza era un desastre.

—No tienes que explicarme nada —te interrumpe. Hurga en su mochila y te alcanza una barra de cereal. Toma una para él y comienza a abrirla.

Rafe lanza una bocanada de aire y vuelve a acomodarse en el techo a tu lado.

—Está bien.

—Lo siento.

Luego una sonrisa traviesa inunda su rostro.

—Es que el tipo que apostaría que era mi Vigilante, era un sujeto de unos sesenta años, adicto a la metanfetamina, que dormía junto al Río Los Ángeles. Me hablaba de robar cosas. No era exactamente una situación muy sexy.

—Sí, no lo parece —comentas riendo.

Tiene una mano sobre la rodilla. La tomas, deslizas el pulgar por la palma y la aprietas. Se da vuelta y te mira directamente a los ojos. Tú eres la que se inclina primero. La que cierra primero los ojos y apoya la boca contra la suya.

Sus manos suben a tu barbilla, los labios apretados contra los tuyos. Mientras lo besas, regresan algunos momentos. Imágenes, una después de la otra, como si estuvieras hojeando un álbum de fotos. Rafe arrodillado al borde del océano, donde las olas golpean la orilla. Rafe envolviendo tu mano derecha con una camiseta rasgada. Rafe afilando la punta de una rama con el cuchillo, mientras las virutas de la madera caen alrededor de sus pies en bucles pequeños y delicados. Rafe, Rafe, Rafe.

Cuando se aparta, desliza el dedo por tus cejas.

—Está volviendo. Está volviendo un poco más.

Luego te atrae hacia él, sus brazos envuelven tus hombros con fuerza.

—Qué bueno —dice—. Porque te extrañé.

# CAPÍTULO NUEVE

NO ESCUCHAS LA llegada de Rafe hasta que está arriba de la escalera de incendios y trepa a la cornisa de ladrillos. Se marchó esa mañana para conseguirte un teléfono nuevo mientras tú permanecías en el techo trazando la ruta hacia el otro lugar que Connor le mencionó a Rafe.

—Aquí está —anuncia colocando un teléfono celular descartable en tus manos—. Pero si ahora estamos juntos, esto también me afecta a mí. Tengo que saber a quién llamas.

Extraes la navaja de la mochila y cortas la caja de plástico.

—Cuando estaba en Los Ángeles, le conté a una mujer, una agente de policía, sobre los cazadores. Que me tendieron una trampa y trataban de matarme. Ella fue la única que me creyó —le dices.

—Guau —exclama Rafe echando a reír—. Es una broma. ¿Qué te hizo pensar que podías confiar en una poli?

—Todo —respondes—. Todo lo que hizo me llevó a pensar que podía confiar en ella. Está investigando EAA, reuniendo pruebas para mí.

Rafe se reclina contra la pared baja.

—¿Por qué tienes que llamarla ahora?

—Quiero hacerlo —todavía quedan preguntas. Izzy. Goss. El sobre que dejaste para ella en el hospital—. Solo me tomará un minuto.

—A mí no me menciones —su rostro cambió a una expresión de... ¿qué? ¿Miedo? ¿Vulnerabilidad?

—No lo haré. Lo prometo.

Caminas hasta el borde del techo con paso lento. Cuando estás lo suficientemente lejos para que no escuche, enciendes el teléfono y marcas el número de Celia sin dejar de caminar de un lado a otro. Mientras suena, casi puedes verla observando el número bloqueado en la pantalla y preguntándose si eres tú.

—¿Hola?

—¿Celia? —aunque reconoces su voz, igual preguntas. —Sunny —dice con tono de alivio. Es raro escucharla llamándote así: el nombre que utilizaste durante las últimas dos semanas, antes de conocer el verdadero.

Suena un teléfono en el fondo y una voz se escucha a lo lejos. Debe estar en la estación de policía.

—Me estaba preguntando cuándo tendría noticias de ti. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. ¿Cómo está Izzy? ¿Qué pasó?

Celia respira profundamente.

—Izzy está... viva. Se está recuperando. No es fácil de explicar, pero ella sabe que estoy trabajando en el caso. Goss está bajo custodia policial desde el domingo a la tarde. Izzy lo identificó como la persona que le disparó.

Respiras lentamente mientras relajas los hombros.

—Gracias a Dios —profieres con dificultad—. Esto está por terminar.

Del otro lado de la línea, solo hay silencio. Tienes que mirar la pantalla para asegurarte de que no se cortó la comunicación.

—¿Qué pasa? —preguntas—. ¿Cuál es el problema?

—Todavía no tenemos pruebas suficientes. En este momento, sus abogados dicen que Izzy entró a su casa ilegalmente, que el disparo fue en defensa propia. La puerta de atrás estaba rota y el lugar, bueno, el lugar indica eso. Va a ser difícil mantenerlo bajo custodia. No tengo muchos elementos en su contra.

—¿Qué? No comprendo. —te detienes.

—No tenemos un caso firme —explica Celia—. No podemos probar nada. Hasta las notas que me enviaste; no son suficientes. Tiene los mejores abogados, y los más caros. Podrá salir de esta.

—Pero, su casa. ¿Acaso no fueron a su casa? ¿No encontraron nada?

—Nada —responde con un suspiro—. Busqué los papeles pero debe de haber limpiado antes de que yo llegara. Pero sigo trabajando, estudiando el caso desde distintos ángulos. Tengo otra pista en Seattle: encontraron el cuerpo de una chica con el mismo tatuaje que tienes tú. Estoy tratando de reunir información para probar que este caso involucra a más gente que Goss. Dime, Sunny, ¿dónde estás? ¿Podemos encontrarnos hoy en algún momento?

—Ya no estoy en Los Ángeles —respondes mientras te preguntas si no fue un error haber viajado tan lejos. Celia no puede ayudarte si estás del otro lado del país.

—¿Y dónde estás? —pregunta—. Recién estamos comenzando. Siguen buscándote. Especialmente ahora. Deben saber que tuviste algo que ver con el hecho de que Goss esté aquí.

—Lo sé. Estoy en Nueva York. Estoy tratando de conseguir más información sobre EAA. Pronto tendré más datos para ti.

Hace una pausa mientras piensa en lo que dijiste.

—¿Qué tipo de información?

—Otros blancos —respondes—. Hay más como nosotros. con vida. Ya tengo una pista de uno de ellos.

—¿Qué más? ¿Algo concreto?

—Busca a Lena Marcus. Una chica que desapareció en las afueras de Cabazon. La reconocerás.

—¿Ese es tu verdadero nombre? ¿Cómo lo averiguaste?

Echas una mirada hacia el otro lado del techo, donde Rafe está arrodillado



acomodando el contenido de su mochila. No puedes hablarle a Celia de él. Lo prometiste.

—Me encontré con alguien que me conocía. No te puedo decir más. Te llamaré pronto... tan pronto como pueda. Espero tener más información.

—Cuídate —dice y luego espera que cortes la conversación. Quitas la batería del teléfono y guardas todo en el bolsillo. Cuando te acercas a Rafe, se está poniendo una camiseta limpia, su pecho suave y desnudo queda a la vista durante un momento.

—¿Cuál es el plan? —pregunta.

*Siguen buscándote. Especialmente ahora.*

—Tenemos que encontrar a Connor muy pronto. Yo haré de guía.

# CAPÍTULO DIEZ

CUANDO SE ABREN las puertas del metro, Rafe sale primero y observa el andén con atención. Pegada a sus talones, pasas el torniquete, subes las escaleras y sales al sol. Te diriges hacia el oeste. La estación Calle 110 es completamente distinta de las estaciones del centro. El borde de la acera está lleno de vasos de café aplastados, hojas secas y bolsas de comida rápida. Un hombre duerme en la puerta de un garaje, un trozo de cartón le cubre la cara. Están a pocas cuadras de Morningside Park, el otro lugar de encuentro que Connor le mencionó a Rafe.

Adentro del parque te diriges hacia el norte, al lago. Es mediodía, pero hay muy poca gente en el césped. No hay nadie sentado en los bancos junto al agua. Miras hacia adelante y comprendes por qué.

Al borde del agua, hay un cuerpo tendido en el suelo bajo una sábana blanca. Hay policías por todos lados: caminando por el muelle, examinando el área debajo de un puente cercano. Un agente rodea el tronco de un árbol con cinta amarilla y le pide a la gente que retroceda, que se aleje.

Rafe lo ve al mismo tiempo que tú. No lo estás mirando pero escuchas la brusca respiración y la palabra en sus labios: *No*. Uno de los agentes levantó la sábana dejando a la vista el rostro del chico. Una cresta negra, la herida de bala al costado del cuello.

—Es él —anuncia Rafe—. Es Connor.

# CAPÍTULO ONCE

TOMAS LA MANO de Rafe y jalas de él hacia atrás, pero no puede quitar los ojos del cuerpo. Están demasiado expuestos en medio de la multitud. Lo obligas a abandonar el lugar y tratas de conseguir un sitio mejor desde donde observar.

Salen del parque y pasan delante de varios edificios hasta que encuentran una ubicación elevada en el último peldaño de la escalera de entrada de un apartamento.

—El Organizador no llegó a tiempo —comentas—. De otra manera, nunca lo habrían dejado tendido ahí. Tal vez alguna persona vio lo ocurrido... tal vez podamos encontrarlos.

Rafe permanece en silencio. Se aferra a la parte de arriba del alféizar de una ventana y sube para intentar ver la escena otra vez. Eso es suficiente como para atraer la atención.

—Baja, Rafe —dices—. Es posible que todavía estén por aquí.

—¿Viste esa marca? —Rafe señala una pared de piedra a diez metros del cuerpo. El grafiti parece recién hecho, con pintura roja. Puedes descifrar lo que está escrito. *WBD + WY*.

—Había uno similar en el centro —recuerdas—. Y también rojo. Se está comunicando con los blancos.

Rafe observa los letreros de las calles, los semáforos.

—Tiene su lógica.

Observas a la multitud del otro lado de la calle. Una persona ha volteado hacia ti, una mujer de unos cuarenta años. Tiene pelo corto y rubio, un tupido flequillo le cubre las cejas. Quizá divisó a un chico balanceándose en el alféizar de una ventana y le preocupa que pueda caerse. O quizá no.

—Vamos, baja —le dices sin dejar de observarla. Te estiras y sujetas la pierna de Rafe—. Tenemos que irnos.

La mujer levanta el teléfono y, antes de que puedas reaccionar, lo apuntó hacia Rafe y hacia ti. Está claro que les tomó una fotografía.

—Qué rayos. —dice Rafe cuando finalmente la ve. Salta hacia los escalones y hacia la calle. Juntos comienzan a alejarse del lugar.

Al llegar a la esquina, echas una mirada hacia atrás. La mujer se apartó de la multitud y sostiene el teléfono en alto. Continúa apuntándolo hacia ustedes, mientras se largan a correr, la cabeza baja, el pelo ocultando el perfil. Tienen que marcharse de allí lo más lejos que puedan.

Doblas la primera esquina y te diriges hacia el sur para no tener que esperar el cambio de luz. Rafe viene detrás de ti. Al mirar hacia atrás, ves que la mujer no los ha seguido, pero igual continúan corriendo hacia el metro.

Las aceras están atestadas de gente. Los transeúntes los observan pasar velozmente junto a ellos. Seguramente pensarán que hicieron algo malo, por la ropa manchada y el cabello desgreñado. Están agitados. Cuando se encuentran a varias cuadras del parque, Rafe se mete en un callejón y esperan juntos, las manos en las rodillas, exhalando bocanadas de aire largas y finas.

—¿Quién era? ¿La habías visto antes? —preguntas.

—Ni idea —responde—. Quizá nos confundió con otras personas.

—Me encanta tu optimismo —dices riendo.

Te encaminas hacia el borde del muro y espías la calle. Una pareja mayor conversa frente a la escalera de entrada de su apartamento. Un hombre de mediana edad acaba de doblar la esquina y se dirige hacia ti, la chaqueta en el brazo.

—Tenemos que marcharnos de aquí —adviertes—. Si encontraron a Connor, debían conocer el lugar de encuentro.

Rafe te sigue hacia la esquina. Alcanzas a ver la entrada del subterráneo un poco más adelante, el globo verde arriba de un poste. Por debajo de las rejillas, se escucha la llegada de un tren.

Están a diez metros cuando distingues a un hombre a tus espaldas. Aceleró el paso y su chaqueta está colocada torpemente cubriendo algo en su mano derecha. — Tiene un arma —susurras.

Una chica con una cinta verde en el cabello pasa empujando un cochecito doble para bebés. Rafe mantiene la mirada al frente como si no hubiera escuchado lo que dijiste. En ese instante, una mujer dobla la esquina y camina hacia ti. Lleva una sudadera, gafas de sol y pantalones cargo. Su pelo rojizo a la altura de los hombros se desparrama por debajo de su gorra de béisbol violeta.

—Los cazadores ya están acá —dice Rafe en voz baja.

—Tenemos que separarlos —replicas, sabiendo que en cuestión de segundos estarán rodeados—. Yo entraré al metro, tú atraviesa el parque. Ve hacia el este.

Enfilas hacia las escaleras mientras Rafe cruza la calle. Tarde, te das cuenta de que no planearon un lugar de encuentro para después. Quieres llamarlo pero es muy peligroso. Por el sonido de sus pisadas, sabes que tu perseguidor aceleró el paso.

El viento del tren que se aproxima sube volando por las escaleras y te enreda el pelo. Echas otro vistazo hacia arriba antes de descender. La mujer se acerca a la estación del metro.

Lo ve a Rafe pero sigue andando en tu dirección. Bajas de dos en dos los escalones que te faltan y aterrizas con fuerza en el suelo. La cabina de información está vacía. Apoyas las palmas de las manos a ambos lados del torniquete y pasas las piernas por arriba.

Apenas escuchas el sonido del tren y el chirrido de los frenos al detenerse, vuelve

a invadirte el pánico del día en que despertaste. Tienes que hacer un esfuerzo para no ponerte tensa. Mientras el metro ingresa a la estación, corres hacia el extremo del andén.

No ves a los cazadores, esperas que se hayan demorado en los torniquetes. Enfilas hacia el final del grupo de vagones. Detrás del último, hay una saliente de metal de treinta centímetros. Tiene tres cadenas que la rodean a la altura de tu cintura. Hay espacio suficiente para que te pares ahí y te ocultes detrás de la puerta.

*Esta es la línea C dirección Brooklyn. La próxima estación es la Calle 103. Por favor, manténganse lejos de las puertas.*

Te aferras a las cadenas y pasas la pierna por encima. Te apoyas contra la puerta, te inclinas debajo de la ventana y respiras hondo.

# CAPÍTULO DOCE

EL METRO SALE disparando y el andén se pierde de vista. No ves a los cazadores en la estación ni bajando las escaleras, pero sabes que te seguían de cerca. Es probable que hayan logrado subir al tren.

Te aferras a las cadenas y espías el último vagón por la ventanita cuadrada. El cazador está en el extremo opuesto del coche, la mano en la puerta de metal que conduce al siguiente compartimento. Nada de él te resulta familiar. Lleva una camisa celeste de vestir metida adentro del pantalón, el pelo café oscuro bien peinado, la chaqueta aún encima del brazo derecho. Parece tener unos treinta y tantos años. Corre la puerta nuevamente y continúa caminando por el tren.

Te está buscando.

Te descuelgas la mochila, bajas hacia el suelo y tomas la navaja que está escondida en el fondo. Por más que la hayas lavado muchas veces, el mango sigue manchado con la sangre de Goss, las motas rojizas se resecaron en las ranuras. Sabes que si ambos cazadores lograron subir al metro, no te servirá de mucho.

Mientras el tren entra rodando en la primera parada, te quedas completamente quieta y te preguntas si los cazadores descenderán allí.

*La próxima estación es la Calle 96. Por favor, manténganse lejos de las puertas.*

Cuando el metro se marcha, no los ves en los andenes: siguen adentro del tren. Te quedas apretada contra la parte exterior del vagón. Pasan dos estaciones más, y luego otras cuatro. En cada una de ellas, escudriñas los andenes y no los ves: continúan en el interior del tren.

Si siguen buscándote, te encontrarán. Tomas la manija de la puerta y compruebas que está cerrada. Cuando miras de nuevo por la ventanita, la cazadora está en el vagón siguiente y captas un vistazo fugaz de su perfil mientras estudia a los pasajeros. Ignora a los pocos que están leyendo sus Kindles ya la madre que mueve de un lado a otro el cochecito de su beba tratando de calmarla. Pero al empujar la puerta para continuar, mira una vez más hacia atrás. Te ocultas, pero es demasiado tarde. Ya sabe que estás ahí.

El tren se pierde velozmente en la oscuridad. Te agazapas y anhelas escuchar la presión de los frenos que señalan la próxima parada. Otro tren pasa disparando, puro aire y ruido, y te haces lo más pequeña posible, apretándote contra el metal frío de la plataforma. Esperas que una bala atraviese la puerta en cualquier momento. Si tiene silenciador, podría apuntar directamente al centro y esperar que el tren tape el ruido.

Pero, en vez de eso, la puerta se abre y la mujer introduce el cañón del arma por el hueco. Casi logra pasar toda la mano cuando le pegas un golpe y esperas haberle roto la muñeca. Lanza un grito de dolor y retira la mano. Deslizas la puerta para cerrarla y apoyas el zapato contra la manija para mantenerla cerrada.

Percibes cómo lucha con la puerta. Enderezas la pierna y colocas todo el peso del cuerpo contra la manija para que no se abra. Alguien dice algo adentro del vagón y luego llega el sonido reconfortante de los frenos. La luz fluorescente del andén es un alivio.

*Esta es la estación de la Calle 42.*

En los diez segundos que transcurren entre la detención del tren y la apertura de las puertas, vuelves a colocarte el cuchillo en el cinturón, pasas por encima de las cadenas y saltas el metro que te separa de la estación. Antes de que la mujer salga del tren, te pierdes entre la multitud.

Alguien toca música reggae. El teclado crea una melodía extraña y alegre. Cuando llegas a la escalera mecánica, subes los escalones de dos en dos y pasas como un rayo junto a las personas que descienden. Un rebaño de turistas con camisetas de la Iglesia de Belén; un indigente empujando dos carritos con montañas de bolsas de plástico. Cuando llegas al final de la escalera, te arden las piernas, pero respiras profundamente y te diriges a una de las salidas. Hay un grupo congregado alrededor de una banda de percusión caribeña. Unas doce personas apuntan sus cámaras sobre el cantante. Te cubres el rostro para asegurarte de que no queden registros de tu paso.

Primero detectas a la mujer, que emerge debajo de un letrero luminoso que dice METRO. Le llevas diez metros de delantera, pero se acerca en tu dirección por la Calle 42. Hay un cine, hileras de restaurantes... Construcciones altísimas con brillantes marquesinas, que parecen salidas de un dibujo animado. Aunque sabes que llamará la atención, sales disparando a toda carrera, pensando que será más factible perderlos de vista que tratar de ocultarte.

Te encaminas hacia el este y, en pocos minutos, llegas a Times Square. La zona está llena de gente. Cada dos segundos, alguien te ofrece algo: «¿Querrías probar la oferta especial de almuerzo de nuestro restaurante?», «¿Puedo hacerte una pregunta acerca de tu cabello?», «¿Te gustan las comedias?».

Cuando te encuentras cerca de la esquina, echas una mirada hacia atrás. La mujer viene tras de ti. Zigzaguea entre la gente, ofrece disculpas rápidas y confusas mientras trata de alcanzarte.

Tomas a la izquierda por una calle ancha y enseguida divisas un callejón. Antes de que ella doble la esquina, entras deprisa y buscas la manera de ingresar a la parte trasera de algún edificio. Detrás de un contenedor de basura hay una escalera de incendios oxidada. Aferras el último escalón y subes hasta el segundo piso.

Abajo, en el callejón, pasa corriendo tu cazadora. Examina el pasaje y sigue de largo. Subes un piso más, luego otro; el metal te quema las manos. Cuando llegas al techo, estás exhausta. Hay un letrero publicitario de un grupo financiero llamado

Hermanos LeMarc. Te mueves lenta y cuidadosamente detrás del cartel y, al observar la calle, te invade la pesada sensación de mareo provocada por el vértigo.

La mujer se detuvo en la esquina. Desde cuatro pisos más arriba, no es más que una mancha de pelo rojizo y una gorra violeta. Camina frenética de un lado a otro. Aun cuando cambia la luz del semáforo, no se aleja. Es difícil darse cuenta si está hablando por teléfono, pero tiene una mano levantada y la cabeza ladeada. Te ha perdido. Estás a punto de sentarte a esperar cuando un hombre cruza la calle y se aproxima a ella.

Es otro sujeto, lleva camisa de vestir y pantalones negros. Pelado, con gafas de sol. Escudriña la calle. Después de uno o dos minutos, se acerca el hombre del tren desde el otro lado de la calle. Los tres se reúnen en la esquina y hablan con gestos ampulosos mientras la mujer les muestra el teléfono.

De repente, resulta evidente que no se trata simplemente de una cazadora y un Organizador, o de una persona enviada por EAA para matarte... Es algo diferente, más grande. Otro hombre, más joven esta vez, se ha detenido a hablar con ellos y les muestra el teléfono. Ahora son cuatro.

Hundes la mano en el bolsillo del jean y palpas el teléfono descartable. Si están enterados de que Goss está en prisión, tienen que saber que fuiste tú quien lo puso ahí. Es probable que sospechen que intentaste denunciarlos. Recuerdas cuando Rafe pasó por delante de la mujer, ella lo vio y siguió andando, eligió seguirte a ti. Él habría sido el blanco más fácil. Podría haberlo seguido por el parque, haberse encargado de matarlo ella sola.

Observas el grupo abajo en la acera mientras se dispersa. Observan con atención la multitud, los rostros de desconocidos que pasan junto a ellos y escudriñan las vidrieras de las tiendas y los restaurantes. No abandonaron la búsqueda porque la presa eres tú.



# CAPÍTULO TRECE

BEN MIRA POR la ventanilla del auto de alquiler. No puede ver demasiado desde la ruta 105, solo la vía de concreto de la Metrolink arriba de él y, a lo lejos, las otras autopistas enroscándose unas alrededor de las otras. El sol está cubierto por el *smog*.

—¿Estamos yendo al aeropuerto? —pregunta Ben. El conductor es un hombre demacrado de mediana edad. No responde, no ha dicho una sola palabra desde que abandonaron la casa.

—Tampoco es algo tan difícil de deducir —comenta Ben—. La 110 hacia el sur, la 105 hacia el oeste. Me está llevando a LAX, el aeropuerto internacional de Los Ángeles.

Silencio.

Le dijeron que hiciera un bolso para tres días. Eso fue lo único que le levantó el ánimo cuando el hombre apareció ese mismo día a las siete de la mañana. No le pedirían que hiciera un bolso si fueran a matarlo.

Al menos, eso creía.

Sabía que la gente de EAA iba a aparecer; era solo cuestión de tiempo. Desde que perdió contacto con Sunny, había estado esperando ver qué harían con él. Su contacto en EAA ya lo había llamado dos veces para preguntarle dónde estaba. ¿Había tenido noticias de Sunny? ¿Dónde la vio por última vez? Les había contado la verdad, todo lo que sabía... Que ella había ido a su casa, que parecía preocupada y que, desde entonces, no había sabido de ella.

El chofer toma la salida de Sepúlveda. Ben está a punto de hacer un comentario pero decide no hablar. La única pregunta ahora es adónde lo llevarán. Durante un brevísimo segundo, considera la posibilidad de que lo estén llevando a algún lugar para realizar una cacería. que piensen usarlo como otro blanco. Se pasa las manos por arriba del jean. Todavía le duele la mano de cuando Sunny le cerró la puerta encima.

El automóvil hace un giro en U, pasa el aeropuerto y entra en el Restaurante Burger In-N— Out. Una adolescente con gorra blanca y delantal rojo toma los pedidos a la hilera de autos que baja serpenteando hasta la calle. El conductor elige un lugar en el extremo del estacionamiento, junto a un BMW plateado. Ben se fija en las placas, pero no tiene, solo un trocito negro de papel que dice Glendale BMW.

Un hombre sale del vehículo, abre la puerta trasera del auto de alquiler y se acomoda junto a Ben en el asiento de cuero. Una ráfaga de aire caliente ingresa con él. Son los primeros días de octubre, pero hace un calor sofocante, hay casi cuarenta

grados. Cuando Ben lo mira, tiene una vaga sensación: cree conocerlo. Ahora está más viejo: su pelo es blanco y finito, y tiene unos cinco kilos más que pueden notarse en la cara y el cuello. Pero Ben lo conoce de antes; era amigo de su padre.

—Benjamin —dice el hombre—. No te veía desde que tenías diez años y estabas haciendo volar un helicóptero a control remoto en el patio trasero de tu casa.

Estira la mano para que Ben la estreche.

—Isaac.

Ben recuerda ese helicóptero. Le parece estar viendo a Isaac aquel día sentado con sus padres en la cocina. Cuando se estira y le estrecha la mano, ya siente que lo odia. ¿Qué quiere? ¿Qué le harán hacer ahora?

—Esa chica que estabas vigilando para EAA —comienza—. Estamos preocupados por ella. Ha desaparecido y creo que te lo dijeron... Es la sobrina de uno de los ejecutivos.

Ben ya conoce la historia. Es lo que le contaron cuando le pidieron por primera vez que entablara relación con ella. También sabe que es mentira.

—Sí, Sunny. Nos hicimos amigos.

—¿Sunny? —pregunta Isaac—. ¿Es así como se hace llamar ahora?

A pesar del calor, el hombre lleva traje. Saca el iPhone del bolsillo delantero de la chaqueta. Busca una fotografía y se lo alcanza a Ben.

Es ella, de perfil. Se está alejando de la cámara, observando algo que está a la izquierda, sin darse cuenta de que hay una persona tomando una foto. Su cabello largo y oscuro cae a un costado en una trenza, cubriéndole la cicatriz.

—Sí, es Sunny.

—Fue vista esta mañana en Nueva York. Tenemos que encontrarla lo antes posible. O, mejor dicho, queremos que tú la encuentres.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Sí. Como te conoce, pensamos que a ti te resultaría más fácil acercarte a ella. Fue vista al norte de la ciudad, en el lado oeste del parque. Podemos mantenernos en contacto mediante mensajes de texto para informarte si alguien la ve. Tenemos varias personas en el lugar que la están buscando. Te daremos unos días. Avísanos apenas establezcas contacto con ella.

Isaac mete la mano en el bolsillo y extrae el pasaje. Está a su nombre. Primera clase, LAX a JFK. Hora de arribo: 6:12 P.M. También le entrega una pila de billetes de cien dólares y una tarjeta con un número de teléfono.

—Ten el teléfono encendido.

Se baja del auto, luego se inclina y lo mira a Ben.

—Siempre me agradaste —afirma—. Así que déjame darte un consejo. En tu lugar, yo haría lo que EAA me pide, sin hacer preguntas. ¿Me entiendes?

Ben asiente pero Isaac ya cerró la puerta de un golpe.

# CAPÍTULO CATORCE

TE OCULTAS EN la sombra de los edificios y te bajas la gorra para que te cubra los ojos. Acabas de robar un nuevo conjunto de ropa —una sudadera negra sencilla y jeans— y cambiaste la mochila por una color beige, que se asegura con tiras en la parte de arriba, la correa cruzada sobre un hombro.

No existe una forma simple de regresar con Rafe. Es muy peligroso buscarlo en las canchas de básquetbol, especialmente después de que te persiguiera el primer cazador. Fue una estupidez no establecer un lugar de reunión.

Los cuatro cazadores recorrieron la manzana durante dos horas antes de que dos de ellos se dirigieran hacia el norte y los otros revisaran los callejones que rodeaban el edificio. A nadie se le ocurrió algo tan simple como mirar hacia arriba. Permaneciste en el techo hasta que oscureció y te sentiste lo suficientemente segura como para bajar. Desde entonces, has estado recorriendo las calles de la ciudad en busca de Rafe, pero, yendo a pie, no has tenido éxito.

Aceleras el paso. Falta una cuadra para la biblioteca. Es imposible no verla, como te la describió una mujer en la calle. *Quinta Avenida. Dos leones de piedra en el frente. Abarca casi toda la manzana.* El parque detrás del enorme edificio de piedra está abarrotado de gente, el césped tapizado con mantas de picnic y sillas, familias y parejas. Ascendes por los escalones de mármol. En la entrada, un guardia levanta la mano al verte pasar.

—La mochila...

La mueves hacia adelante, escondiendo el bolsillito que oculta el cuchillo. El gas pimienta ya no está. El dinero está guardado en el bolsillo delantero de tus pantalones, pero igual es desagradable verlo hurgar entre tus pertenencias. Sus manos tocan la única camiseta de repuesto, la manta, y el vestido y la bufanda que usaste en el tren.

Cuando termina, da unas palmadas en el costado de la mochila.

—Cerramos en media hora.

—Solo necesito quince minutos —pasas delante de él y entras en el gran hall. Bajas la cabeza para evitar las cámaras de seguridad mientras te diriges a la escalera de la izquierda. El recinto es inmenso. Parece más un museo que una biblioteca. Altísimos techos de mármol, arcos de piedra y paneles de madera tallada. Las escaleras continúan, un piso se abre a una galería, otro a un corredor con salas más pequeñas. Tardas en llegar a las computadoras del tercer piso.

Sala Principal de Lectura Rose. Todas las paredes son de madera pulida, gigantescos paneles tallados de más de doce metros de altura. Los candelabros cuelgan de un cielo raso con dibujos. Debajo, hay innumerables hileras de sillas y mesas de madera. A pesar de que la biblioteca está por cerrar, todavía hay decenas de personas en las computadoras. Te sientas en la primera que encuentras libre.

Ya pasaron más de veinticuatro horas desde la última vez que viste a Rafe. Dijo que había encontrado la publicación original de Connor en Craigslist, de modo que es posible que se le ocurra mirar allí otra vez. Entrás al sitio y subes un aviso personal en la sección Contactos Perdidos titulado *Te sentaste frente a mí en el tren*. Mencionas que te agrada pasear a tu perro por Washington Square Park, un lugar por donde pasaste ayer camino del centro. El barrio parece lo suficientemente bullicioso como para permanecer oculta en el área durante unos días.

—Faltan quince minutos para cerrar. Por favor, lleven todos los libros a la recepción para realizar el trámite de salida —anuncia un empleado desde el extremo más alejado de la sala. Las dos chicas que se encuentran a tu lado guardan las MacBooks en sus bolsos y mencionan algo acerca de una fiesta en Trinity. Mientras se marchan, se burlan de una chica llamada Versailles.

Y a publicaste el aviso para Rafe. Ahora solo te queda una cosa por hacer... Observas el cursor que titila y sientes ganas de tipear. Indecisas, tus manos revolotean sobre el teclado. Deseas saber algo de tu hermano, si está con vida y bien. Pero ¿y si EAA lo encontró? ¿Utilizarían a tu hermano para hacerte salir de tu escondite? ¿Acaso tu búsqueda podría ponerlo en peligro, si es que ya no lo estaba? El empleado que se encuentra junto a la puerta vuelve a hablar y comunica que se van a apagar las computadoras. No piensas, solo tipeas. *Chris Marcus y Lena Marcus*. Hay millones de resultados; ninguno te resulta familiar. Intentas otra vez: *Chris Marcus, Lena Marcus, Desaparecidos, Cabazon*. Lo encuentras. Con un solo click, ingresas en una página básica, con un texto de muy pocas líneas y una fotografía.

*LENA MARCUS ESTÁ DESAPARECIDA DESDE EL 08/05/2014.*

Tus ojos se clavan en la imagen de tu rostro. Te ves más joven: de catorce o quince. Tienes rizos pequeños recogidos arriba de la cabeza. Llevas un vestido azul oscuro y sonríes. La persona que está junto a ti está recortada. Es raro verte tan contenta.

Te quedas mirando la dirección de correo electrónico que figura debajo. Dice Chris Marcus. Se te cierra la garganta y los pulmones se ponen tensos. *Le importas a alguien. Le importas a él*. Sería tan fácil escribirle y hacerle saber dónde estás. Todo ese tiempo ha estado esperando que te contactes con él, que regreses.

Pero contestarle implicaría ponerlo en peligro. Si todavía no hallaron el sitio, pronto lo harán. Una parte de ti desea que Rafe nunca te hubiera dicho tu verdadero nombre. De alguna manera, era más fácil no saber.

Cuando estás cerrando las pantallas, alguien se te acerca por detrás. Tiene la ropa arrugada y el pelo desgreñado, los rizos oscuros le caen sobre la frente. Te lleva un

momento reconocerlo. Es la última persona que esperas encontrar en Nueva York.  
*Ben.*

—No me toques —dices mientras se sienta a tu lado—. Si lo haces, grito.

—No lo harás —se inclina y baja la voz—. Tengo que hablar contigo, Sunny. En algún lugar privado.

No sabes si tiene un arma. Su camisa es demasiado holgada como para ver la parte de atrás del cinturón. Todavía tienes tiempo para marcharte. Aunque te siga, tendría que matarte ahí, en la sala principal, a la vista de todos.

Te pones de pie y empujas la silla hacia atrás. Al otro lado de la sala, el empleado está ocupado apagando las computadoras. A tres metros, una pareja guarda sus libros. Sin correr, te diriges de inmediato hacia la puerta. Bajas las escaleras pero hay una larga fila de personas esperando para salir. Estás atrapada. Ben tironea de tu mochila desde atrás.

No existe una buena manera de defenderte, retrocedes hacia un rincón que se encuentra en la parte de arriba de la escalera. Ben te sigue. Intentas pegarle pero te sujeta la muñeca y te atrae hacia él. En un instante, se encuentra a pocos centímetros de tu cara y sus ojos grises se posan en los tuyos.

—Sunny, detente... no voy a lastimarte.

—Mentira.

Con el brazo libre, le das un golpe en la cara con todas tus fuerzas. Sorprendido, retrocede mientras se tambalea. Aprovechas esos preciosos segundos para liberarte y te diriges a la escalera.

—Espera. mira —levanta el borde de la sudadera para mostrarte que no está armado—. No puedes irte. Hay una cazadora a menos de una cuadra que te está buscando.

No te detienes y continúas bajando la escalera.

—Y tú estás aquí para ayudarla.

—Estoy aquí para ayudarte a ti —se aparta el pelo de la cara, la mirada vacilante—. Sunny. te amo.

# CAPÍTULO QUINCE

LA LUZ DE la escalera ilumina solo la mitad de su cara. Los ojos, los labios gruesos. La piel pecosa por la cual deslizaste las yemas de los dedos, dibujando las líneas de su rostro.

—No podemos hablar aquí —repite echando una mirada a un guardia de seguridad que pasa a su lado—. Por favor...

—Tienes solo un minuto y después me iré.

—Solamente dime dónde.

El anuncio se escucha nuevamente: faltan cinco minutos para cerrar. Bajas las escaleras consciente de que está pegado a tus talones, consciente del riesgo que corres. Hacia la izquierda, hay un letrero que dice sanitarios en planta baja. Pasas entre un grupo de estudiantes secundarios y desapareces por el costado del hall de la biblioteca. No hay guardias ni gente.

No dices nada hasta que extraes la navaja de la mochila y la colocas al costado de tu cuerpo, alerta.

Ben levanta las dos manos.

—Cálmate. No voy a hacer nada.

—No me digas que me calme. Me mentiste. Cada minuto que pasé en tu casa, estuve en peligro.

—Si hubiera querido entregarte, ¿no crees que ya lo habría hecho?

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Viniste hasta Nueva York solo para *saludarme*?

Deseas que exista una mejor manera de averiguar por qué está ahí realmente. Es imposible creer nada de lo que dice. ¿Durante cuánto tiempo habría mantenido en secreto su relación con EAA? ¿Era cierto que aquel día iba a marcharse contigo? ¿Cuánto tiempo más pensaba seguir fingiendo que solo trataba de ayudarte?

Ben se frota la mejilla en el lugar donde le pegaste, la mirada clavada en el piso. —Estoy acá porque ellos me enviaron. Se supone que debo ayudarlos a encontrarte. Piensan que sigo trabajando para ellos. No les conté que estoy contigo en este momento.

—Gracias, Ben —comentas—. Es muy generoso de tu parte.

—Tengo que darte una explicación —se aparta el pelo del rostro con las dos manos—. Sé que te la debo. Pero no sabía de qué se trataba todo esto hasta que fue demasiado tarde.

—¿Y dónde está? La explicación.

Pasa un minuto hasta que sus ojos se encuentran con los tuyos.

—Mi padre manejaba las finanzas de EAA. Empresas Artemis & Acteon, así se llaman. De chico, desconocía por completo su existencia. Pero después de que papá murió, descubrimos que había estado quedándose con dinero de las mejores inversiones. Mi madre no pudo enfrentarlo. En ese momento, ambos creíamos que se trataba de una empresa legal, que nos demandarían y se quedarían con nuestra casa. Todo comenzó a desmoronarse.

Se detiene y respira pausadamente.

—Ahí fue cuando me hicieron la propuesta. Dijeron que debía trabajar para ellos durante un año y eso sería todo. Y sí, tal vez fue una estupidez de mi parte pensar que podía arreglar las cosas o impedir que mi madre se destruyera a sí misma... pero lo intenté.

Es tan tentador creerle. Te mira suplicante, con la duda en sus ojos grises.

—¿Qué te pidieron que hicieras? —preguntas.

—Pasar tiempo contigo —responde—. Eso era todo. «Sal con esta chica». Y luego me llamaron un par de veces para saber cómo estabas. Uno de los sujetos que me contrató (que dijo llamarse Werner) me explicó que eras la sobrina de una de las personas más importantes de la compañía y que estabas en problemas. Solo deseaban saber si estabas bien.

—¿Creíste que una empresa legal te pediría que canceles una deuda *saliendo con una chica*? Diablos, Ben. ¿No pensaste que había algo un poco raro en todo eso?

Ben se encoge de hombros, su boca es una línea finita y vacilante.

—Quise creer que era así de simple. Quería terminar con el tema. ¿Qué otra opción tenía? ¿Ir a la policía, contarles que mi padre había estado robándole a una compañía y que yo pensaba que deberían saberlo? Lo siento, Sunny, de verdad, pero.

—Me llamo Lena.

—Lena. —tu nombre suena extraño pronunciado por él—. ¿Cómo lo averiguaste? —Encontré a alguien que realmente me conoce, Ben. Alguien que estuvo conmigo en la isla. Eso hicieron: nos llevaron allí para *cazarnos*, para matarme. Esas son las personas para las cuales trabajas.

Ben baja la vista hacia el piso. Cuando finalmente levanta la barbilla, tiene los ojos húmedos.

—Te juro por mi vida. que no tenía idea de qué se trataba. Nunca lo habría aceptado. Tienes que creerme.

—¿Pero cómo? ¿Cómo puedo creerte? —mientras hablas sientes la punzada todavía fresca de la traición. Te estuvo mintiendo todo el tiempo: cuando te quedaste en su casa, cuando lo besaste, cuando dormiste a su lado. Cada vez que te miraba, estaba mintiendo.

—Lo siento —apoya la mano en tu brazo, pero la apartas: no quieres sentir el calor de su contacto—. No permitiré que te hagan daño.

Un nuevo aviso rompe el silencio. *La biblioteca ya está cerrada*. Retrocedes y te

alejadas de él. Es tu última oportunidad de marcharte. En pocos minutos, quedarás encerrada adentro.

Ben señala el vestíbulo.

—No podemos irnos... todavía no.

—¿No podemos?

—Una cazadora ya te vio por la zona. Me enviaron un aviso. Si yo te vi entrar, es probable que ella también lo haya hecho.

—¿Cómo me encontraste?

—Mandaron un informe diciendo que te encontrabas en Nueva York, con una foto de ti al norte de la ciudad. Algunos han estado compartiendo información. Uno te vio hace una hora dirigiéndote hacia el este por la Calle 40. Todos te están buscando.

—¿Entonces se supone que ahora debo pasar la noche en la biblioteca contigo, esperando que no me mates?

—Tú sabes que no te mataré —echa una mirada por encima del hombro hacia la escalera—. Pero los cazadores, sí.

Odias tener que admitirlo, pero tiene razón.

—Entonces nos quedaremos acá. ¿En dónde? —examinas las puertas a lo largo del corredor. Guardas el cuchillo y le haces una seña a Ben de que vaya adelante. Las dos primeras puertas conducen a salas de conferencias, pero están cerradas. La tercera es una habitación con varios pasillos con cajas de cartón para archivos. Las luces están apagadas. Todo está cubierto por una fina capa de polvo. Ben entra primero y se oculta en el fondo, detrás de una hilera de cajas. Escuchas otra vez el anuncio: *La biblioteca ya está cerrada.*

—Podemos dormir aquí —propone—. Nadie va a revisar un depósito polvoriento. Mañana nos marcharemos apenas abran.

Te sientas al lado de él y colocas la mochila adelante. Es imposible saber si está mintiendo, pero también podría estar salvándote la vida. Si tienes que elegir entre Ben allí dentro y un cazador afuera, sabes que él es el riesgo menor.

—¿Cómo supiste que estaba en la biblioteca?

—Me hallaba en los escalones cuando entraste. La gorra podrá haber engañado a alguno, pero yo me di cuenta de que eras tú —estira la mano y toca el extremo de tu trenza. La llevas alrededor del costado del cuello para esconder la cicatriz.

—¿Es tan obvio?

—Solo para mí —sonríe. Apoya la mano en tu rodilla durante un instante y luego la levanta.

—Ben. no.

—¿No, qué? Recién hablaba en serio. Podría no haberme subido a ese avión. Podría haber escapado. Pero tenía que verte otra vez.

—No puedes escapar de EAA. Si descubren que andas conmigo, te matarán. No quiero que te conviertas en un blanco.



—No lo descubrirán. Estoy en contacto con ellos. Fui cauteloso.

Suspiras y te abrazas las rodillas contra el pecho. La habitación está oscura.

—Solo diles que intentaste encontrarme pero no lo lograste. Esa es la mejor forma de ayudarme... No quiero sentirme responsable por ti.

—Yo soy el que se arriesga, no tú. Yo decidí hacerlo. Esto no tiene por qué terminar con uno de nosotros muerto —dice—. Puede terminar y listo. nosotros podemos terminarlo.

—¿En serio? —preguntas—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

Arriba de la cabeza de Ben, pasa una sombra. Te llevas el dedo a los labios para advertirle que se quede callado.

Se desplaza unos centímetros y se asoma desde atrás de las cajas para mirar a través de la ventana de la puerta. Los pasos se alejan por el corredor.

Te deslizas por el pasillo hacia la puerta. No tiene cerrojo, no hay forma de trabarla. Te pones de pie y espías por la ventana.

—¿Quién es? —pregunta Ben estudiando tu cara.

Tomas una bocanada de aire. La cazadora mira adentro de una habitación del otro lado del corredor y luego continúa hacia la siguiente. Tiene la mano derecha hacia abajo, el arma apuntando hacia afuera, sabe que estás allí.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

—TÚ LE AVISASTE —dices volteando hacia Ben y empujándolo hacia atrás contra la pared. Tienes la mano a la altura de su garganta y le aprietas la tráquea—. Mentiste. —¿De qué hablas? —Ben se mueve, sin poder respirar. Divisa a la mujer por encima de tu hombro. Tiene pelo corto, rubio y tieso. Dobla a la izquierda por el pasillo y queda, momentáneamente, fuera de vista—. Te juro que no lo hice.

—Tenemos que irnos... ahora —lo sueltas, te calzas la mochila y sacas el cuchillo—. ¿Tienes algo?

—¿Te refieres a un arma? —meneas la cabeza confundido—. ¿Qué? No. ¿Por qué no podemos quedarnos aquí?

—La puerta no tiene cerrojo y no hay nada lo suficientemente pesado para bloquearla. Si entra, estamos muertos. Quédate detrás de mí —dices al observar el cambio en la expresión de Ben. Te lleva treinta centímetros de altura y es fuerte, pero puedes ver que está nervioso.

Giras la manija y abres la puerta lo más silenciosamente posible. Ben se escurre detrás de ti mientras te diriges hacia el vestíbulo principal. Cuando llegas a la escalera, distingues a uno de los guardias de seguridad en el hall. Ya les colocó cadenas a las puertas y enfila hacia las escaleras que están en el extremo opuesto y desaparece.

—No hay una forma fácil de salir de aquí. Tendremos que encontrar una salida de incendios. que no esté cerrada.

Ascienden por la escalera de piedra en silencio. Están cerca del segundo piso cuando la cazadora aparece al pie de los escalones y levanta el arma para apuntar. Doblas la esquina y quedas fuera de su alcance, arrastrando a Ben detrás de ti. —Ahí. esa sala —dices señalando una puerta que está un poco más adelante. Salen corriendo, los zapatos chirrían contra los mosaicos resbaladizos. Es un recinto amplio con un mostrador de información gigante en el centro. A un lado, hay seis enormes estanterías. Te ocultas detrás de una y espías por los huecos de un estante. Respiras profundamente y tratas de calmarte, pero sientes los fuertes latidos de tu corazón.

*No te muevas*, le dices a Ben articulando con los labios. La cazadora entra, el arma extendida delante de ella. Rodea el mostrador de información y revisa detrás y debajo de él. Por un momento, la salida está libre. Podrían tratar de escapar corriendo, pero sería difícil que ambos logran pasar la puerta antes de que ella disparase.

La mujer se dirige a las estanterías.

—Salgan, salgan, dondequiera que estén —exclama con tono alegre y juguetón, que te produce escalofríos. Empujas a Ben hacia la salida y levantas la navaja, sabiendo que tu única oportunidad es sorprenderla cuando llegue a la esquina. Al menos, debes intentar quitarle el arma.

La alfombra apaga el sonido de sus pisadas. Mantienes la hoja del cuchillo hacia abajo. De pronto, pasa volando alrededor de la esquina de la estantería y te estampa un fuerte puñetazo al costado de la barbilla. El dolor estalla en tu rostro, pierdes el equilibrio y te desplomas.

Desde el suelo, revoleas el cuchillo, pero no consigues pegarle a la mano. Retrocede un paso y queda fuera de tu alcance, el cañón del arma apuntando a tu frente. Si tratas de levantarte e ir hacia ella, disparará.

Sus miradas se encuentran, los ojos gélidos de la cazadora disfrutan al contemplar su presa.

—De modo que eres Blackbird —dice. Es mayor de lo que pensaste. Tiene cerca de cincuenta años y marcas profundas alrededor de los ojos y de la boca—. Encargarme de ti es todo un honor para mí...

Sus dedos se deslizan hacia el gatillo y haces una mueca de dolor, esperando oír el disparo. Pero antes de que llegue a hacerlo, Ben se abalanza sobre ella y la arroja al suelo. Cuando la empuja hacia el piso, pierdes de vista el arma. Mientras luchan, suena un disparo.

Ben continúa arriba de ella, le lanza un puñetazo al costado de la cara que la deja inconsciente. Se deja caer en la alfombra y emite un prolongado jadeo. Te estremeces, hay sangre al costado de su cuerpo. Él recibió el disparo.

—Vendrán otros —advierte—. Vete. tienes que escapar.

# CAPÍTULO DIECISIETE

—NO TE ABANDONARÉ —exclamas mientras la mancha de sangre se extiende por su camisa. Se aprieta el costado, justo debajo de las costillas, tratando de detener la sangre.

La mujer está prácticamente inconsciente, el rostro retorcido por el dolor. Se sostiene la cabeza en el lugar en donde Ben descargó el golpe. Encuentras el arma, quitas el cartucho y lo arrojas lejos.

Registrar sus bolsillos no sirve de nada, pero le tomas una fotografía con el teléfono esperando que Celia pueda identificarla más tarde. Colocas las manos en su cuello y aplicas presión suficiente para que te preste atención. Sabes que debes marcharte de ahí pero esa podría ser tu única oportunidad de obtener algunas respuestas.

—¿Quién es responsable de las cacerías? ¿Hace cuánto tiempo ocurren?

Levanta las manos para tratar de sujetarte las muñecas, pero no tiene fuerza suficiente como para pelear. Emite gruñidos pero no habla.

—Vamos. Tenemos que marcharnos —dice Ben poniéndose de pie—. No hay tiempo. Seguramente envió una alerta apenas entró.

La sueltas mientras la observas con repugnancia. Te cruzas la mochila por encima del hombro y ayudas a Ben a levantarse. Envuelves la herida con tu bufanda para tratar de contener la sangre.

Camina lento pero sus pasos son firmes, de modo que no tardan mucho en llegar a la puerta. El corredor está desierto pero escuchas a alguien hablar por teléfono. Los de seguridad deben haber oído el disparo. Como no hay salida en ese piso, vuelven a bajar la escalera hacia los baños de la planta baja. Al final del vestíbulo hay una puerta de emergencia. La empujan y comienza a sonar la alarma cuando salen a la Calle 42.

—Un taxi —Ben señala el tráfico que se acerca en dirección a ustedes—. Es nuestra única salida.

Voltea hacia el costado para ocultar la mancha de la camisa y las manos ensangrentadas. Le haces una seña con la mano al primero que ves. El auto pasa de largo, el asiento trasero ocupado. Paso otro, luego dos más y recién se suben al quinto. Las sirenas se van acercando mientras se alejan.

—¿Adónde van? —pregunta el conductor.

Ben se inclina hacia adelante escondiendo la herida.

—Hacia el sur de la isla —responde—. Lo más rápido que pueda. Cuando veamos el lugar, le avisaremos.

Finalmente, el *sur* termina siendo un Holiday Inn en Soho. Ben se puso tu sudadera cuando entró. Utilizó su documento de identidad falso para conseguir una habitación, una foto de él con el nombre Kurt Clement debajo. De Bethesda, Maryland.

—Soy de libra —comenta señalando la fecha de nacimiento.

—Eres un idiota —lo ayudas a quitarse la sudadera por los hombros, deslizando suavemente el brazo por la manga. Tiene la camisa rasgada debajo de las costillas, la sangre extendida por la tela gris.

—Iba a matarte.

—Y en su lugar te disparó a ti. Una jugada genial —tomas una toalla del baño, la humedeces bajo el grifo y dejas que el agua fría adormezca tus manos. Cuando sales del baño, Ben está sentado con las manos en las rodillas mientras respira lentamente.

Tienes miedo de contemplar la herida. Sabes que la bala no está adentro; viste el lugar por donde ingresó en la estantería, astillando la madera. Pero Ben continua sangrando.

Cuando levantas el borde de la camisa, emite un gruñido y se muerde el labio. En algunas zonas, la tela está seca y pegada a la piel. Al despegarla, ves el corte en el costado.

—Qué suerte.

—¿Qué suerte?

—Pensé que era peor. Es nada más que piel; solo te rozó.

Ben observa el trozo de piel que falta. El corte tiene siete centímetros de largo pero es finito. El tejido de un color rosa intenso está a la vista.

—Eso es más que piel, Sunny.

—Lena —le recuerdas—. Y no hace falta que me agradezcas.

—Gracias —repone, la voz teñida de emoción.

Armándote de valor para enfrentar el olor a sangre, te inclinas sobre el costado de su cuerpo y oprimes el paño limpio y frío contra la herida.

—Sostenlo ahí.

Te sientas en la cama junto a él y, sin previo aviso, te asalta un recuerdo.

*Vas con Rafe por el medio del bosque. Él se desliza a lo largo de una ladera escarpada, las hojas están resbaladizas porque ha llovido la noche anterior.*

*—Este es el único camino —dice—. No podemos regresar.*

*No puedes dejar de mirarla mientras pasas. El cuerpo de la mujer se encuentra al fondo del barranco. Ya transcurrieron al menos dos días. Está boca abajo, la mitad del cuerpo cubierto de hojas. La piel de las piernas está inflamada y oscura, se pueden ver todas las venas. La lluvia lavó parte de la sangre, pero el olor no se ha ido. Te cubres la nariz con la camisa.*

*Al caminar junto a ella, luchas por mantener el paso aferrándote al tronco de un*

*árbol y luego a una abigarrada enredadera. La parte de atrás de la cabeza es un revoltijo de pelo y de sangre. El hedor es abrumador. No te detengas, te dices a ti misma. Te concentras en la maleza que tienes debajo, en el lodo que succiona la suela de tus zapatos.*

—No mires —te grita Rafe.

El recuerdo es tan fuerte que tienes que tenderte en la cama. Piensas en Rafe y en el último vistazo fugaz que tuviste de él mientras corría hacia el parque. Si está vivo, ¿dónde se encuentra? Y si consiguió ver tu aviso en Internet, ¿cómo harás para contactarte con él desde ahí? No puedes abandonar a Ben... no ahora.

Ben aparta la toalla y observa la herida.

—Me quema —comenta—. Siento que estoy ardiendo.

—No puedes quedarte aquí, Ben. Tienes que marcharte de la ciudad. Yo te ayudaré a llegar al aeropuerto, pero tienes que irte lo antes posible.

—¿Ir adónde? ¿Volver a Los Ángeles? ¿A mi casa? Es demasiado tarde. No puedo hacerlo.

—Tienes que esconderte —respondes—. O tratar de explicarle a tu familia. Mentir, lo que sea.

Tomas la toalla que Ben sostiene y utilizas el extremo para limpiarle la sangre de la piel. La pasas por las costillas y das vuelta hacia la espalda.

—Después de que te marchaste aquel día, no sabía qué hacer. Pensé en llamar a la policía, informar todo lo que sabía acerca de EAA. Revisé todos los archivos de la oficina de mi padre. Conduje durante horas esperando encontrarte, esperando que todavía estuvieras en algún lugar cercano. Luego ellos se presentaron y dijeron que sabían dónde te encontrabas. Me sentí aliviado al enterarme de que estabas con vida. Y supe que, si daba contigo, podría ayudarte a terminar con todo esto.

—No seas estúpido, Ben —vuelves a poner la toalla en sus manos. Sabes que te está observando, pero no puedes enfrenar su mirada.

—Reynolds.

—¿Quién?

—El doctor Richard Reynolds. Es un neurólogo del Hospital Bellevue.

—¿Y eso qué significa?

Ben estira la mano hacia el bolsillo trasero y extrae una hoja de papel doblada. —Después de que papá murió, la gente de EAA vino a buscar sus papeles y se llevó casi todo. Pero una fotocopia de un cheque para Reynolds se había caído detrás de una gaveta. no lo deben haber visto. De modo que investigué quién era. Hacía ensayos con drogas para un inhibidor de la memoria. EAA lo financiaba; mi padre firmaba los cheques. Se utilizaba para tratar a los soldados con Trastorno por Estrés Postraumático, para ayudarlos a olvidar ciertos hechos traumáticos. ¿Te suena familiar?

—Es lo que nos dieron a nosotros.

—Exactamente. Este sujeto... tiene que saber quiénes son. Y trabaja aquí, en

Nueva York.

—¿Crees que nos conducirá a EAA?

—Si él es quien inventó la droga y la probó, tiene que ser realmente importante. Debe conocer varios nombres.

—Tenemos que encontrarlo, lo necesitamos vivo.

—Motivo por el cual deberíamos ir al hospital donde trabaja —dice Ben—. Sorprenderlo y conseguir lo que necesitamos.

No es tan sencillo, lo sabes por lo que Celia te contó. Reynolds es solo una parte de esta organización.

Pero era eso lo que extrañabas de Ben: su eterno optimismo. Aun con una parte del cuerpo cubierta de sangre, está tratando de encontrar una forma de desenmascararlos. Recuerdas cuánto te agradaba estar muy cerca de él. El suave aroma a jabón de su piel. Lo natural que te resulta que se incline hacia ti y apoye la barbilla sobre tu frente.

Mientras escuchas su respiración, no estás segura de lo que quieres decir, pero las palabras escapan de tu boca antes de que puedas contenerlas.

—Ben. estoy contenta de que estés aquí.

—Yo también —dice—. Voy a arreglar las cosas. Te lo prometo.

Inclinas la barbilla hacia arriba para estudiar su rostro: la curva del labio superior, un grupito de pecas provocadas por el sol de Los Ángeles. Tiene los ojos húmedos. Levanta la vista y mira hacia otro lado mientras ríe con nerviosismo. Te das cuenta de que no quiere llorar.

—Está bien —afirmas—. Te creo.

Deja salir una bocanada de aire larga y prolongada. Luego se inclina, apoya sus labios sobre los tuyos y toma el extremo de la trenza. La desata y suelta tu cabello oscuro y ondulado. Con una mano en tu cuello, desliza los dedos a través de tu pelo.

—Te amo —susurra junto a tu mejilla—. Y tú lo sabes.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

*CINCO MIL DÓLARES es mucho dinero. Más dinero del que has visto todo junto, más dinero del que podrías pensar en gastar. No tienes cuenta bancaria. Para ti, dinero en efectivo son los treinta dólares que obtienes por cuidar a los niños del matrimonio Martínez, que viven a dos casas de la tuya. Es el billete arrugado de diez que llega en cada cumpleaños con una tarjeta con dibujos para niñas de cinco años, de una tía abuela de Tempe, Arizona.*

*Despliegas el dinero sobre el raído edredón. Mil ahora y cuatro mil más después de irte. Eso te prometieron. Son billetes de cincuenta, muy difíciles de usar. Nunca antes tuviste un billete de cincuenta. Te resultaría extraño entregarlo en el 7-Eleven para pagar un refresco. Los cuentas otra vez —a los veinte billetes— cuando golpean a la puerta de tu dormitorio. Los guardas en el bolsillo.*

*—¿Qué?*

*Se asoma una mujer de pelo corto y negro. Lleva un uniforme azul con el logo de Kmart. —¿Qué estás haciendo?*

*—No estoy haciendo nada.*

*—¿Quieres ayudarme con la cena?*

*Sonríe. Está haciendo un gran esfuerzo.*

*—Tengo tarea...*

*—Espero que te quedes esta vez.*

*No lo harás. Ya decidiste que eso es temporario. En dos días, te encontrarás con tu contacto y te marcharás. Pronto cumplirás dieciocho y, con cinco mil dólares, podrás conseguir un apartamento para ti y Chris. Ya no tendrás que depender de tu tía y su desagradable novio. Ya estás harta de escucharlos pelear en su habitación, de que él se queje por el dinero. «Mi dinero» siempre lo llama. «Mi casa». Detesta que ustedes vivan ahí.*

*La imitas y también sonríes mientras apoyas la mano en el bolsillo donde está el dinero. Un viaje de ida y vuelta en un avión privado. El primero de muchos. No te dijeron qué hay en los paquetes pero no te importa. No haces preguntas.*

*—Gracias, tía Jess —dices—. Por recibirme en tu casa.*

*Dejaste las luces encendidas. Te frotas los ojos y echas un vistazo a la habitación del hotel. Ben está dormido en la cama a tu lado. Tiene una toalla apoyada contra el costado y los jeans puestos. El reloj de la mesa de noche marca la 1:38 de la madrugada.*



Piensas en el sueño e intentas recordar a la mujer, a tu tía. El dinero, el trato que hiciste con alguien. Existen más blancos en distintas ciudades. ¿Cuántos más aceptaron el dinero al igual que tú? ¿Cuántos murieron en la isla, atraídos por la promesa de más trabajo y más dinero? ¿Cuántos han sobrevivido?

Te bajas de la cama con cuidado para no despertar a Ben. Registras los bolsillos traseros de tus pantalones y encuentras el anotador que te trajiste del tren. Pasas las hojas buscando una vacía donde escribir todo lo que recuerdas del sueño, cuando te topas con la hoja anterior. El grafiti... WBD + WY. Las letras con aerosol rojo en Morningside Park. Eran un código en clave, igual al que estaba junto a las canchas de básquetbol. Alguien escribió los dos, tenían el mismo estilo y color. FK'LIN era el grafiti del primer lugar de reunión.

Ben se mueve en la cama al despertarse. Empuja los codos hacia arriba y hace un gesto de dolor.

—¿Qué estás haciendo?

—¿W-B-D-W-Y? ¿Qué significa eso para ti?

—No lo sé —se frota los ojos, medio dormido.

En la mesa que está junto a la ventana hay una carpeta llena de folletos turísticos: excursiones de autobús por la ciudad con paradas libres, una guía para visitar la Estatua de la Libertad. En la parte de abajo, hay un mapa. Deslizas el dedo desde la parte de abajo del Central Park hasta la punta de la isla, revisando una y otra vez cada cruce de calles. Finalmente, lo encuentras.

Los dos lugares se debían leer *juntos*.

—¿Pasa algo malo? —pregunta.

—No. Todo es genial. Todo es increíble.

—¿Increíble? —enarca las cejas.

—Encontré una dirección. una esquina. Debe ser el sitio donde se encuentran. —  
¿Quiénes?

—Los otros blancos.

Tomas el mapa y levantas la mochila del suelo. Fue una estupidez no llevarse el arma de la cazadora.

Agarras la gorra de la cómoda, la calzas bien para que te cubra los ojos y te aseguras de que el pelo tape la cicatriz. Esa esquina no puede estar a más de diez minutos del hotel. Primero deberías llamar a Celia para reportarte con ella. En Los Ángeles, recién son las 10:45 p.m.

—¿Irás allí ahora? —pregunta Ben mientras se incorpora.

—Volveré en una hora.

—No —dice levantando tu sudadera del suelo—. Te acompaño.

Mientras caminan hacia el este, llamas a Celia. Atiende el teléfono la primera vez que suena.

—¿Recibiste la foto que recién te mandé?

—Sí, pero está bastante borrosa. ¿Se trata de otra cazadora? Haré todo lo que pueda para identificarla, pero será difícil. Por su aspecto, dudo que tenga antecedentes policiales. Pero lo intentaré.

—Gracias —dices—. ¿Cómo está Izzy? ¿Ya salió?

—Izzy salió... sí.

Su voz suena lejana, la conexión tiene más interferencia que de costumbre.

—¿Estás en el auto?

—Sí, estoy yendo a casa. Tengo el manos libres, no te preocupes —hay algo extraño en su voz, como si quisiera colgar desesperadamente, tenderse en algún lugar y cerrar los ojos. Parece exhausta.

—¿Cuál es el problema? —sientes como si tuvieras un vacío en el estómago.

—Goss.

—¿Lo liberaron?

—No. peor.

—¿Qué puede ser peor?

Espera unos segundos y lo único que escuchas es el ruido frenético del tráfico. —¿Qué es peor? —vuelves a preguntar.

—Está muerto.

Te detienes, te ocultas en un umbral cercano y te sientas contra la pared.

—Alguien de EAA logró entrar a la cárcel y lo mató.

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos ahora?

—Volvemos a empezar. Sigo hablando con mi contacto en Seattle. Se encontró un cuerpo en Nueva York. con un tatuaje en la parte interna de la muñeca.

—En Morningside Park.

—Exacto. De modo que estás enterada.

—¿Acaso eso no es suficiente? —se te quiebra la voz—. ¿Qué más necesitan?

—No tenemos ningún sospechoso, Lena —responde Celia—. Eso necesitamos. Levantas la vista. Ben está congelado en la acera mientras estudia tu expresión y se pregunta cuál es el problema.

—Yo te conseguiré más información. Encontraré algo por mí misma. Lo prometo.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

LA SANGRE CHORREA por el antebrazo de Theo y gotea en el suelo de mosaico. Toma una de las gruesas toallas del lavabo del gimnasio y aprieta la herida causada por la mordedura. No creyó que ella fuera capaz de eso. Muy pocos logran atravesar la piel.

Se mira al espejo. Tiene la barbilla inflamada del lado derecho, pero no es nada que una hora o dos de hielo no puedan arreglar. Si es necesario, le dirá a Helene que recibió un golpe jugando al tenis. Los rasguños serán más difíciles de justificar. Deberá acordarse de usar mangas largas hasta que sanen.

Son las dos de la mañana pero no está cansado. Todavía sigue excitado. Fue su primera cacería ahí, en la ciudad... en *su* ciudad. Esta es su primera muerte en Nueva York desde que comenzó la Migración y la emoción es exactamente como la imaginó. Había esperado durante días, al atardecer, frente al refugio de la calle Lafayette, hasta que finalmente reconoció a una de las chicas de la isla. Era fornida, de hombros musculosos y cabello color café, siempre recogido en un rodete. La siguió durante casi cuatro horas antes de hallar ese lugar junto al puerto. Se había resistido mientras él la arrastraba detrás del contenedor de basura.

A último momento, había decidido no utilizar el arma y ahora estaba agradecido por ello, el recuerdo todavía fresco en su mente. La expresión de ella mientras la estrangulaba. Nunca olvidaría su cara. Lo acompañaría durante semanas.

—¡Theo! No sabía que venías aquí a estas horas. Normalmente, tengo todo el lugar para mí. Solo está Úrsula, en la recepción —Kristof se encuentra en la entrada del sauna. Todavía lleva puesto el bañador tipo slip y las gafas sobre la frente.

Theo se da vuelta para ocultar la herida.

—Solo quería darme una ducha rápida. Hoy trabajé hasta tarde y creo que regresaré a la oficina. Esta semana estamos terminando una fusión.

Kristof observa la sangre del suelo.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué te ocurrió?

—Ah, ¿esto? —dice Theo—. Me caí y me corté. No es nada —Kristof se estira para ayudar pero Theo le hace un ademán de que se aleje—. No hace falta. Yo lo limpiaré. Dame unos minutos.

Lo dice con más énfasis del necesario. como una advertencia. Espera hasta que Kristof desaparece en el vestuario, luego toma su camiseta de la mesa y se la pone para ocultar los rasguños.

*Sabíamos que aquí sería más difícil*, piensa mientras limpia la sangre del suelo

con una toalla de mano. *Ahí está la diversión.*

Les tomó dieciséis años llevar a cabo en la isla todo lo que tenían pensado. Llevar animales exóticos junto con la presa, mantenerlos allí durante meses en distintas tandas. En Nueva York, se suponía que sería distinto, más rápido y más peligroso. Y, al menos durante la cacería de Theo, el tiempo había coincidido con lo planeado. El cuerpo había desaparecido en quince minutos.

Pero en la muerte de Morningside Park... El cazador había actuado en forma muy temeraria al realizar la persecución en pleno día. Había dicho que creía que el Organizador estaba cerca, pero estaba equivocado. Theo había tenido que pagarles a dos oficiales para que arreglaran la escena del crimen y sabía que habría más.

Regresa al vestuario y evita resueltamente el pasillo hacia su derecha, donde puede oír a Kristof revolviendo en su bolso de gimnasia. Gira la combinación de su candado: el cumpleaños de Helene. Había dejado el traje adentro antes de ir a perseguir a su blanco.

Cuando toma la chaqueta, siente el zumbido del teléfono en el bolsillo. La alerta se disparó varias horas antes, el número quedó bloqueado. Debió haber sucedido poco después de que saliera de la oficina.

9:15 p.m.

BLACKBIRD DETECTADA EN BIBLIOTECA PÚBLICA EN 42 Y 5TA. CAZADORA HERIDA FUE RECUPERADA DEL INTERIOR. BENJAMIN PAXTON, SU ANTIGUO VIGILANTE, CAMBIÓ DE BANDO. SI LOS VEN, DISPAREN A MATAR.

Hay unas pocas fotografías del chico, del archivo de EAA: dos de perfil y una de frente. Alto, de pelo color café enmarañado.

*Otra vez Blackbird*, piensa Theo. *Ahora ha logrado hacer cambiar de opinión a su Vigilante...* No era la primera en perseguir a su cazador, pero sí había sido la primera en entregar pruebas a la policía. Trató de no preocuparse demasiado por esa cuestión. Ahora, todos los cazadores de la ciudad la están buscando. No pasará más de un día, dos a lo sumo, hasta que esté muerta.

Se pone la camisa y los pantalones. Revisa las demás alertas y descubre una recibida hace menos de una hora que dice que se había detectado a un posible blanco dirigiéndose hacia el este por la Calle 42. Eso queda a solo diez minutos de su oficina. De no haber estado en el puerto persiguiendo a la otra presa, probablemente habría podido matarla él mismo.

*Es solo cuestión de tiempo, se asegura a sí mismo mientras observa la foto del chico. Pronto, los dos estarán muertos.*

# CAPÍTULO VEINTE

DESPUÉS DE LAS dos de la mañana, llegan a West Broadway y Franklin. Hay una estación de metro y bajan la escalera. El andén está desierto, con la excepción de algún pasajero ocasional. El ritmo de Ben es más lento que antes, pero cada vez que intentaste detenerte para que descansara, se negó. Se hizo un vendaje con un poco de gasa que encontró en el botiquín de primeros auxilios del hotel. Tomó cuatro Advils y dos botellitas de Ketel One.

Doblas hacia la izquierda, hacia un túnel clausurado con cinta anaranjada. Revisaste toda la manzana y el resto de la estación. Todas las tiendas estaban cerradas. El túnel es el único lugar que queda.

Te lleva unos instantes distinguir el grafiti de la pared. Está prácticamente en el techo del túnel, tan alto que alguien debió haber trepado por las tuberías para llegar hasta allí. Pintura roja en aerosol, igual a los otros. es + ak, adentro de un corazón, con una flecha que lo atraviesa. La punta señala hacia dentro del pasadizo. —Mira — le muestras a Ben.

Tomas una moneda del bolsillo y la arrojas contra el tercer riel para ver si chisporrotea. Nada. Pasas por debajo de la cinta y descienes por una escalera oxidada. Ben viene detrás de ti.

—¿Dónde aprendiste eso? —pregunta.

—Ni idea —supones que fue al mismo tiempo que aprendías a forzar una cerradura o quitarle la pistola a una persona armada.

Después de unos pocos pasos, es más difícil ver. Cada diez metros hay una luz atornillada a la pared que permite divisar las tuberías del techo y las vigas de acero con pintura espesa y descascarada. El túnel dobla. Te mantienes de un lado mientras pisas basura, ropa vieja y periódicos.

Más adelante, el túnel se divide. Cinco metros hacia la izquierda, hay otra luz. Esa tiene al lado un punto rojo pintado con aerosol.

Mientras sigues la curva del túnel, te llega el sonido amortiguado de los graves de una música lejana. Te envuelve el humo del cigarrillo mientras distingues a varios adolescentes reclinados contra la pared. Te calas más la gorra para ocultarte el rostro y pasas delante, Ben se coloca entre ellos y tú. Ríen mientras bailan en el lugar. Un tipo con pelo rubio y grasiento se mueve alrededor de una luz como si fuera destellante. Tienes la sensación de que te has topado con una fiesta *rave* subterránea.

—¿Quién es toda esta gente? —Ben esquiva a dos chicas que llevan brazaletes

brillantes en las muñecas.

Hay algunos fogonazos intermitentes más adelante, junto con el brillo de las pantallas de teléfonos celulares. No hay señales evidentes de la presencia de otros blancos. ¿Podrías haberte equivocado? Tal vez los grafiti no aludían a un lugar de reunión concertado por Connor, sino que eran las indicaciones para llegar a esa fiesta. La mayoría de los adolescentes están bailando en un grupo frenético y compacto de unas veinte personas. Hay un DJ pasando discos en una improvisada plataforma de viejas vigas del ferrocarril.

Está lo suficientemente oscuro como para pasar desapercibidos. Escudriñas las figuras que están sentadas junto a la pared, pero no puedes distinguir sus rostros. —Esto no me agrada —comenta Ben mientras observa a todo el mundo. Se da vuelta para estudiar a una pareja que está besándose contra la pared de ladrillos—. Tal vez no fue un blanco quien armó todo esto. Podría haber sido...

No termina la frase, pero no es necesario que lo haga. Podría haber sido el cazador que mató a Connor para tratar de atraer a otros blancos. EAA pudo haberse enterado varios días antes de la existencia del lugar de reunión.

—Es más fácil matarnos si estamos solos —señalas—. Esperemos que comiencen a salir y unámonos al grupo.

Buscas dentro de tu mochila un gorro tejido que encontraste antes en un banco del metro. Se lo entregas a Ben para que no sea tan reconocible. Si los cazadores los están esperando, estarán en los extremos de los túneles o junto a las salidas más desiertas de la estación. Es probable que, en medio de un grupo, eviten ser detectados.

Te parece temerario haber descendido hasta allí sin tener un plan de escape. Caminas por el borde exterior del grupo más grande, manteniéndote lo más cerca posible para sentirte protegida. Es difícil saber si los cazadores ya los están observando. Algunos chicos aprietan los ojos mientras bailan, otros andan trastabillando por afuera del grupo mientras toman sorbos de sus botellas de alcohol. Una chica se balancea de un lado a otro tropezándose de vez en cuando mientras sus labios emiten palabras sin sonido. Su rostro perlado de sudor hace que su piel brille bajo la luz tenue. Al levantar los brazos con el ritmo de la música, cinco brazaletes se deslizan desde la muñeca hasta el codo. En la cara interna del antebrazo derecho, justo debajo de la palma de la mano, el tatuaje se destaca sobre su piel.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

—ESA CHICA ES un blanco —empujas a Ben hacia atrás para que pueda verla, pero ella ya bajó los brazos y se perdió en la multitud.

—¿Cuál? —sus labios están pegados a tu oído, de modo que puedes escucharlo por encima de la música.

Te abres paso a través de los cuerpos calientes y apiñados. Un codo se clava en tu costado, un brazo se sacude frente a tu cara. Sigues caminando mientras tratas de no perderla de vista.

Finalmente, se hace un claro en la multitud y le tocas el hombro. Su pelo negro y espeso está desgreñado y húmedo. Un mechón se te queda pegado en la mano. —¡Ey! Tengo que hablar contigo.

Se da vuelta y te observa con los ojos entornados. Te das cuenta de que está borracha y, además, no puede oírte por el volumen de la música. Luego alguien te sujeta desde atrás y volteas lista para pelear.

Es Rafe. Te atrae hacia él y te besa la frente, las mejillas. Sus labios articulan un silencioso *LenaLenaLenaLenaLenaLena*. Bajo la luz débil, puedes ver la emoción en sus ojos.

—Lo encontraste. Te diste cuenta —dice, los labios apretados contra tu oído.

—Sí, lo encontré —repites.

—Estaba tan asustado.

Salen de la multitud lentamente. Sonrías tanto que te duele.

—Estoy bien. Me persiguieron pero logré dejarlos atrás.

Pone el brazo alrededor de tu hombro, manteniéndote cerca de él.

—¿Por qué te siguieron? Los dos fueron tras de ti... no conseguí distraer a la mujer. —Ahora todos me buscan a mí.

Estás a punto de seguir contándole todo lo que te pasó desde que se separaron: las horas en el techo; los cazadores pululando abajo en la acera; el mensaje que publicaste para él; la cazadora en la biblioteca. Quieres contarle acerca del plan para encontrar a Reynolds.

Pero entonces percibes la presencia de Ben muy cerca de allí, que emerge de entre la gente y se queda dando vueltas, esperando, paseando la mirada entre tú y Rafe. —¿Qué sucede? —Rafe debió notar algo en tu expresión—. ¿Algo anda mal?

—No estoy sola.

—¿Qué quieres decir?

Entonces Rafe lo ve. La gorra calada sobre la frente, los jeans de tiro bajo. Y lleva puesta tu sudadera.

—Rafe... —dices—. Él es Ben.



# CAPÍTULO VEINTIDÓS

RAFE APOYA EL brazo alrededor de tu hombro y desliza su mano hacia abajo hasta que descansa en la tuya. Apoya los labios sobre tu oído.

—¿Quién?

—*Ben*. Ahora está con nosotros —lo alejas del parlante y retiras la mano—. Me siguió hasta Nueva York.

—Espera, ¿tu *Vigilante*? Lena, ¿qué demonios te pasa? —Rafe gira hacia Ben y da un paso hacia él.

—No soy el informante de nadie —Ben también se acerca. Tienen aproximadamente la misma estatura pero, al lado de Rafe, parece más bajo, más delgado, la boca apretada en una línea indefinida. Le sostiene la mirada.

La chica que bailaba aparece junto a ti, con dos chicos más que no reconoces. Ambos tienen gruesos relojes en la muñeca derecha. Uno de ellos es más bajo, tiene la cabeza afeitada y un tatuaje al costado del cuello con un nombre escrito en letra cursiva. El otro es alto y delgado, el pelo estilo afro. Lleva la capucha levantada.

Echas un vistazo a tu alrededor para asegurarte de que nadie los esté mirando. Casi todos los chicos están bailando, extasiados con la música.

—Tiene información que necesitamos —explicas—. Quiere ayudar.

—¿Por qué lo defiendes? ¿Acaso no es el que casi logró que te mataran? —Rafe pregunta casi a los gritos.

—Rafe, él me salvó.

—¿De qué estás hablando? —su rostro es solo sombra y dureza.

El chico más bajo se adelanta y mira a Ben con furia.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para ellos?

—Tú sabes lo que ellos han estado haciendo, ¿verdad? —pregunta la chica.

Con dos pasos, Rafe se coloca a pocos centímetros del rostro de Ben.

—Le mentiste. Ella confió en ti, vivió contigo y todo ese tiempo estabas guiándolos directamente hacia ella. Estabas ayudando a la gente que trataba de *matarla*.

Rafe empuja a Ben contra una pared y escuchas un crujido cuando su cabeza golpea contra el cemento. Ben voltea para proteger el costado de su cuerpo y alza la mano para cubrirse la cara. Ni siquiera intenta pelear.

—Rafe, ya basta —exclamas interponiéndote entre ellos. Sujetas el borde de la camisa de Ben y la levantas.

—Está herido. Una cazadora le disparó. Él me salvó —Rafe observa el vendaje, la sangre filtrándose por la gasa.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas. Confía en mí, está con nosotros. Ellos saben que está de nuestro lado. Corre tanto peligro como nosotros.

El chico de la capucha sacude la cabeza.

—¿Entonces por qué está aquí? Ya tenemos suficientes personas que nos buscan. No necesitamos que se nos una un ex EAA.

Entrecierras los ojos.

—Lo siento... ¿quién eres?

Rafe le da una palmada en el hombro.

—Es Devon. Él también estuvo en la isla. Es uno de los nuestros.

—¿Recibió una bala por mí? —preguntas.

La chica se ríe.

—No necesitamos su ayuda.

—Sí la necesitan. Pero todavía no lo saben —señalas.

Rafe menea la cabeza.

—Lena. es una mala idea. Está herido.

Miras a Rafe y a Ben. Rafe, a quien conoces desde hace mucho tiempo pero casi no sabes quién es. Y Ben, que pensabas que te había traicionado, pero dice que te ama. y le crees.

—Se queda.

La chica comienza a caminar por el túnel hacia la salida, bamboleándose un poco. No mira hacia atrás mientras dice:

—Como quieran. Está bien. Pero más vale que sea útil.

Devon sale tras ella, rozando a Ben al pasar junto a él. Rafe suspira y se pasa la mano por la cabeza.

—Tú eres responsable por él.

—No necesito que nadie se responsabilice por mí —dice Ben—. No soy un idiota. —¿Entonces cómo te convertiste en Vigilante? —pregunta Rafe.

—Muy gracioso —masculla Ben.

—Él no sabía —respondes—. Lo chantajearon después de que su padre murió. Lo engañaron.

El chico de la cabeza afeitada nunca apartó la vista de Ben.

—¿Tu padre era un cazador?

—No —responde Ben—. Claro que no.

Devon y la chica desaparecieron detrás de la curva. La multitud sigue apiñada unos metros más adentro del túnel. La música se detuvo y un tipo está inclinado sobre uno de los parlantes, tratando de arreglarlo.

—¿Adónde van? —preguntas.

—De regreso a la base —responde Rafe y luego señala al chico de la cabeza

afeitada—. Es Aguilar. Ella es Salto, era la novia de Connor.

—Aggy —se presenta el chico.

—¿Los encontraste de la misma forma que yo? —preguntas a Rafe—. ¿Por los grafitis?

—Sí —contesta Rafe—. Ya limpiamos una parte del que se encontraba en la pared junto a las canchas. Lo había pintado Connor.

La expresión de Aggy cambia al escuchar su nombre.

—Él nos encontró hace una semana. Había encontrado primero a Salto. Devon y yo estábamos juntos... yo lo había recordado de la isla. Habíamos acampado debajo del Puente de Manhattan y Connor llegó allí buscando blancos.

—Lo siento —dices.

—¿Por qué? Tú no hiciste nada —su mirada se posa en Ben.

—¿La base? —pregunta Ben—. ¿Es un sitio seguro?

—Escondido —replica Rafe—. Vamos de a dos para que no resulte evidente. Es por eso que ellos se marcharon antes.

Algunos chicos se separan de la multitud. Uno se tropieza y apenas logra mantenerse en pie. Ahora que la fiesta está por llegar a su fin, es la mejor hora para partir. Observas a Aggy, dudando entre hacer ir a Ben con un extraño o con Rafe. Ambas opciones son arriesgadas.

—Aggy, ¿me acompañas hasta la base? —preguntas.

Ben se apoya contra la pared del túnel y respira entrecortadamente para aliviar el dolor del costado. No dice nada y Rafe tampoco. Aggy te indica con la mano que camines hacia adelante, en medio de la oscuridad. No te queda otra opción que seguirlo.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

EL PARQUE ESTÁ desierto. Hay una verja de poca altura y un edificio de ladrillos que dice baños con mosaicos ingleses decorados. Echás una mirada más allá de las hileras de bancos hacia los contenedores de basura, del otro lado de la cuadra. No hay una entrada a la vista.

—¿Dónde es? —preguntas.

—Dame unos minutos y luego sígueme. Vas a ver un cobertizo... el que tiene toda la basura delante.

Aggy escudriña el parque con sus árboles finitos. Sin mirar atrás, comienza a caminar por el sendero y dobla hacia la izquierda, como dirigiéndose otra vez a la calle.

Mientras esperas, te acercas a los juegos infantiles, tratando de encontrar un lugar que sea menos visible. Después de unos minutos, lo sigues.

Cuando llegas al cobertizo de mantenimiento, echás una mirada a tu alrededor en busca de una posible entrada a la base. Hay una pila de bolsas negras de basura junto a la pared de ladrillos y algunos botes de basura, pero la puerta está cerrada con una cadena. Luego notas que hay una rejilla metálica en la acera, unos metros más atrás. Debajo, una luz titila en tu dirección. Al acercarte, ves a Aggy con una linterna diminuta en la mano. Levanta la rejilla unos centímetros.

—Asegúrate de que nadie te vea.

Echás un vistazo a la calle. Son más de las cuatro de la mañana y solo pasa algún taxi ocasional. Levantas la rejilla y descendes por una escalera herrumbrosa; Aggy se corre a un costado para hacerte lugar. El óxido se descascara y se te adhiere a las manos. Después de bajar algunos peldaños, saltas los dos metros que te separan del fondo. Por encima de tu cabeza, la rejilla se cierra con estruendo.

Como el techo es bajo, Aggy camina encorvado, la luz rebota delante de ustedes. —Es así solo por unos tres metros más.

Todo está en penumbras. Es una mezcla entre una alcantarilla y el túnel del subterráneo: ese espacio vacío que hay debajo de la acera. Mientras caminas pisas envoltorios de golosinas, trozos duros de goma de mascar, papeles viejos y basura. Devon ilumina con su linterna el final del camino. Percibes un vistazo fugaz de Devon y Salto sentados sobre una pila de mantas, un poco más abajo.

—Llegaste —anuncia Devon ayudándote a descender otro nivel mientras te preguntas cómo hicieron para encontrar ese lugar.

Salto no sonrío. Está sentada con la espalda contra la pared, el contenido de su mochila desparramado entre los pies. Ondas gruesas y oscuras enmarcan su rostro. Por más seria que parezca, tiene mejillas grandes y redondas, lo cual la hace parecer mucho más joven que los demás.

—Yo tenía que encontrarme con él —dice sin mirar a nadie en particular—. Se suponía que tenía que estar ahí. Llegué demasiado tarde.

—Tal vez haya sido mejor —comenta Devon—. Quién sabe qué podría haber ocurrido si estabas ahí. Es probable que hubieran muerto los dos.

—Vi cuando le dispararon —Salto intenta agregar algo más pero no puede. Toma una botella del suelo y bebe un sorbo. Sus movimientos son lentos y desparejos. —Lo siento —comentas, pero Salto no levanta la vista. Sabes que cualquier cosa que digas sonará patética e insignificante.

Estudias el lugar. Es un recinto rectangular de seis metros de profundidad, iluminado por algunas velas. Hay jarras de plástico con agua y una bolsa de basura atada a una tubería. El suelo está cubierto de mantas. Señalas el otro extremo, donde hay otra abertura de unos dos metros de altura.

—¿Adónde conduce?

—A otro túnel —responde Aggy—. Se puede salir por ambos lados, pero siempre tratamos de usar la otra salida. Está más oculta por el parque. Siempre nos marchamos antes de que salga el sol, de modo que solo nos quedan unas pocas horas para dormir.

Devon se estira sobre un par de mantas. Aggy se arrodilla junto a él y abre una lata de piña con un cuchillo. Te la alcanza, junto con un tenedor de plástico que dice Arby's en el mango.

—Nos hemos reunido acá dos veces, una cada tres días. Es muy peligroso permanecer en un solo lugar.

—Cuando salen, ¿adónde van?

—A cualquier lado —responde Aggy—. Central Park tiene algunos buenos lugares. Algunos de los parques más pequeños también nos sirven. Tuvimos que dejar nuestro refugio junto al Puente de Manhattan pues los cazadores lo descubrieron. Cada vez es más difícil encontrar sitios que no sean evidentes.

—¿Cuántos blancos hay en Nueva York? ¿Lo saben?

Devon abre un sobre de plástico con carne seca.

—No estamos seguros. Connor era quien estaba tratando de averiguarlo.

Escuchas el repiqueteo de la rejilla a tus espaldas. Se cierra de un golpe, metal contra metal. Oyes pasos y luego la voz de Rafe en el túnel instando a Ben a apresurarse.

—Estamos aquí atrás —dices, esperando que escuchen tu voz. Puedes imaginar lo que Ben estará pensando con Rafe detrás en la oscuridad.

Cuando llegan, Ben observa el pequeño corredor, las provisiones alineadas contra la pared.

Rafe se ubica junto a ti contra la pared, los hombros rígidos. Te preguntas qué habrá sentido al verte a ti y a Ben juntos. Quieres asegurarle que todo está bien, pero no sabes si puedes. Piensas en las últimas horas que pasaste con Ben, lo cerca que estuvieron en la habitación del hotel. La sensación de sus labios descendiendo sobre tu rostro.

Te levantas para ayudarlo, pero él te aparta y se sienta en el otro extremo del recinto. A juzgar por la manera en que inclina el cuerpo, por cómo apoya la mano contra el concreto, te das cuenta de que le duele la herida.

—Lena es el otro blanco del que les hablé —señala Rafe—. Por si no se habían dado cuenta.

—Algo sospechamos —dice Aggy riendo.

Devon observa la forma en que Ben mantiene el brazo lejos del costado.

—Los dos primeros días son los peores —explica—. Después mejora.

—¿Te dispararon? —preguntas.

—En la isla. Dos veces. Una todavía está adentro —apunta hacia un lugar junto al hombro izquierdo.

—¿Algunos de ustedes estuvieron juntos en la isla? —m iras de costado a Rafe buscando una confirmación—. ¿Nosotros estuvimos con ustedes?

—Yo no los vi —responde Devon—. ¿Todavía no recuperaste la memoria?

—No toda.

Salto te estudia.

—Me resultas familiar, sin ninguna duda. Pero es difícil estar segura.

—Yo tampoco recuperé todo —comenta Devon—. Y Aggy tampoco.

—Yo sueño que estoy en la isla... —dice Aggy—. Así es cómo empecé a entender de a poco lo sucedido.

—¿Y están seguros de que estamos todos. que no hay más? —pregunta Rafe.

—Es difícil estar seguro. Tal vez él sabe algo —Salto mira a Ben, la voz teñida de esperanza.

Rafe ríe.

—Él trabaja para la gente que está tratando de matarnos. ¿Realmente crees que va a ayudarnos?

—Voy a ayudarlos —afirma Ben, ignorando el comentario.

—Eso es lo que dices —interviene Rafe—. Pero cada minuto que pasas aquí, corremos todavía más peligro.

—No necesito que me permitan estar con ustedes —dice Ben.

—¿Entonces qué necesitas? —pregunta Rafe.

—Necesitamos la ayuda de ustedes para entrar a un hospital —interrumpes—. Bellevue, al este de la ciudad. Ahí hay un doctor. Reynolds. que tiene información acerca de EAA. Es el que inventó la droga de la pérdida de la memoria.

—¿Cómo lo sabes? —inquire Salto.

—Encontré su nombre en los viejos archivos de mi padre —explica Ben—. Debe

estar en contacto con los que dirigen EAA, y tal vez con algunos de los cazadores. Podría darnos nombres, contarnos más acerca de lo que está sucediendo.

Aggy se frota la nuca.

—No sé, viejo. Piensen en lo que Connor estaba intentando hacer. Por eso lo mataron. No quiero ser el próximo.

—¿Así que piensas quedarte acá esperando que te encuentren? —dices—. Eso es exactamente lo que EAA quiere.

—Mira —responde Aggy—, todo marchaba bastante bien hasta que aparecieron ustedes tres. Si quieren quedarse acá con nosotros, tendrán que respetar nuestras reglas.

Sientes que te arde la piel. No puedes creer que hayan llegado hasta ahí y nadie quiera averiguar más.

—Muy bien, nosotros nos marcharemos y ustedes pueden dejar que los maten. Pero con la ayuda de ustedes o sin ella, yo voy a dismantelar EAA.

Devon mira a Aggy. En su rostro, hay una suerte de sonrisa.

—Me gusta tu forma de ver las cosas. Deberíamos escucharla... piénsenlo. No más escondites, no más esperas. Vamos tras ellos. y después, la libertad.

—Exacto —concuerdas.

Rafe se mantiene en silencio. Devon asiente meditativo, pero es Salto quien finalmente habla.

—Connor habría estado de acuerdo.

Aggy emite un gruñido de frustración, pero la declaración de Salto parece poner fin a la conversación. Apoyas la mochila frente a ti, extraes la manta finita y metálica y se la alcanzas a Ben. Rafe extrae de su mochila una de lana toda raída y la extiende a tu lado.

—Tenemos de más —Devon te arroja una pila que está junto a la pared. Son sorprendentemente suaves y tienen trenzas gruesas tejidas en el centro. Huelen a perfume.

Al notar que las examinas, Salto sonrío.

—Las robé de Century 21.

—Son hermosas —te ríes—. Gracias.

Ben se estira junto a ti. Se mueve una y otra vez tratando de encontrar una posición cómoda, pero su rostro está tenso mientras enrolla una manta donde apoyar la cabeza. Le entregas tu mochila para usar de cojín pero la rechaza.

—Estoy bien —comenta—. En serio.

Mientras te acomodas en la oscuridad, puedes percibir el silencio entre Ben y Rafe. Hace unas horas, no pensabas que volverías a ver a Rafe, y ahora estás tendida entre los dos. Ellos representan en partes iguales lo que eres, pero al mismo tiempo ninguno te conoce por completo. Acomodas la mochila detrás de la cabeza, sin saber hacia qué lado mirar.

De repente, la voz de Salto atraviesa el silencio.

—¿Ustedes dos eran pareja? En la isla, recuerdo que había dos chicos que peleaban juntos. Eran Rafe y tú, ¿verdad?

Sin saber qué contestar, atraes la manta hacia la cabeza. Ben está totalmente quieto. Esperas que Rafe responda, pero no lo hace. Tal vez está esperando que tú lo hagas. Cierras los ojos y finges estar dormida.

Después de un instante, Rafe se estira para tomarte la mano y te roza la palma con el dedo.

Alguien se mueve; Ben tose.

—Sí —dice Rafe—. Éramos nosotros.



# CAPÍTULO VEINTICUATRO

*AL MIRAR POR la ventanilla del avión, notas los cristales de hielo que se forman entre las dos hojas de vidrio. Presionas la frente contra la ventanilla. Abajo no hay nada más que una capa fina de nubes.*

*Ellos te hicieron algo. No hay sentimientos asociados a tus pensamientos. Tienes los brazos y las piernas débiles. Del otro lado del avión alguien grita, pero te resulta un gran esfuerzo tratar de mover la cabeza. ¿Cuánto tiempo estuviste dormida? Cuando entraste en el auto con la mujer... te dio una botella de agua que debía contener alguna droga.*

*—Apártese de mí. Quiero volver a mi casa —grita la chica. El avión solo tiene seis hileras de asientos. No puedes verla... está sentada delante de ti. El piloto se encuentra detrás de una cortina. En la fila de adelante, hay un chico dormido. Está desparramado en el asiento y solo alcanzas a ver la parte de arriba de su cabeza afeitada, atravesada por una cresta de color anaranjado.*

*—Por favor, ayúdenme —pide la chica con un alarido. Quieres moverte pero no puedes. Cada vez que giras el cuerpo, tienes una gran sensación de pesadez y todo da vueltas a tu alrededor.*

*Un hombre de mediana edad levanta a la chica de un fuerte tirón. Su abundante pelo negro le cae en ondas sobre los hombros. Da patadas y codazos, pero eso no impide que el hombre la arrastre hacia el fondo. Las uñas de la muchacha se clavan en el apoyabrazos de tu asiento.*

*—Dale más —le dice el hombre a alguien que está detrás—. Que se calme.*

*La chica rechina los dientes, el labio superior torcido hacia arriba mientras él trata de introducir una pastilla a la fuerza en su boca. El pelo de Salto es más largo pero tiene las mismas mejillas redondas. Parece tan pequeña al lado de ese hombre.*

*Luego se escucha otro alarido.*

*—Vengan acá, vengan a ayudar...*

*Aggy se detiene junto a ti y te apunta la linterna en los ojos. Enfrente, Devon se pasa las manos por el afro.*

*—¿Qué pasa?*

*—Es hora de irse —anuncia—. Pronto amanecerá.*

*Cuando te enderezas, sientes que la cabeza te late. Con suerte, dormiste una hora. En la noche, Rafe se acercó más a ti. Las mantas forman una pila desordenada. Cuando lo miras, sonrío.*

—Buen día —dice.

Se estira para tomarte la mano pero finges no notarlo. Ben se encuentra del otro lado. Ya está despierto y doblando las mantas. Parece que el descanso le hizo bien. —Dediquemos el día a explorar —sugieres—. Antes de entrar, tenemos que asegurarnos de que Reynolds esté trabajando. Podemos trazar un plan cuando conozcamos mejor el lugar, cuando sepamos con qué nos encontraremos.

Salto asiente mientras toma un cuchillo de adentro de su mochila, que parece casi idéntico al tuyo.

Colocas tu navaja en el cinturón; esperas no necesitarla.

Cerca de las cinco de la tarde, el grupo se reúne en un callejón detrás de Bellevue, en el lado este de la ciudad. Pasaron todo el día explorando el hospital separadamente, buscando toda la información posible. Combinaron encontrarse ahí, juntar toda la información y trazar un plan.

—Reynolds está de servicio —asegura Aggy—. Revisé una hoja que está detrás de la sala de enfermería. Esta noche está de guardia, así que tenemos tiempo suficiente. —Hay dos grupos de elevadores. Casi todos utilizan los que están junto a la Guardia de Urgencias, pero hay más en el otro extremo del hospital. Si los necesitamos, podríamos usarlos como salida rápida —agrega Rafe.

—Creo que sería mejor que dos de nosotros entráramos por la Guardia —propone Ben—. Alguien tiene que fingir que se lastimó la cabeza. Una caída, un traumatismo, cualquier cosa, para poder verlo... Es neurólogo. Los demás pueden entrar detrás. Una vez que tengamos una habitación.

—Lo sorprenderemos —interviene Rafe.

—Yo ingreso por la entrada de Urgencias —dice Salto—. Tenemos que pensar una forma de que parezca que me caí, que tengo la cabeza hecha un desastre.

—Eso no debería ser muy difícil —bromea Devon.

—Ben puede acompañarte diciendo que es tu amigo —agregas—. Yo me encontraré con ustedes en la habitación para que seamos más. Todos los demás pueden estar atentos y vigilar.

—Yo también debería estar en la habitación —propone Rafe—. No tiene sentido que espere en el vestíbulo. Este hombre podría tener un arma.

—No, Ben irá con Salto —dices esperando dar por concluido el plan—. Él está herido, de modo que no debería andar deambulando por los alrededores del hospital. Además, no tiene tanta experiencia en explorar. Rafe, tú estarás allí por si te necesitamos.

Rafe se pone de pie y toma la mochila.

—Muy bien. Ya está todo arreglado —exclama—. Vámonos.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

LA BRILLANTE ILUMINACIÓN del hospital es opresiva. El ambiente aséptico de los pasillos de mosaicos te resulta inquietante. Parece un lugar al que puedes entrar, pero del que nunca puedes salir.

El elevador te conduce al séptimo piso y distingues a Rafe en un rincón junto a la ventana. Está lo suficientemente fuera de vista como para no notar su presencia, a menos que alguien estuviera mirando con atención. Pasas junto a él y doblas hacia la derecha. En un escritorio en el extremo del corredor hay una enfermera clasificando papeles. Otra está hablando por teléfono de un paciente que está dos pisos más arriba y pide ser transferido. Te mantienes fuera de su vista y te encaminas hacia la 7776. Cuando entras sigilosamente en la habitación de Salto, las puertas se cierran tras de ti.

Sonríe al verte y parece una persona completamente distinta de la que conociste. Tiene hoyuelos profundos en sus mejillas grandes y redondas. La bata de hospital le queda grande y alcanzas a ver los tatuajes de su pequeño cuerpo. La cara de una mujer en el bíceps derecho; dos rosas trepando enroscadas por el brazo izquierdo. — Y a vimos a Reynolds una vez en el piso de abajo — Ben se sienta en una silla y abre bruscamente la caja de calmantes del hospital—. Le hizo algunas preguntas a Salto antes de admitirla.

—¿Dijo cuándo volvería? —preguntas.

—En cualquier momento. No les dije nada, solo que me estaba fallando la memoria. Me preguntaron en qué mes estábamos, cosas por el estilo —explica Salto—. Querían saber en qué ciudad me encontraba. Yo seguí repitiendo que no recordaba.

Junto a la puerta, cuelga una cortina sobre una barra curva de metal. La corres hasta cerrarla del todo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es bajito. El pelo es color café pero parece que se estuviera quedando pelado en la coronilla.

Escuchas a alguien a tus espaldas y te das vuelta. Es Rafe. Se desliza detrás de la cortina y señala el baño, que se encuentra al otro lado de la cama.

—Es mejor que esté aquí dentro. Por las dudas.

—¿Dónde están Devon y Aggy? ¿Los viste? —preguntas.

—Están en la escalera, vigilando el pasillo. Ya recorrieron todo el edificio... y no hay nada raro.

—Eso no significa que EAA no esté vigilándolo —cuando Ben habla, solo te mira a ti—. No deberían permanecer en un lugar fijo.

—Se van a mover de allí. No te preocupes, sabemos lo que hacemos.

Sigues a Rafe hasta el interior del baño y mantienes la puerta un poquitito abierta para poder ver hacia afuera.

Entra una enfermera y Salto finge estar dormida. Ben dice algo con respecto a lo cansada que estaba, a lo mucho que le dolía la cabeza y la mujer controla el aparato junto a la cama. Un minuto después de que se marcha, se escucha el sonido frío y duro de zapatos que caminan sobre el suelo de plástico.

Rafe extrae el cuchillo de debajo de la camisa. Espías a través de la hendidura entre las bisagras de la puerta y detectas al doctor aproximándose a Salto. Apenas se desplaza hacia el otro lado de la cama, tú y Rafe aparecen y le bloquean la salida. Reynolds se da vuelta y se da cuenta de que está rodeado por todos lados. Apoya las carpetas en la cama y alza las manos.

—Si van a matarme, háganlo ahora.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

REYNOLDS MIRA FIJAMENTE el suelo, la frente cubierta de gotas de sudor.

—Sabía que me encontrarían tarde o temprano.

Salto se levanta de la cama y cierra la puerta. Lleva jeans y zapatos. Se había ocultado debajo de las mantas sin quitarse la ropa.

—Usted es Richard Reynolds —dice Ben—. Usted creó la droga de la memoria y se la suministró a EAA.

El doctor no responde, pero se tensan los músculos de su barbilla. Se sienta en el borde de la cama y apoya la cabeza en las manos.

—Al menos todo terminó.

—¿Qué quiere decir con que «todo terminó»? —pregunta Ben—. No se terminó nada. Cuando el médico levanta la barbilla, notas que tiene los ojos enrojecidos.

—Acabo de enterarme de que alguien vendría por mí. Me preocupaba que me encontrara con mis hijos, que mi mujer estuviera allí y...

—Doctor Reynolds —lo interrumpe—, no vinimos acá para matarlo. Queremos información sobre los cazadores. Dónde los conoció y cómo podemos encontrarlos.

Reynolds examina a Salto, con su bata de hospital y los jeans manchados en la parte delantera. Observa también tu sudadera rota. Los zapatos deportivos con los que te despertaste, ahora están grises y opacos; el pelo es una trenza enredada. Sus ojos se mueven como dardos hacia el reloj que Rafe lleva en la muñeca derecha. —Así que ustedes son los chicos —dice—. No los reconocí.

—¿Por qué habría de hacerlo? —pregunta Rafe.

—Algunos de ustedes vinieron aquí para las pruebas —le echa un vistazo fugaz a la navaja de Rafe.

—¿Aquí? ¿Se hicieron en este hospital? —miras a Salto y a Rafe. ninguno de los dos parece recordarlo.

—No, en otro lado.

—Tiene que ser más específico —dice Rafe, elevando su voz por la ira—. No tenemos mucho tiempo. EAA. ¿quién la dirige? ¿Quién lo convocó? Necesitamos nombres, direcciones.

—No sé nada con respecto a los cazadores. Yo solamente trabajé con los blancos —los ojos de Reynolds van y vienen con rapidez entre tú y Rafe.

—Mentira —dice Ben—. ¿Quién se ocupó de los cazadores una vez que regresaron de la isla? Huesos rotos, tajos, cortes. Si no era usted, ¿quién los atendió?

El hombre aparta la vista y se frota la frente con el dorso de la mano.

—No lo sé, muchacho. Soy *neurólogo*. No hago ese tipo de cosas desde la universidad.

Al decir esas últimas palabras, eleva el tono, casi con júbilo, y sabes que está mintiendo.

—¿Para qué usarían doctores cuando lo tienen a usted, a quien ya le pagaban?

—No lo sé —se encoge de hombros—. No soy quien toma las decisiones.

Tus ojos se encuentran con los de Rafe.

—¿Por qué deberíamos creerle?

—No tienen por qué hacerlo.

Rafe se lanza hacia adelante. El hombre se encoge y levanta el brazo instintivamente. Rafe lo sujeta del pelo y empuja su cabeza hacia atrás para que la garganta quede a la vista, y luego presiona el cuchillo contra la nuez.

—Eso no es una respuesta.

—Está bien, está bien. Miren... les diré lo que sé, pero que alguien me saque a este de encima.

—Rafe. no lo hieras —dices al observar cuán cerca se encuentra, la hoja a punto de cortar la piel. Sujeta el cuchillo con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos. Finalmente retrocede y suelta al doctor.

Reynolds continúa.

—Hay un sujeto que dirige todo. Pero yo ni siquiera conozco su verdadero nombre y no sé dónde vive. Yo no concierdo las reuniones, son ellos quienes deciden cuándo nos encontramos. Ellos deciden todo.

—¿Cómo se llama a sí mismo? ¿Qué aspecto tiene? —pregunta Ben.

El hombre se frota las sienes.

—¿Qué me sucederá después de esto?

—¿*Qué le sucederá?* —exclama Rafe con voz quebrada—. ¿Se está burlando de mí? Ella desconoce dónde vivía y no sabe nada de su vida anterior —dice señalándote a ti—. Unos hombres le entregaron dinero a usted para que consiguiera que unos chicos perdieran la memoria y así fuera más fácil matarlos. Ya deje de decir tonterías y de lamentarse. Tiene que comenzar a contarnos la verdad. Datos reales, que realmente nos ayuden.

—¿Existe una droga que revierta la pérdida de la memoria? —preguntas.

—No —responde Reynolds—, pero él me dijo que los efectos de la droga estaban comenzando a desvanecerse en la mayoría. Las pruebas que hicimos inicialmente eran experimentales. Eran para tratar a pacientes con Trastorno por Estrés Posttraumático. Yo ya estaba llevando a cabo esa investigación cuando él se acercó a mí. Quería usarla en dosis más altas.

—¿Quién se acercó a usted? —preguntas.

Reynolds coloca la cabeza entre las manos.

—Se hacía llamar Cal, pero sé que ese no es su nombre. Ni siquiera sé si vive en

Nueva York... tal vez me conoció aquí. Me dejaba instrucciones de cómo encontrarlo. Lo vi cuatro veces en dos años. Siempre me enviaba un taxi sin matrícula para pasarme a buscar. Cuando subía, él estaba adentro.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunta Salto.

—Es un poco más grande que yo. de cincuenta y tantos, no sé. Pelo rubio, casi blanco. Ojos tal vez azules. Tiene una cicatriz en la mano izquierda. —el doctor señala su propia mano, el tejido suave junto al pulgar—. Es una cicatriz larga y curva. Se parece un poco a un signo de interrogación. No podía flexionar el pulgar izquierdo.

—De modo que curó cazadores. No mienta más, Reynolds —Ben cruza los brazos sobre el pecho.

—Ya les conté suficiente —dice el doctor, frotándose la nuca.

—No, todavía no —afirmas mientras te acercas a la cama.

—De acuerdo —suspira—. Hay una cosa más que podría enseñarles, pero si nos atrapan, estamos todos acabados. Existe un documento al cual tengo acceso. No contiene nombres, solo direcciones. Está en mi consultorio —al decirlo, señala hacia los pisos de arriba—. Enumera los lugares en donde los atendí. A veces era en una casa, otras en una oficina vacía. Siempre cambiaban.

—Necesitamos esas direcciones —dice Rafe—. ¿Cómo conseguimos ese archivo?

El doctor dirige la vista hacia la puerta.

—Tengo que usar mi computadora.

—De acuerdo —dice Rafe mientras apunta el cuchillo hacia la puerta—. Vayamos ahora.

Una vez arriba, Reynolds los conduce a Rafe y a ti por una sala de espera hasta su consultorio. Es angosto y tiene una pared larga de vidrio. Ben y Salto se quedaron haciendo guardia en las escaleras. Crees que llamaría la atención si ingresaran todos al consultorio.

Reynolds espera que la computadora se encienda, abre la última gaveta del escritorio y tatea en la parte de abajo. Echas una mirada a Rafe pues temes que el doctor esté buscando un arma. De inmediato, Rafe se inclina y le sujeta la mano. —Tranquilo. es la contraseña —abre la mano y le muestra una notita arrugada en su interior. En el papel, hay una serie de números y letras. Debajo, hay otra clave todavía más larga que la primera.

—¿Qué tiene que hacer? —preguntas—. ¿Cuánto tiempo le tomará?

—Solo ingresaba antes cuando querían que atendiera a alguien —responde—. Tengo que ir a este sitio.

Aparece una pantalla toda negra con una cajita diminuta en el centro. El cursor titila mientras espera. El doctor apoya el papelito junto al teclado y tipea. La pantalla cambia y aparece una lista de links.

—El tercero... esa debería ser la lista de direcciones —señala—. Puedo bajarla del servidor de ellos.

Escribe la segunda serie de números pero luego espera. Oprime volver otra vez. —¿Qué está pasando? ¿Siempre funciona así? —preguntas.

Reynolds tipea unos números más y después aprieta otra vez volver.

—Con cuidado —advierte Rafe y aparta la mano del hombre del teclado con un leve empujón. Pero ya es tarde: la pantalla se cierra. El sitio desaparece y regresa a la página de inicio del hospital.

—¿Qué fue eso? —inquieres.

Reynolds se aleja de la computadora.

—No lo sé. Es la primera vez que hace algo así.

—Vuelva a intentarlo —dices, pero casi al mismo tiempo la pantalla se queda totalmente oscura.

—Activó algo. —Rafe sujeta la parte delantera de la bata de Reynolds, da unos pasos rápidos y lo empuja contra la pared.

El doctor mantiene las manos a los costados del cuerpo.

—No hice nada. Lo juro. Debe haber pasado automáticamente. Es la primera vez que inicio la sesión por mi cuenta.

—Le voy a dar una última oportunidad —exclama Rafe—. Denos algo que podamos usar. Ahora. O lo mato antes de que ellos puedan tener el honor de hacerlo. Reynolds cierra los ojos con fuerza, le tiemblan las manos.

—Hay una lavandería en Long Island. En Hicksville. Ahí atendí a varios cazadores. Lavamatic. La usan como lugar de reunión, de entrega, lo que necesiten.

—Si les dice que nos dio esa información, volveremos por usted —afirma Rafe—. Lo buscaremos y terminaremos con esto.

Los ojos de Reynolds permanecen cerrados.

—Para esta gente. yo ya estoy muerto.



# CAPÍTULO VEINTISIETE

APENAS LLEGAN A la puerta del pasillo, se corta la luz. Rafe abre una hendidura y se asoma al corredor. Todo está oscuro y reina el silencio. Después, las luces se encienden nuevamente, pero con menor intensidad.

—Algo produjo un cortocircuito —grita una voz al fondo del corredor—. Llamen a Rob, a ver si sabe qué pasó.

—El generador está funcionando —responde alguien—. Gracias a Dios. ¿Es solo nuestro piso?

Escuchas pasos rápidos y desparejos mientras las personas brotan de sus consultorios y oficinas. Las puertas se abren y se cierran. Una figura de bata blanca pasa deprisa y desaparece en el pasillo que se encuentra frente a ti.

—Esto no es casual —dice Rafe—. La contraseña detonó algo. Cortaron la electricidad para crear caos. Los cazadores están aquí.

—Si los generadores están funcionando, los elevadores también. Podemos intentar salir por ahí. La gente preferirá no usarlos.

—Vamos.

Sales al pasillo y miras hacia el hueco de la escalera, donde Ben y Salto estaban escondidos. La ventana está vacía. No están ahí.

Revisas el teléfono, que está en el bolsillo delantero de tu sudadera, pero no hay llamadas perdidas, ningún mensaje que diga adónde fueron. Es raro que se hayan marchado sin decir una palabra...

—Tenemos que encontrar a Ben y a Salto —dices—. Algo no está bien.

—Quizás se asustó —sugiere Rafe.

—Rafe. Él no haría algo así —comentas mientras te diriges hacia la escalera.

Rafe sacude la cabeza.

—Lena, tenemos que salir de aquí. Se reunirán con nosotros en el campamento. —Por favor, solo un minuto.

—Lena.

Le arrojas el teléfono descartable.

—Por las dudas.

Llegas a la escalera del costado y abres la puerta lentamente para hacer el menor ruido posible. Los escalones están a media luz, uno de cada dos pisos está en sombras. Salto y Ben no se encuentran en el descanso. Subes un piso para constatar que no hayan cambiado de posición o tratado de escapar por otro camino. Escuchas

un grito de Salto y luego el sonido de una pelea.

Asomada al pasamanos, la ves luchando con un hombre tres pisos más abajo. El sujeto lleva jeans, una chaqueta simple color azul marino y una gorra de béisbol que le cubre el rostro. Salto lo tiene aferrado del abrigo mientras jala de él hacia atrás. El hombre tropieza y lanza un grito ahogado al pegar contra la pared. Salto intenta golpearlo pero él recupera el equilibrio y se la saca de encima con un empujón.

Desciendes corriendo las escaleras y te arrojas sobre la espalda del cazador. Colocas los brazos alrededor de su cuello y aprietas tratando de cortarle el aire. El tipo se sacude bajo tu peso y gira para liberarse. Retrocede con fuerza y te estampa repetidamente contra la dura pared de concreto. Aprietas más fuerte, pero el último golpe te da en la base del cráneo. El dolor explota dentro de tu cabeza y le sueltas el cuello.

Te caes y chocas contra el suelo con mucha fuerza. Ruedas hacia el costado y tratas de levantarte mientras Salto se lanza una vez más contra el perseguidor. El hombre logra liberar una mano, toma un arma de atrás de los jeans y dispara. La bala rasga velozmente el hombro de Salto y entra en la pared lanzando hacia arriba una nubecita de polvo y revoque.

Tomas el cuchillo del cinturón, te abalanzas sobre el cazador y le das una limpia cuchillada en el costado. Sorprendido, retrocede un paso. El próximo corte es en la muñeca, tu mano se mueve con tanta rapidez que no logra apartar el arma y la deja caer.

Ya lo tienes. El cuchillo en alto, te acercas al él, que retrocede hacia la pared.

Te distrae el sonido atronador de pisadas en la escalera, te das vuelta y te preparas para enfrentar otro ataque y a otro cazador. Pero es Ben, precipitándose sin aliento por las escaleras hasta llegar al descanso. El instante que te toma registrar su arribo, el cazador lo aprovecha para subir a toda prisa un tramo de la escalera y perderse de vista.

No te molestas en seguirlo pues Salto te preocupa más. Te arrodillas junto a ella. Antes de hundirse en la pared, la bala la alcanzó en el hombro derecho, justo arriba del bíceps. Sus ojos están cerrados y apretados. Ben ya la sostiene en los brazos mientras sus manos presionan la herida, los dedos rojos de sangre.

—Fui a buscar a Aggy y a Devon —explica—. Solo la dejé cinco minutos.

—Tenemos que marcharnos —le mandas un mensaje a Rafe para que se reúna contigo en el callejón, afuera del hospital.

Salto hace un gesto de dolor mientras sostiene el brazo herido.

—Es posible que vengan más —Ben ayuda a Salto a ponerse de pie y ella se apoya sobre su pecho.

Echas una mirada hacia arriba de las escaleras, temiendo que el hombre regrese por ahí. Te quitas tu holgada sudadera, la colocas por encima de la cabeza de Salto y la ayudas a pasar las manos por las mangas.

—Tienes que salir caminando de aquí con la mayor naturalidad posible —le dices

con voz calma—. Tienes que hacerlo por nosotros, hasta que estemos afuera.

Le apartas el pelo de la cara y le limpias una mancha de sangre de la mejilla. Está cada vez más pálida; no sabes de cuánto tiempo dispones.

El noveno piso está a media luz. Por el pasillo, alguien pide que se active el procedimiento de emergencias, instando a las visitas a regresar al vestíbulo. Un grupo de enfermeros está reunido al final del pasillo. Doblas hacia la derecha sin mirarlos y luego vuelves a doblar a la derecha hacia los elevadores. Ben camina junto a Salto, las cabezas bajas. Oprimes el botón del elevador varias veces mientras esperas que ellos te alcancen.

—Tenemos que llevarla a la base —dices—. ¿Dónde estaban Aggy y Devon?

—Afuera, en el otro extremo del hospital... yo les pedí que fueran. Es probable que estén nuevamente ahí —señala Ben.

En el interior del elevador, Salto se apoya contra la pared y aferra la barra de metal que tiene detrás. Mantiene el brazo al costado del cuerpo, en un ángulo extraño.

—No lo vi venir; apareció de la nada —comenta.

—Al abrir esos archivos, se disparó una alarma. No nos dimos cuenta hasta que fue demasiado tarde.

El elevador desciende un piso, y luego otro más. Los botones que se encuentran arriba de la puerta se encienden a medida que descienden. Seis. cinco. cuatro. —No puedo más. Estoy acabada —dice Salto con un gesto de frustración—. ¿Cómo voy a hacer para escapar de ellos si ni siquiera puedo mover el brazo? ¿Cómo voy a defenderme?

—Nosotros te cuidaremos —responde Ben—. Te mantendremos oculta.

Salto se cubre la cara con la mano.

—Tú también estás herido, Ben. ¿Qué pasará cuando nos encuentren? ¿Puedes explicármelo?

—No nos encontrarán, nosotros los encontraremos antes a ellos —intervienes—. Ben, llévala a la base. Rafe y yo investigaremos la pista que nos dio Reynolds. Nos habló de un punto de reunión donde van los cazadores para atenderse o buscar cosas. —También podría ser una trampa —sugiere Ben.

—Es el único dato que tenemos —afirmas—. De modo que no nos queda otra opción.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

REYNOLDS ENCIENDE EL auto pero no sabe adónde irá. Lo único que tiene claro es que debe alejarse del hospital lo más rápido posible. Al salir del garaje, se fija que no haya ningún sospechoso en la acera. Se dirige hacia el este e ingresa a la autopista FDR.

Un ruido en el asiento trasero lo pone tenso. Mira por el espejo retrovisor y ve la silueta de un hombre recortada contra la luz del atardecer.

El hombre está quieto y tranquilo.

—Siga conduciendo —ordena y señala hacia el norte.

Reynolds sabe que no tiene alternativa. Sabe que ha llegado el final.

Las manos sudorosas resbalan por el volante. Mientras conduce, solo piensa en su esposa y en sus hijos. El cumpleaños en que lo sorprendieron llevándolo a ver un partido de los Mets. Nina siempre odió conducir por la autopista, así que él había estado al volante.

*¿Quieres una pista? Dinos cuándo quieres que te demos la primera,* había dicho ella. Jackson rio en el asiento trasero, disfrutando ante la idea de compartir un secreto con su madre. Peter era demasiado pequeño para entender.

Reynolds casi podía imaginárselos ahí dentro. Se pierde en los recuerdos mientras conduce, los ojos en la ruta al tomar la 95 y cortar hacia el oeste. Es la voz del hombre a sus espaldas lo que lo trae a la realidad.

—Salga de la autopista.

El cañón del arma está calzado justo debajo del apoyacabezas, entre los caños de metal que lo sujetan al asiento. Siente frío alrededor del cuello. Observa la bajada de la autopista: hay unos pocos edificios desparramados, las ventanas oscuras.

—¿Aquí?

—Eso dije.

El hombre señala un estacionamiento vacío. Reynolds estaciona en extremo más alejado y apaga el motor. Cuando se apagan las luces, aislados que están.

una cochera en el se da cuenta de lo

—No les dije nada —exclama.

El hombre se estira hacia el asiento delantero y oprime el botón para destrabar las puertas. Lleva guantes de cuero.

—Déjeme hablar con Cal —continúa Reynolds—. Estoy cerca de conseguir la segunda tanda de la droga, debería llegar en la semana. Todo esto se puede arreglar.

—Bájese del auto.

—Dígale que se encuentre aquí conmigo... vi a los blancos. Puedo contarles todo acerca de ellos. Podría serles útil.

Sin dejar de hablar, Reynolds hace lo que el hombre le ordena.

Una brisa sopla desde el Hudson por los espacios que separan los edificios y atraviesa la fina bata blanca del doctor.

—Nada de eso importa ya. Ellos saben quién es usted.

Lo dice como si fuera suficiente explicación. Luego apunta el arma hacia la entrada del Puente George Washington. Las luces de la gigantesca estructura gris se recortan contra el perfil de Nueva Jersey.

—Puedo ayudar más si estoy vivo.

—Camine —dice el hombre—. Tiene tiempo de hacerse a la idea. Yo estaré detrás.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

EL TELÉFONO PÚBLICO huele a cigarrillo. Los botones están ásperos, los costados de metal cubiertos de calcomanías que hacen publicidad de bandas, cerrajeros y servicios de grúas. Después de sonar tres veces, Celia responde el llamado. En el fondo, se escucha el alboroto de una oficina y luego el sonido de una sirena que se desvanece.

—Soy yo.

—Me alegro. ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? —responde.

—Sigo en Nueva York. Encontramos a uno de los doctores que trabaja para EAA. ¿Tienes un bolígrafo?

Escuchas cómo busca entre los papeles de su escritorio. Una gaveta se abre y se cierra.

—Te escucho.

—Se llama Richard Reynolds y trabaja en el Hospital Bellevue. Es quien les proporcionó la droga y conoce a la cabeza de la organización, un sujeto a quien llaman Cal. Nos dijo que se encontraron un puñado de veces en Nueva York. — ¿Cómo que «les dijo»? ¿Fueron a hablar con él? No deberían...

—Lo siento, pero teníamos que hacerlo. Necesitábamos respuestas. Pero ahora EAA sabe que lo encontramos.

Se produce una larga pausa. Observas el estacionamiento del restaurante, un lugar llamado La Carroza de Oro. Mientras escuchas la respiración de Celia, despegas los bordes de una de las calcomanías. Celia no responde. No logras juntar fuerzas para contarle acerca de Salto.

—Tratábamos de conseguir ayuda.

—Lo sé —suspira—. Pero por el momento concéntrate en permanecer con vida. Cuando tengas algo concreto, llámame y deja que me encargue del resto.

—Tengo que cortar.

Celia dice algo más pero el tubo ya no está en tu oído.

Tal vez todo lo que deberías haber hecho era llamar a Celia y contarle lo que sabías acerca de Reynolds, así EAA nunca se habría enterado de que ustedes lo estaban buscando. Es probable que ella hubiera sido capaz de encontrar otra manera de apresarlos. De haber hecho eso, quizá Salto no habría recibido un disparo.

Cruzas el estacionamiento para llegar hasta el auto. Rafe estacionó enfrente de la lavandería, el Accord robado está apretado entre dos camionetas. Fue tu idea

conseguir un auto de un estacionamiento que había al lado del hospital. Tuviste que hacer una parada en el baño de un Starbucks y volver a ponerte el vestido, los zapatos y la bufanda que llevabas en el tren. Le dijiste al empleado que te habías olvidado el ticket y señalaste uno de los autos plateados que había en el fondo.

—Ese es el mío —dijiste.

Y treinta y dos dólares más tarde, lo fue.

—¿Qué te dijo tu policía? —pregunta Rafe.

—Que investigaría.

—Nunca lo encontrará. A esta altura, debe estar muy lejos.

Registras la guantera y le alcanzas a Rafe una menta roja y blanca. Le quita el plástico y se la mete en la boca. El Lavamatic está cerrado. Las ventanas del frente están cubiertas con papel madera y todo el complejo está a oscuras. El restaurante chino de al lado también está cerrado, un letrero en la vidriera anuncia cerrado por cambio de firma. Llevan dos horas en el lugar y no han visto entrar ni salir a nadie. —Podríamos intentar ingresar por la fuerza —sugieres—. Pero...

—Hay cámaras —dice Rafe—. Lo sé. Si están mirando, estamos perdidos.

Observas su perfil. Mueve la mandíbula mientras chupa la golosina. Sus pestañas son tan largas que parecen falsas. Todavía no hablaste con él sobre Ben, no te atreviste a mencionar su nombre en voz alta.

—No tienes que preocuparte por Ben —dices—. Cualquier duda que tuvieras.

—A esta altura, ya saben que nos está ayudando. Lo cual implica que lo están buscando.

—Nos están buscando a todos —corriges.

Rafe se da vuelta y escupe la menta por la ventanilla abierta.

—Es distinto.

—Nos consiguió un contacto que nos trajo hasta aquí. Es más de lo que teníamos antes.

—Claro —dice Rafe—. Díselo a Salto.

—Eso no es culpa de Ben —insistes.

Rafe se frota la nuca y te mira con los ojos entornados.

—¿Realmente piensas que es una buena idea tenerlo cerca? ¿Alguien que *trabajaba* para EAA?

—¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé, ¿que fue un error, que no deberías haberlo traído? Ya no lo necesitamos y tú eres la única que puede pedirle que regrese a su casa.

—No puede regresar, Rafe —no pretendes levantar la voz, pero lo haces, estás molesta—. Ahora lo están vigilando. Y te guste o no. en ese sentido, es uno de los nuestros.

Rafe ríe y sacude la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Tú quieres que esté aquí.

—No quiero —respondes—. No quise.

Sientes que te invade la culpa y te preguntas si Rafe tiene razón. Tu mente vuelve al momento en que Ben apoyó los labios en tu frente. Te dijo que te amaba... ¿Cómo puedes rechazarlo después de eso?

Rafe aprieta los labios.

—Es que odio que esté aquí.

—Lo sé.

—Odio que él haya sido quien estuvo contigo en Los Ángeles. Me parece injusto.  
—Lo es. Todo es injusto.

Deja caer la cabeza hacia adelante y se queda mirando tu mano, que está apoyada en el centro de la consola. Cuando la toma, una sensación cálida se extiende por tu brazo y despierta todo tu cuerpo. La envuelve entre sus dedos.

—Quiero que volvamos a estar juntos —dice—. Odio sentirme así.

Miras hacia la calle. Cuando pasa un auto, el rostro de Rafe se ilumina momentáneamente con los faros delanteros, sus ojos oscuros se vuelven de un dorado intenso. Cuando finalmente apartas la vista, te lleva un instante reparar en la motocicleta estacionada al costado de la lavandería.

—Eso no estaba antes, ¿verdad?

Rafe levanta la vista.

—Definitivamente no.

Te bajas del auto y Rafe da la vuelta por atrás. Toma la gorra de la sudadera y se la pone.

—No hay cámaras en ese lado del edificio —dices mientras examinas el borde del techo.

—La persona que vino en esa motocicleta ya debe estar adentro. Tendremos que atraparla cuando salga.

Rafe se dirige al vehículo y tú tomas el cuchillo de la parte de atrás del cinturón. Empujas la punta de la hoja en el neumático delantero y la mueves hasta que escuchas el silbido del aire.

Rafe corta la goma trasera mientras tú examinas la moto buscando algo que pueda revelar de quién se trata. El casco no está. Hay una cuerda elástica atada a través del asiento trasero para sujetar cosas, pero no tiene nada. Te detienes al escuchar que se cierra la puerta trasera de la lavandería y luego el sonido hueco de tacones en la acera.

Rafe llega a la esquina del edificio antes que tú, justo a tiempo para sorprender a la mujer, que no alcanza a llevar la mano al arma que tiene en la cintura. El casco de la motocicleta se le cae de las manos cuando Rafe la sujeta y le tuerce los brazos en la espalda.

Le quitas el arma de la funda que tiene en la cadera, donde está semioculta bajo la chaqueta de cuero. El cabello castaño le cubre el rostro; no puede tener más de treinta. Tiene marcas profundas de acné en las mejillas. Lleva los ojos maquillados



con delineador negro, con trazos gruesos y desparejos.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta—. ¿Qué demonios quieren de mí?

Guardas el arma en la parte de atrás del cinturón y luego registras los bolsillos delanteros de su chaqueta. Hay una billetera finita, llaves y un teléfono. Tiene un sobre lleno de billetes... todos de cien.

Abres la billetera y miras la licencia de conducir: Krista Pollack. La dirección es en Long Beach, Nueva York. En el interior, hay tres billetes arrugados de un dólar y una tarjeta sin usar de lotería de «Raspa y gana».

—¿Es tu pago? —levantas el sobre—. ¿Por qué? ¿Eres una Vigilante? ¿Una Organizadora? ¿Qué haces para ellos?

Menea la cabeza y trata de liberarse de Rafe.

—No sé de qué hablas.

—EAA —indicas—. Ahórranos los detalles.

Rafe te hace un gesto con la cabeza y articula algo con los labios. Te lleva un momento comprender que se refiere al arma. La sacas de tu cinturón y apuntas hacia la pared de ladrillos que está junto a ella. Sostener el arma te hace sentir incómoda.

—Tenemos que saber cuál es tu relación con EAA y qué estás haciendo aquí —insiste Rafe.

Observa el arma y su cuerpo comienza a temblar.

—Organizadora —responde finalmente—. Soy una Organizadora. Y ese es mi pago, ¿de acuerdo?

—¿Solo pasas a recoger el dinero? —preguntas—. ¿O ves a alguien adentro? Necesitamos nombres.

—Nunca vi a nadie. No hay ninguna persona. No hay nombres, ni apellidos, ni contrato. Ni siquiera conozco el nombre de la persona que me contrató. No lo sé, les juro que. —su voz se apaga, los ojos clavados en el arma.

—Danos algo que nos sirva. El nombre de tu cazador. ¿Qué sabes de ellos? —mantienes el arma en alto.

La mujer observa fijamente la acera, la voz temblorosa.

—Lo juro, ya les dije, no sé nada. Respondí a un aviso de trabajo que vi por Internet y, a partir de allí, todo se hizo por teléfono. Nunca conocí a nadie.

—Mentira —exclama Rafe, aunque tú no estás tan segura. Te acuerdas de lo que dijo Iván, tu primer Organizador, aquella noche en Griffith Park. Cómo lo habían abordado, lo que sabía. todo coincidía—. ¿Cómo recibes tus instrucciones?

—Hace unas dos semanas, pase por acá a buscar un sobre. Adentro, tenía un dispositivo. Tenía que seguir los movimientos de alguien que llevaba un dispositivo de rastreo. Se suponía que solamente lo seguiría, recién me enteré al final de lo que realmente estaba haciendo.

—¿Al *final*? Mejor cuéntenos la verdad: estás recolectando un buen fajo de billetes porque algún chico inocente está *muerto*— Rafe le toma el brazo y se lo enrosca alrededor del cuello. Al juntar las cejas, sus rasgos cambian y, durante un

instante, Rafe parece un desconocido. Le aprieta la garganta, justo debajo de la barbilla.

—Te lo voy a repetir una vez más. Dinos algo que nos sirva.

Tus manos vacilan; te cuesta sostener el arma. Krista cierra los ojos pero no puede ocultar la expresión. La barbilla tensa y arrugada, las lágrimas caen por los costados de su rostro.

Cuando habla, las palabras brotan graves y forzadas, la voz ronca porque Rafe tiene el antebrazo en su garganta.

—Cuando vine aquí a buscar mis instrucciones, ya había alguien adentro del edificio y no entré. Como entonces no sabía con quién estaba tratando, esperé en el callejón, al lado de la motocicleta. Un hombre hablaba por teléfono y le escuché decir algo a través de la ventana... algo acerca de una reunión en los unos. Cuando salió, miró alrededor, como asegurándose de que no hubiera nadie que lo escuchase.

—¿Una reunión en los unos? —preguntas—. ¿Dónde? ¿Qué significa eso?

—No lo sé. Después se marchó. Y esperé a que se fuera para entrar.

Le haces una seña a Rafe pero no se mueve. Su brazo sigue alrededor del cuello de la mujer.

—Suficiente —dices—. Suéltala.

La suelta y te indica que le alcances el arma. Se la pasas con cautela.

—Tenemos que irnos —indicas.

Rafe no se aleja de la mujer. Apunta el arma en su espalda, en medio de los omóplatos.

—Rafe —repites—. Vamos. Déjala aquí.

—Pásame esa cuerda —señala la parte de atrás de la motocicleta.

Cuando le entregas la cuerda elástica, coloca el arma en el cinturón. Le ata las manos con la gruesa sogá, da varias vueltas, la pasa por abajo y luego por las muñecas. Cuando termina, ata el extremo a una válvula que sobresale de la pared de ladrillos. Antes de dejarla, tomas su teléfono y revisas los contactos y los mensajes en busca de algo útil. No hay nada. Le quitas la batería y la aplastas con el tacón contra la acera.

—No tiene teléfono y su motocicleta tiene las gomas cortadas. No hay forma de que se marche de acá —le recuerdas a Rafe. Aun así, espera un momento antes de alejarse.

Detrás de la lavandería, hay una espesa arboleda. Podría arrojar el arma allí dentro, pero decide dejarla en el cinturón. Luego te sigue en silencio hasta el auto.

# CAPÍTULO TREINTA

—NO LA NECESITAMOS —afirmas completamente consciente del arma, visible bajo su camisa. Estás de regreso en Manhattan. La entrada al depósito está un poco más adelante: Aggy les mandó un mensaje de texto con las indicaciones para llegar al nuevo campamento, diciéndoles que buscasen en la acera las puertas de metal color rojo oscuro que conducen a un espacio de almacenamiento que se encuentra debajo del depósito. Abandonaron el auto a diez cuadras en otro estacionamiento, pensando que eso habría de darles uno o dos días de ventaja antes de que alguien notara que era robado.

—No la necesitamos hasta que llegue el momento adecuado —dice Rafe mientras se acomoda la camisa para que cubra la parte de atrás del cinturón—. Y entonces, la necesitaremos más que nunca.

Aun cuando sea cierto, te sientes inquieta al pensar que pueda llegar a usarla. Él era el que había insistido tanto en que no cruzaran ese límite. En la isla, cuando los cazaban, no había querido que el juego los transformara. Decía que ustedes no eran como ellos.

—Ahora tenemos un nombre —dices—. Y la licencia de conducir de Krista, con su dirección. Puedo conectar a Celia con Krista.

—¿Y qué haría Celia? ¿Interrogarla? ¿Y qué lograría con eso?

—Mira, no lo sé, pero al menos ya estamos más cerca —bajas la voz al cruzar la calle mientras pasas caminando junto a dos mujeres con tacones de diez centímetros y vestidos que refulgen bajo la luz de los faroles. Una levanta el brazo para llamar a un taxi. Cuando el taxi arranca velozmente, te acercas a las puertas de metal, que están cerradas por dentro.

—Tenemos que ser realistas —insiste Rafe—. Es probable que nos encuentren antes de que los encontremos a ellos. Tenemos hasta la mañana, como máximo, antes de que alguien note la presencia de nuestra amiga junto a la lavandería.

Echas un vistazo hacia la esquina para asegurarte de que no venga nadie. Hay un gran grupo de gente caminando en dirección contraria por la Calle 44, de espaldas a ti.

Llamas a la puerta con dos rápidos golpes y Ben abre en apenas un minuto.

—¿Qué pasó? —pregunta. Lo primero que notas es la camisa, la mancha seca de sangre en el lugar en donde sujetaba a Salto. Sigue con la misma ropa del hospital. —¿Cómo está? —al descender bajo tierra, ves que Salto está dormida en un rincón con

una mochila como cojín, el brazo vendado con una camisa limpia. El recinto de concreto huele a aserrín. Hay *pallets* de madera apilados contra una pared y una única bombilla cuelga en el rincón. Devon y Aggy se levantan al verte.

—Estaba sufriendo mucho —explica Ben—. Le tomó un rato dormirse, pero ahora duerme profundamente.

—No deberíamos haber ido —Aggy te mira al hacer el comentario. Sus ojos están apenas abiertos, la piel debajo de ellos está roja.

Te sientas en el suelo y atraes las rodillas hacia el pecho. No hay nada que discutir: les dijiste que confiaran en ti y Salto resultó herida. Ahora tienes que confesarles que no conseguiste nada.

—¿Qué les ocurrió? —pregunta Devon.

—Encontramos a una Organizadora, pero no tenía mucho para contarnos. Solo algo referido a una reunión «en los unos»... aunque no tengo idea de lo que eso significa.

Devon y Aggy se encogen de hombros.

—Mañana es once de octubre —sugiere Ben—. Tal vez sea alguna reunión... con los cazadores. ¿No les contó nada más?

Niegas con la cabeza. Es la forma en que EAA ha sobrevivido todo este tiempo: una elaborada red de personas que llevan a cabo tareas individuales y específicas, que se mantienen casi por completo en las sombras.

—Le daré esa información a mi contacto en Los Ángeles. Es probable que pueda descubrir algo.

—Sí, claro —dice Aggy con recelo—. Sigamos confiando en eso.

—¿Y esos datos adónde nos llevan? —pregunta Devon.

—No nos llevan a ningún lado —responde Rafe mirando a Ben—. Y ahora los cazadores saben que estamos buscando información sobre EAA. Perdimos la ventaja que teníamos.

Ben comenta con el rostro tenso:

—Nunca tuvieron una ventaja sobre ellos. Yo estaba tratando de ayudarlos a conseguir esa ventaja. Sin mí, no habrían.

—Sin ti, Salto no habría recibido el disparo —Rafe se echa hacia adelante ante la acusación de Ben. Se nota el cambio sutil en su postura, un pie delante del otro, el cuerpo girado como si se preparara para pelear. No es una amenaza, pero está muy cerca.

—Ya basta, chicos. Fui yo quien dijo que debíamos ir —admites—. Si quieren culpar a alguien, cúlpenme a mí.

Rafe se aparta del grupo, camina por el sótano estrecho y saca una camisa limpia de la mochila. Te preguntas si les contará que tiene el arma, pero luego ves que la desliza dentro del bolso y la oculta bajo unos jeans viejos.

—Decidiremos qué hacer en la mañana —dice Rafe—. Lena llamará a su contacto.

Mientras Rafe arroja la mochila en el suelo, Ben se acerca a ti y se sientan juntos en un rincón. Rafe inclina la cabeza para observarlos.

—¿Estás bien? —pregunta Ben. Tu mano descansa en el piso entre los dos y él apoya la suya encima. El calor del contacto es reconfortante. Sabes que no te culpa de nada; es probable que sea el único.

Ben toma una manta de arriba de un *pallet* y te la alcanza. Le devuelves una leve sonrisa, agradecida de que esté ahí.

—Ya me pondré bien...

Apoyas la cabeza en la manta mientras Devon se estira y apaga la luz. A tus ojos les toma unos segundos acostumbrarse a la oscuridad. Ben te aprieta el hombro antes de retirarse al otro lado del sótano.

Enseguida, el sonido de suaves respiraciones envuelve el lugar. Es poco más de medianoche y todos cayeron desmayados de sueño. Quieres dormir pero no puedes dejar de pensar en la frase en clave: *una reunión en los unos*. Si planean encontrarse el once, mañana (por esta noche), sería lógico que fuera en algún sitio de la ciudad.

Te incorporas y tanteas el piso hasta encontrar tu mochila. Tomas tu anotador roto y comienzas a escribir. ¿Podría Ben tener razón? ¿Será el once de octubre? Juegas con otras posibilidades y, después de un rato, abres la tapa del teléfono para ver la hora. La pantalla indica que son las 12:14 a.m.

¿Acaso la clave podría ser un horario? ¿Como 1:11 a.m. o 1:11 p.m.? O (recuerdas de inmediato el grafiti de Connor), también podría ser un lugar de encuentro. 1ª Avenida y Calle 1. La Calle 111 está muy al norte, pero también podrías ir ahí. Tal vez no sea una pista ni nada, pero vale la pena averiguar.

Te cambias el vestido por la ropa de calle, teniendo mucho cuidado de no despertar a nadie. Ya se arriesgaron mucho por tu decisión y no volverás a pedirles que te sigan.

Esa noche, tendrás que arreglártelas por tu cuenta.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

EL PARQUE ESTÁ cerrado y las puertas tienen candado. Tuviste que trepar por un contenedor de basura para saltar la valla. Desde arriba de los juegos infantiles se ve muy bien la esquina. Te escondes detrás de un tobogán de plástico y esperas. Apenas unos minutos más tarde, se aproxima alguien. Es un hombre que mide casi un metro noventa con una camisa azul perfectamente planchada. Tiene algunas canas en las sienes. No parece ser el tipo de hombre que estaría en ese barrio a la una de la mañana. Se dirige al puesto de diarios en la esquina de la 1ª Avenida. Toma un periódico gratis y se encamina hacia el norte por la avenida.

Miras la hora en el teléfono: 1:02 a.m. Es la quinta persona que ves desde que llegaste. Al principio, no te pareció demasiado evidente. Observaste la esquina opuesta, vigilando los restaurantes y los bares para ver si alguien entraba en un sitio específico. Pero toda la gente se dirigía hacia un puesto de periódicos de plástico verde. En el costado dice: *Prensa Libre*. Uno por uno tomaron un periódico y enfilaron hacia el norte.

Cuando el hombre desaparece, escudriñas la calle por si alguien más se aproxima. La cabeza baja, te acercas al puesto de diarios. A través del frente de plástico, alcanzas a ver la pila de periódicos. Tomas el de arriba y te marchas en la dirección opuesta a los demás. Te diriges hacia el oeste por la Calle 1, donde hay menos gente.

Te ocultas en la entrada de un edificio, extiendes el periódico y observas las notas en busca de alguna clave que descifrar. Una gruesa tarjeta blanca cae al suelo y revolotea sobre tus zapatos deportivos. Al principio, parece estar en blanco, pero al sostenerla bajo la luz del farol, notas que hay algo escrito en ella: letras brillantes solo visibles cuando la tuerces de un lado a otro.

12 O 275

Extraes el teléfono del bolsillo. 1:08 a.m. Empiezas a caminar pegada a los edificios, sabiendo que no tienes mucho tiempo. Es casi la 1:11 a.m.

La reunión está a punto de comenzar.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

LAS VENTANAS DE la casa en la Calle 12 Oeste 275 están encendidas. Te encuentras a pocas casas de distancia, escondida en el cerco de otra vivienda impecablemente mantenida. Es el barrio más hermoso de todos los que has conocido. Casi te pierdes entre sus calles laberínticas.

Otra mujer se acerca por la calle. Lleva pantalones y zapatos deportivos, y una gorra de béisbol, la visera doblada para tapanle los ojos. Tiene el pelo atado en una cola de caballo. Sube los escalones del frente y desaparece en el interior de la casa. Da la impresión de que la puerta no está con llave.

Es la séptima persona que has visto entrar. Cambias de posición, te aproximas al cerco y te colocas de tal forma que puedas ver a través de los ventanales que dan a la calle. De pie en el vestíbulo, hay un hombre que parece un mayordomo. Le entrega algo a la mujer, una prenda de vestir. Cuando ella se la pone, sonríes. Su silueta se distingue perfectamente a través del vidrio. Es una túnica corta y dorada con una capucha enorme. La tela cae sobre su frente dejando el rostro en sombras. Los cazadores protegen sus identidades unos de otros.

Mientras unas doce personas más, todas vestidas de distinta manera, entran al edificio y reciben las túnicas, te das cuenta de la suerte que tienes. Aun con tus jeans y tu sudadera, comienza a resultar posible hacerte pasar por uno de ellos. Las mangas te cubrirían las muñecas y el tatuaje, pero igual llevas puesto el brazalete, por las dudas.

Cerca de las dos de la mañana disminuye el flujo constante de gente, y luego cesa. Parece haber llegado tu oportunidad.

Caminas hacia la casa con la cabeza baja por si las cámaras están observando. Contienes la respiración hasta que subes los escalones y pasas la primera puerta. Adentro, está totalmente oscuro y el mayordomo se ha ido. A esta altura, todos los demás ya ingresaron. En el sitio donde él se encontraba, hay un letrero y una pila cuidadosamente ordenada de túnicas con capucha. VESTIMENTA APROPIADA A PARTIR DE AQUÍ.

Tomas una y te la pones, asegurándote de que la capucha caiga lo suficiente como para ocultarte el rostro. Escuchas voces en el primer piso; alguien toca el piano. Arriba, más de cuarenta personas están reunidas en una gran sala, todas con las capuchas puestas. De inmediato, tus ojos se dirigen hacia sus zapatos y pantalones para estar segura de que nada te delate. Hay mocasines lustrosos y zapatos beige de

tacón, calzado deportivo e incluso sandalias. Ves jeans y pantalones negros, pantalones de gimnasia y leggings. No hay nada que te distinga del resto.

La sala es elegante e imaculada. Tiene el cielo raso alto y curvo y una chimenea de mármol gigantesca. De una de las paredes, cuelga una pintura que tiene aproximadamente tres metros de altura. En una mesa, hay delicados bocadillos, pero nadie está comiendo. La mayoría de las personas está frente a un hombre que se encuentra en un rincón. De pronto, la música del piano se acalla.

—Esta noche celebramos una de las mayores hazañas en la historia de nuestra organización —anuncia—. La exitosa transición a la nueva etapa de nuestro juego: la Migración —se encuentra junto a un largo sillón de cuero, donde hay tres personas sentadas. Por los zapatos, te das cuenta de que una de ellas es una mujer—. IX ha tenido el honor de realizar su primera muerte. Una impresionante proeza aun para una cazadora que ha estado yendo a la isla durante más de diez años y que, solo este verano, logró liquidar a siete presas.

Te lleva un momento interpretar sus palabras: se está refiriendo a un cazador por un número. La persona que está frente a ti se da vuelta y se acerca más, de modo que puedes ver sus labios en la sombra. Es un hombre.

—El verano pasado solo logré dos. Supongo que siempre hay tiempo para mejorar —comenta riendo por lo bajo.

—XXV también mató a una presa, el Halcón. Algunos de ustedes se encontraron con él en la isla, el mes pasado. Todos estarán de acuerdo en que fue un galardón envidiable —luego el hombre voltea y le hace un gesto al cazador que se encuentra en el extremo del sofá—. Como todos habrán comprobado a esta altura, los desafíos de matar en la ciudad, en esta o en cualquier otra, han sido formidables. XLII se ha hecho acreedor de uno de los premios más difíciles de Nueva York. Utilizando a otro blanco como carnada, encontró a Pitón en Internet y luego logró atraerlo para que saliera de su escondite. Lo mató a plena luz del día, en el medio de un parque lleno de gente. Queremos honrar su compromiso con la cacería y con nuestra organización.

El parque lleno de gente, la serpiente Pitón... Connor. Se está refiriendo a Connor. —Y finalmente —prosigue, y su tono suena más ligero, casi risueño—, tengo la incómoda responsabilidad, esta noche, de otorgarme un premio a mí mismo. Que quede registrado que la cuarta medalla se otorga a I, por la Liebe.

Los tres cazadores se adelantan y el hombre le entrega a cada uno una medalla de oro y reserva la cuarta para él. Observas atentamente al orador, tratando de averiguar todo lo que puedes acerca de él. Sea quien sea, es obvio que es importante. no se te escapó que lleva el número I. Es el primero. ¿Será quien maneja EAA? ¿Será «Cal», el líder que Reynolds mencionó?

Las tres medallas con un animal grabado en el reverso brillan bajo la luz tenue. Cuando le alcanza una a XLII, el hombre le hace un gesto con la cabeza al grupo. Hay aplausos aislados y algunas inclinaciones de cabeza en señal de reconocimiento para el hombre que mató a Connor.



—Ahora repitamos el solemne juramento que nos une —exclama el líder.

Algunos cazadores ladean la cabeza y todos comienzan a hablar al unísono. Te desplazas más cerca de la pared y murmuras por lo bajo, esperando ocultar el hecho de que desconoces las palabras.

*La vida solo se vive plenamente cuando uno conoce la muerte. Juntos rastreamos, peleamos y matamos. Mantenemos la confianza de nuestros hermanos y hermanas al elegir la muerte a la traición. Hemos ido solos a la isla y la isla nos ha transformado. Mantendremos estos secretos hasta el final.*

Las palabras te mantienen en el lugar. Sus voces son tan uniformes y monótonas que resuenan en la sala como si fueran el tañido grave y constante de una campana. Te toma un instante darte cuenta de que la ceremonia terminó y el grupo comenzó a dispersarse. Algunos de los cazadores conversan mientras arrancan con los dedos la comida de las bandejas.

Te aproximas al hombre que condujo el juramento y notas el borde finito de su billetera asomando del bolsillo trasero de sus pantalones grises. Se halla justo debajo del borde de la túnica. El líder está hablando con el cazador que mató a Connor, la mano en su hombro.

—Yo tengo contactos ahí. Las pruebas desaparecerán o se traspapelarán las carpetas. No hay nada de qué preocuparse.

Mientras te vas acercando, te ubicas detrás del hombre como Rafe te enseñó, con la mano derecha colgando al costado del cuerpo. Rafe hizo que pareciera muy fácil: dos dedos se deslizaban hacia adentro y hacia afuera del bolsillo. Esa noche en el tren, lo practicaste más de diez veces y, salvo una, Rafe te atrapó la muñeca antes de que pudieras tomar la billetera. Te dices a ti misma que puedes hacerlo. Es tu única oportunidad.

Caminas dos pasos hacia la mesa de la comida y apoyas la mano en la espalda del líder mientras pasas rozándolo. Luego utilizas el pulgar para abrir suavemente el bolsillo y extraer, con dos dedos, el clip metálico con los billetes. El hombre retrocede. Pierdes el equilibrio y casi tropiezas, pero cuando te alejas, su billetera se encuentra en tu mano.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

EL BAÑO ES de mármol blanco, la cerradura dorada y pesada. Colocas el sujetabilletero plateado en el borde del lavabo y dejas caer la capucha sobre tu espalda, mechones de cabello negro se te pegan a las mejillas y a la frente. Respiras profundamente y te miras en el espejo. No se dio cuenta de que se la quitabas y no percibió que ya no la tiene. De haberlo hecho, ya estaría persiguiéndote.

Ordenas el dinero: setecientos dólares en total. También hay una tarjeta negra de American Express a nombre de Theodore Cross, pero nada más. Das vuelta el clip buscando algo más. No hay licencia de conducir ni dirección.

Cuando alguien golpea la puerta, tomas el dinero y lo vuelves a poner torpemente en el clip. Notas que hay una ventanita con vitral al otro extremo del baño, de no más de sesenta centímetros de alto y un metro veinte de largo. Si es necesario, podrías escapar por ahí. Te pones la capucha y luego escondes el sujetabilletero en la cintura del pantalón.

Destrabas la puerta y pasas delante de un hombre que sostiene un vaso con un líquido ámbar. Te hace un saludo con la cabeza desde debajo de la capucha y ocupa tu lugar en el baño, la puerta se cierra tras él.

Escudriñas la sala en busca del hombre al cual robaste. Se movió del lugar en el rincón y te resulta casi imposible reconocer a una persona de otra entre las túnicas y las capuchas. Entonces observas los pantalones y los zapatos mientras intentas recordar qué llevaba puesto. Te abres paso a través del grupo cuando una mujer nota tu presencia.

—¿Perdiste algo? —pregunta siguiendo tu mirada fija en el suelo.

—No, no es nada —respondes. Al levantar la cabeza, notas que te está contemplando con atención y te preguntas si podría reconocerte debajo de la capucha. Todos vieron fotografías de ti, ¿podrían descubrirte solo por tu altura o tu contextura física?

De pronto, lo ves detrás de ella: los mismos pantalones grises ligeramente brillantes. Te alejas antes de que la mujer alcance a decir algo más. Theodore Cross... Cazador I. Pasas deprisa a su lado, deslizas el clip en su bolsillo y enfilas hacia la puerta.

—Perdóneme —dice alguien a tus espaldas. Hay mucho ruido en la sala y no estás segura de que se esté dirigiendo a ti. Pero insiste, y luego trata de agarrarte el brazo. No te detienes y pasas rápidamente entre dos hombres que ríen.

—Perdóneme, pero... ¿qué acaba de hacer?

Es la mujer de antes. Debió haber notado que colocabas el clip en el bolsillo de Cross.

—Lo siento —dices—. No sé de qué me habla.

Mantienes un tono de voz uniforme. Después te encoges de hombros, solo apenas, para fingir confusión. Está a punto de comentar algo más pero ya te diste vuelta. Antes de que pueda entender lo que acaba de ver, ya bajaste las escaleras y te marchaste.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

EN EL VESTIDOR, Theo observa el clip que sujeta los billetes. No lo tocó desde que regresó anoche tarde de la ceremonia. En las dos últimas horas, ya lo miró diez veces. Es su rutina de siempre. No lleva la licencia de conducir y, entre medio de los billetes, coloca la American Express, por si se presentara alguna emergencia. ¿Se está volviendo loco o alguien la movió de lugar?

Ahora, la tarjeta está del lado de afuera de los billetes, justo debajo del clip. Cree que jamás la puso de esa manera. Es una cuestión de costumbre, y ahora le resulta raro... incorrecto. La da vueltas en la mano tratando de no pensar demasiado. La mujer —XXVI11— dijo que vio a alguien marcharse temprano del lugar y que le pareció que no debía estar allí. ¿Pero puede confiar en lo que ella vio?

Coloca el clip en el bolsillo trasero y sale del vestidor. Helene está junto a su alhajero poniéndose los aretes. La cremallera del vestido está abierta y tiene el sostén a la vista.

—Te ves exhausto —dice—. No deberías haber tomado ese vuelo de madrugada. La próxima vez quédate en San Francisco. Esos viajes siempre te dejan agotado.

Se para detrás de ella y le sube la cremallera. Apoya las manos en sus hombros mientras Helene se coloca el otro arete.

—Tienes razón. La próxima vez me quedaré.

—Gene y Nora están ansiosos de verte —comenta—. Es bueno que hayas decidido venir. Gene no ha estado muy bien últimamente.

Es duro pensar en él en ese momento. Su aspecto demacrado, su andar lento y cansado. Parece que morir le está llevando una eternidad. Theo odia verlo. Gene, su compañero de la universidad, el padrino de Alana, la hija de Helene y de él. Gene lo observa con esos ojos enfermos de mirada vacía y es como si estuviera diciendo *Algún día, tú también estarás así*.

—Sí, me agrada verlo —responde.

Helene entra al vestidor para buscar el suéter dorado que siempre lleva con ese vestido. La mano de Theo regresa al bolsillo del pantalón, al clip con los billetes.

XXVIII había dicho que la mujer que vio en la ceremonia era de estatura media. Llevaba jeans y zapatos deportivos debajo de la túnica. Tenía ojos oscuros. Se pregunta si se habrá comportado estúpidamente. Le habían advertido acerca de la chica, acerca de Blackbird. ¿Acaso fue ella quien amenazó a Reynolds? ¿Y la que hizo cambiar de bando a su Vigilante? Theo había supuesto que, a esta altura, ya

estaría muerta, pero ella resiste a pesar de todo. Trabaja con el otro blanco, un chico. Encontró a otra presa de la isla.

Es poco probable que alguien le crea si intenta recurrir a la policía. No tienen casi pruebas. Pero con ese desliz de Morningside Park... ese desafortunado *error*. Theo detestó tener que darle un premio a ese tonto por una muerte tan negligente. Ahora todo es incierto.

Extrae el clip del pantalón, lo da vuelta y mira atentamente la tarjeta de crédito por fuera de los billetes.

—¿Theo? ¿Te encuentras bien? —Helene lo observa desde la puerta.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

VESTRY 98 ES un edificio de acero con dos hombres apostados en el frente, ataviados con chaquetas color bordó y ribetes dorados. Uno está en la acera, el otro junto a las puertas dobles. Estás vestida con ropa que tomaste de una tienda de segunda mano cinco minutos antes de que cerrara: jeans y una sudadera color negro. Rafe luce peor con la sudadera desgarrada en el hombro. Sabes que los porteros los detendrán si intentan ingresar al edificio.

—Podría regresar y ponerme el vestido —sugieres.

Tu propuesta le arranca una sonrisa a Rafe.

—Ese vestido... es tu entrada segura a cualquier lugar.

—Ya son más de las nueve, todo está cerrado.

—El edificio no es tan alto —Rafe lo observa desde la acera de enfrente—. ¿Es el *penthouse*, no?

—Parecería serlo, por lo que encontré online —unas horas antes, ingresaste furtivamente en una cafetería con Internet y buscaste a Theodore Cross. Había un artículo sobre su esposa, Helene Cross, elogiando su habilidad como decoradora y daba la dirección de un flamante complejo ecológico de apartamentos sobre el río Hudson. Había una breve referencia a Theo como financista y adorado esposo, que cedía ante todos los requerimientos de su mujer. A juzgar por las claraboyas de las fotos, parecía que el apartamento se encontraba en el último piso.

Miras los edificios vecinos. Son más bajos que el 98 —llamado La Marquesina—, que tiene seis pisos. El apartamento de la derecha parece ser de cuatro pisos, el de la izquierda, solo de tres.

—Vayamos a la parte de atrás —Rafe hunde las manos en los bolsillos delanteros, empujándolas hacia abajo contra la tela. Cuando lo sigues, divisas el contorno sutil del arma debajo de la sudadera.

Cuando regresaste a la base en las primeras horas de la madrugada, les informaste acerca de la ceremonia de los cazadores. Theodore Cross debía ser una de las personas más importantes de EAA —tal vez la más importante—, al menos en el área de Nueva York. Ben no quería que fueras a buscarlo y dijo que era mejor darle el nombre a Celia. Pero Rafe quiso buscar el apartamento de inmediato, atrapar a Cross antes de que tuviera oportunidad de escapar.

Te sentiste culpable al tener que elegir entre los dos, pero decidiste ir al apartamento con Rafe. Por mucho que deseas dejar que Celia haga su trabajo y que te

ayude, las palabras de Rafe estaban cargadas de verdad: cuanto más esperaran, más altas serían las posibilidades de que escapara.

Al rodear la manzana, pasan delante de una tienda de *delicatessen* que despliega en la vidriera canastas llenas de quesos y jamones. Rafe toma suavemente tu mano al cruzar la calle mientras contempla una salida de incendios.

Sigues su mirada, que va del comienzo de esa salida de incendios hasta la alta estructura de acero de La Marquesina, a dos edificios de distancia. Hay un espacio de un metro entre ambas construcciones, pero están lo suficientemente cerca como para saltar de una a otra.

—¿Quieres pasar de una salida de incendios a la otra?

—Vale la pena intentarlo.

Echas un vistazo hacia el callejón, donde hay un hombre enfundado en una chaqueta bordó fumando un cigarrillo. Está de espaldas a ti. Mantiene la puerta abierta con una lata de Sprite.

—Eso parece fácil —lo señalas—. Si podemos mantener abierta esa puerta, tenemos una forma de entrar. ¿Tienes algo que yo pueda utilizar?

Rafe tantea los bolsillos y toma un paquetito de goma de mascar. La aprieta hasta convertirla en una bola y te la entrega.

—¿Quieres que te acompañe?

Meneas la cabeza y le señalas la esquina, donde Rafe puede esperarte sin llamar la atención.

—Solo serán uno o dos minutos.

El hombre continúa de espaldas a ti cuando ingresas al callejón. Echas una mirada por encima del hombro para confirmar que Rafe esté fuera de vista.

—Debes pensar que eres la única persona que fuma en todo Nueva York —exclamas. Cuando el sujeto voltea, te das cuenta de que es más grande de lo que creías. Tiene un círculo pelado arriba de la cabeza, los ojos te observan desde atrás de los párpados caídos. Larga el humo por la nariz y suelta una risita.

—¿Es esa tu manera de pedirme un cigarrillo?

—Lo siento —te vuelves hacia la calle—. Lo olí mientras pasaba caminando.

—El dulce aroma del alivio —extrae el paquete del bolsillo y te acercas a la puerta. Tienes la goma de mascar en la mano izquierda, junto a la cadera. Mientras saca un cigarrillo, aprietas la bola dentro de la cerradura. Cuando el hombre levanta la vista, tienes la mano en la cadera.

—Si alguna vez vuelvo a pasar por...

—La Marquesina —acota—. Es un edificio de apartamentos.

—Bueno. Si alguna vez vuelvo a pasar por allí, te debo uno.

Te inclinas y el hombre te da fuego. Cuando aspiras, recuerdas que ya lo has hecho cien veces. Tenerlo entre tus dedos te resulta completamente natural. Retienes el humo en los pulmones y luego lo dejas salir.

Vuelves a agradecerle antes de encaminarte hacia la calle, donde se encuentra

Rafe, apoyado contra la pared. Está estudiando a un tipo que se encuentra a unos metros en la misma cuadra. Está sentado en la escalera de la entrada de un edificio, el teléfono celular al oído.

—¿Está todo bien?

—Se supone que sí —el portero terminó su recreo y regresó al interior—. Vamos.

El hombre se llevó la lata de Sprite pero la goma de mascar atascó la cerradura impidiendo que se cerrara por un pelo. La puerta se abre con facilidad. Adentro, hay un pasillo largo de concreto que conduce a una sala de contenedores de basura. Hacia la derecha, hay otro corredor con un elevador de servicio. Al oprimir el botón, te acercas a la pared para asegurarte que, si alguien sale, no te vea. El elevador se abre; está vacío.

Cuando entras, notas la tela acolchada que cubre las paredes. Es para entregas y repartidores, el doble de grande que uno normal. No hay cámara de seguridad, al menos, no a la vista. Rafe aprieta el botón del *penthouse*. Hay uno solo.

Al pasar el primer piso, luego el segundo, sientes que el pánico crece adentro de tu pecho.

—¿Y si llegamos y hay un cazador esperándonos...?

—No saben que venimos. Es imposible.

Se enciende el botón del quinto piso. Tomas la mano de Rafe; solo falta un nivel más. Cuando la puerta se abre, se encuentran con un hall que termina en una puerta doble. En la pared, hay un gran cuadro abstracto con grandes bloques de color: azul, negro y blanco.

A través de las puertas, se alcanza a oír el sonido amortiguado de un televisor. Rafe saca el arma de la parte de atrás del cinturón y abre la marcha. Te hace señas de que rompas la cerradura de la puerta. Tomas el cuchillo del cinturón e introduces la hoja en el espacio entre los dos cerrojos. Cuando encuentras el lugar correcto, empujas con fuerza y el dispositivo cede.

Detrás de las puertas, aparece un loft enorme. En la planta baja hay una cocina, una sala y un comedor. En el centro del piso de cemento alisado, hay un sofá. Una escalera conduce hacia otro piso. Hacia un costado, hay un largo corredor con tres puertas.

Te toma un segundo procesar la presencia de una chica de unos trece años, sentada en el sillón moderno y elegante que se halla en el medio de la sala. Una música estrepitosa brota de la televisión, donde se ve a una mujer con un peinado alto y con ondas, y pómulos marcados, y otra con un vestido *halter* de lentejuelas. Los títulos de apertura anuncian un programa llamado *Las amas de casa de Orange County*.

Al principio, la niña no nota su presencia.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntas, el cuchillo aún en la mano.

La chica se da vuelta sorprendida.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? —exclama. Su pelo largo y castaño



oscuro está sujeto en una cola suelta, los pantalones de gimnasia de tela de felpa dejan a la vista los huesos de la cadera. Se estira y agarra el iPhone.

Saltas por encima del sofá y le quitas el teléfono.

—¿Hay alguien más en la casa? —repites.

—Estoy sola, lo juro —tiene el aspecto de una niña, los ojos grises enormes y vidriosos—. Por favor, no me hagan daño.

—¿Dónde están tus padres?

—Visitando a un amigo.

—Quédate aquí.

Apagas el teléfono y lo guardas en el bolsillo trasero al tiempo que Rafe emerge de una habitación que da al corredor, el arma a un costado.

—Nada. Solo dormitorios, baños y un escritorio.

—Vigílala —dices—. Ya vengo.

El piso de arriba está a oscuras. Una sala de estar, cuatro habitaciones y dos baños. La suite principal tiene una pared de vidrio por la cual se ve el río. Te diriges al escritorio y registras las gavetas, que en su mayoría están vacías. La primera tiene artículos de librería. Un bloc de papel grueso color crema tiene grabado en relieve el nombre Helene. Hay un cuaderno, algunos bolígrafos, una pila de tarjetas viejas de cumpleaños. Todas están firmadas: *Eres todo para mí. Con amor, Theo.*

Vas al armario y tanteas los estantes superiores en busca de un compartimento como contraste en la casa de Goss. Pero no hay nada. Corres las perchas con ropa y buscas algún lugar donde alguien podría esconder objetos de valor. Nada. Solo hay una foto en un marco: una mujer alzando en el aire a una niñita, pero ni rastros de Cross.

Registras el resto de las habitaciones, miras en los estantes, en las gavetas. Cuando bajas, la chica continúa sentada en el sofá. Está observando a Rafe, que revisa cada uno de los armarios de la cocina.

—Tu nombre —dices—. ¿Cómo se llaman tus padres?

—Alana Cross. Mi mamá se llama Helene Cross y mi papá Theodore Cross.

—¿Tu padre tiene armas? —pregunta Rafe.

—¿Qué?

—Armas —y levanta la que tiene en la mano.

—No... por supuesto que no —la chica cruza las manos sobre la falda—. Si es dinero lo que quieren, pueden llamarlos. Les darán lo que pidan.

—No queremos dinero —repones—. Buscamos a alguien.

—¿Qué hace tu padre? —pregunta Rafe.

La chica menciona algo referido a un fondo de inversión y Rafe actúa como si los dos supieran de qué rayos está hablando. Te acercas a los estantes de la pared de la sala. Aprietas el lomo de los libros esperando que algo se abra. Son todos de verdad: novelas, guías financieras, gruesos libros de fotografía con imágenes en blanco y negro en la portada. Te mueves tan deprisa que no prestas atención a la caja de vidrio

apoyada en un estante.

—No toques eso —advierte la chica.

Hay una pelota de béisbol adentro de una caja de doce por doce, apoyada sobre una base dorada. En el frente, tiene un nombre escrito con marcador negro.

—¿Qué es?

—Es de mi papá —responde—. Está firmada por su jugador de béisbol preferido. Por favor, es... como el objeto más importante del mundo para él.

Te inclinas hacia adelante y observas con atención lo que está escrito en el costado. —¿Quién es su jugador de béisbol preferido?

—Un tipo llamado Cal Ripken. Algo así.

Rafe te mira y ambos sonríen.

—¿Cal?

—Sí —responde la chica—. ¿Por qué?

Levantas la tapa de vidrio. Cuando empujas la pelota, no se mueve de la base. De hecho, no se mueve en absoluto. Jalas de ella y la empujas hacia abajo. Mientras la chica te observa, emite un horrible gemido.

Luego la giras.

Solo una vez, ligeramente hacia la derecha.

Detrás de ti, la pared del comedor se desliza hacia atrás dejando a la vista una entrada secreta.

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—SUPONGO QUE AHORA ya sabemos por qué no quería que la tocaras —el arma adelante, Rafe abre la puerta. Tantea la pared del interior y enciende una luz. En la pared de enfrente hay un exhibidor con rifles.

T raes contigo a la chica y te paras en la angosta entrada. La habitación no tiene más de tres metros por dos. La pared de la izquierda está cubierta de cabezas de animales: un león, un alce con cuernos largos y retorcidos, y dos pájaros embalsamados; las plumas iridiscentes emiten destellos bajo la luz tenue. En el rincón, hay un sillón de cuero y, a su lado, una mesa con lo que parece ser un colmillo de elefante. Tus ojos se dirigen hacia la pared de la derecha.

Hay más de treinta medallas de oro. Son las mismas de la ceremonia de la noche anterior. Cada una tiene la silueta de un animal. Al acercarte, ves que tienen debajo una combinación de ocho caracteres entre números y letras, del mismo largo que tu tatuaje. Dos imágenes parecen ser ciervos, otras dos son aves exóticas, hay serpientes de varios tipos y una especie de caimán.

—¿Esos qué son? —pregunta la chica.

—Cada uno es una persona —respondes mientras le muestras tu tatuaje—. Una persona que tu padre mató.

Rafe examina la pared y se detiene frente a la imagen de otra ave, que se parece a un halcón. Respira larga y penosamente.

—Ese fue uno de los chicos de la isla, un chico llamado E. Tal vez parezca una estupidez, pero pensé que había logrado sobrevivir.

Ante la mención de la isla, la chica no hace ningún comentario. Está estudiando las armas que se encuentran detrás del exhibidor de vidrio. Levanta el largo colmillo. —Yo ni siquiera sabía que tuviera un arma... ni siquiera sabía que cazaba.

Abres la primera gaveta del escritorio. En el interior, hay un libro grueso con cubiertas de cuero. Hojeas las primeras páginas.

—Es un libro de contabilidad —señalas y le muestras a Rafe las hojas rayadas. De un lado, hay una lista de números romanos. Junto a cada uno, hay nombres completos y direcciones. Debajo de la lista, los nombres de diferentes animales. —En esa ceremonia, en la casa. él se refirió a cada uno de ellos con un número. No se mencionó el nombre de nadie.

—Pero acá están todos identificados —dice Rafe mientras continúa hojeando el libro y observa las fechas que están junto a cada uno—. Aquí es cuando se juntaron.

Fue en 1998 —señala el primer número del libro, designado con un I en números romanos. A continuación, figura el nombre Theodore Cross.

Colocas el libro debajo del brazo y lo sostienes firmemente con la mano. La gaveta siguiente tiene varias túnicas doradas dobladas, las mismas que repartieron en la ceremonia la noche anterior.

—¿Cuándo regresarán?

La chica mira fijamente el libro que tienes en la mano.

—No lo sé. Se fueron hace una hora y media.

Rafe te mira.

—Entonces lo esperamos aquí.

—¿Y después qué? ¿Lo enfrentamos? ¿Y cómo saldrá eso?

Rafe todavía tiene el arma en la mano. Señala la pared con los rifles.

—Lo sorprendemos.

Entiendes lo que está tratando de decir. Que podrían terminar con todo esa misma noche. Te vuelves hacia la chica. Se ve más pequeña al lado de Rafe, los brazos delgados cruzados sobre el pecho. Su respiración lenta y temblorosa inunda el pequeño recinto. Tiene los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué le pasará a ella si se quedan, si esperan que él regrese? ¿Qué está sugiriendo Rafe? ¿Matarlo delante de su hija?

—No podemos hacerlo —afirmas—. No.

—Estamos acá, en su casa. ¿Te das cuenta de la suerte que tenemos? Es probable que no volvamos a tener otra oportunidad como esta —Rafe guarda el arma en la parte de atrás del cinturón.

—La llamaré a Celia. Ella podría estar acá por la mañana.

—¿Y crees que para entonces él seguirá estando aquí? Cuando vuelva a su casa, su dulce hijita le contará acerca de nuestro intempestivo asalto a su hogar... y *saldrá huyendo*. No se va a quedar esperando a que la policía venga a arrestarlo.

—Entonces la llevamos a ella con nosotros. Por ahora, hasta que lo detengan.

—Por favor —suplica la niña mientras las lágrimas se deslizan por sus mejillas—. Déjenme quedarme acá. No me necesitan.

Pero es la única forma de garantizar que Cross no escapará. Rafe parece darse cuenta de eso. La toma del brazo y sale con ella de la habitación. Apagas la luz y te aseguras de que, salvo por el libro de contabilidad, todo esté exactamente en su lugar. Al girar la pelota de béisbol hacia la izquierda, la puerta se desliza hasta cerrarse. El apartamento está tan immaculado como cuando entraron. ¿Cuánto tiempo le tomará darse cuenta de que alguien estuvo allí? ¿Que su hija no salió un rato, sino que alguien se la llevó?

—No te haremos daño —cuando Rafe lo dice, hay un tinte de suavidad en su voz. Aun cuando la chica intenta soltarse, no lucha, solo la sujeta mejor mientras la hace cruzar la puerta con él. Tú te ubicas del otro lado. Crees que es verdad lo que Rafe dijo en la isla.

*Nosotros no somos como ellos. No somos asesinos.*

—Solo será por poco tiempo —aseguras—. Mañana, todo el mundo sabrá quién es tu padre.

# CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

RAFE CONTINÚA SOSTENIENDO el arma debajo de la ropa cuando se detienen en la Calle 44. La chica, Alana, está sentada junto a él mirando por la ventanilla. Tiene las mejillas rojas y húmedas. Durante todo el viaje, se retorció las manos, las apretaba y se pellizcaba la piel alrededor de los dedos hasta que sangró.

Le pagas al taxista mientras ellos se bajan y caminan hasta las puertas del depósito. Llevas el libro apretado contra el pecho, sabiendo que es exactamente lo que Celia necesita: una prueba clave para el caso.

Cuando llegan al sótano, hay unas velas encendidas. Salto se encuentra de pie, apretando el brazo contra el pecho, el pelo oscuro a los lados de la cara. Devon y Ben están allí, pero la camisa de Devon tiene una mancha de sangre en la manga. —¿Qué demonios pasó? —pregunta Rafe—. ¿Dónde está Aggy?

Devon se frota las manos detrás de la cabeza. Tiene la mirada perdida, los ojos inundados de emoción.

—No los vi. No me di cuenta de que nos estaban siguiendo hasta que ya estaban encima.

—¿Lo mataron? —inquieres.

—Habíamos salido a buscar comida para todos. Salto quería agua. Yo iba adelante y Aggy atrás, vigilando que no pasara nada. Nos arrinconaron en un callejón junto al Puente de Manhattan. Comenzamos a trepar la verja, pero él quedó atascado arriba en el alambre. Ahí fue cuando le dispararon.

Ben y Devon notan la presencia de Alana a tus espaldas.

—¿Quién es? —pregunta Ben—. ¿Por qué está aquí?

—El apartamento —explicas—. Cross no estaba allí. De modo que trajimos a su hija... hasta que podamos atraparlo.

Salto agita la cabeza frenéticamente.

—¿Están locos? ¿Qué rayos haremos con ella?

Levantas el libro de contabilidad.

—Tenemos todo lo que necesitamos: todos los nombres de los cazadores, a quiénes mataron, cuándo comenzó a funcionar la sociedad. Está todo aquí. Ahora iremos a la policía. Él no se escapará si tenemos a su hija. No la dejará con nosotros.

—Ahora nos buscarán más que nunca —Devon camina de un lado a otro por el sótano estrecho—. Hemos permanecido mucho tiempo en esta base. Tenemos que marcharnos.

Agarras la mochila gris y gastada que está junto a la pared y se la arrojas a Devon. —Entonces vámonos. Hay un parque en la Autopista del Oeste, el que tiene la cancha de béisbol. Podemos quedarnos allí hasta que decidamos qué hacer.

—¿Estás de acuerdo? —Devon voltea hacia Rafe.

—No es mi decisión... —responde.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —pregunta Ben.

La chica se sienta contra la pared, con la cara entre las manos. Alcanzas a escuchar sus sollozos densos y ahogados. Le dijeron que no le harán daño y es la verdad. No la lastimarán ni permitirán que nadie más lo haga. Solo tienen que pasar la noche. —Deberíamos partir —tomas la mochila y arrojas encima una de las mantas viejas. Le ofreces la mano a la chica, pero le toma un minuto levantarse y secarse las mejillas.

—Llamaré a Celia por el camino.

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

LAS FOTOGRAFÍAS ESTÁN desplegadas sobre la mesa. Celia se encuentra frente a D'Angelo mientras las examina. Junto a ellas, hay un intercomunicador con forma de vaina. Cada tanto, escuchan a Fitzpatrick que toma café al otro lado de la línea. Celia no lo conoce personalmente, pero se lo imagina un poco mayor que ella, muy pelirrojo y con la típica piel irlandesa llena de pecas.

Es la primera vez que ve las fotos de Connor. Fitzpatrick se las envió desde Nueva York. Hay un primer plano del tatuaje, una imagen de una serpiente enroscada con el código JSU02649 debajo.

—El cazador que hizo esto —dice Celia señalando la foto con la herida de bala—, conocía el ángulo exacto. La bala ingresó por el cuello y llegó al cerebro... Murió al instante. Fue muy preciso.

—¿Ahora los llamamos cazadores? —pregunta la voz de Fitzpatrick por el intercomunicador.

D'Angelo menea la cabeza. Tiene pelo corto, negro y ondeado, que sujeta hacia atrás con invisibles, y ojos del color de los granos de café expreso.

—¿Qué más necesitas para convencerte? —inquire—. Encontré una chica en Seattle con la garganta cortada con un cuchillo de cazador. y el mismo tatuaje. ¿Cuándo te pondrás de nuestro lado?

—No hay lados —contesta Fitzpatrick—. Lo que digo es: ¿una banda de personas que cazan humanos? Suena como alguna de esas películas tontas de ciencia ficción con Tom Cruise, ¿no creen?

—No es así cuando tienes blancos (chicos) dispuestos a declarar acerca de lo ocurrido —afirma D'Angelo—. Estamos cerca. Tenemos pruebas, testigos.

A Celia no le interesa convencer a Fitzpatrick. Ahora que tienen las fotografías, el caso está avanzando. Sujeta la otra foto de la chica encontrada debajo del puente en Seattle, todavía sin identificar, con heridas en la mano derecha al tratar de defenderse. Le hicieron un tajo en el tatuaje, pero sigue ahí. Igual a los otros.

—Sin embargo, no tenemos ni un solo nombre. ¿Quién es esta gente? Mencionaste un médico desaparecido y un sujeto que murió en prisión. Nadie va a creer que organizaron una cacería nacional que comienza en una isla tropical —la voz de Fitzpatrick llena la habitación—. Consíganme un.

—Espera un momento, Ed —dice Celia cuando su teléfono celular empieza a sonar. Número bloqueado. Podría ser ella.



Celia oprime algunos botones y la agrega a la línea.

—¿Lena?

—Sí, soy yo.

—Estás en altavoz. Estoy aquí con una colega de Seattle, la agente D'Angelo. También tenemos en la línea a Fitzpatrick, un agente de Nueva York. Él estuvo en la escena del crimen después de que hallaron el cuerpo de Connor.

—Lo encontramos... encontramos a Cal —dice Lena—. Su nombre verdadero es Theodore Cross.

Celia contiene el aliento.

—¿Dónde?

—Tengo su dirección. ¿Estás lista?

—Lo estoy.

—Theodore Cross, Vestry 98, Nueva York. Encontramos un libro de contabilidad en su apartamento. Tiene todos los nombres y las direcciones de los cazadores. A quiénes mataron. Todo.

—¿Estuviste en su apartamento? —Celia trata de no sonar enojada, pero es difícil. Por más desesperada que esté Lena, se suponía que debía esperar que ella le diera la información y no al revés. ¿Cómo podrían utilizar pruebas que consiguió entrando por la fuerza en la casa de alguien?

—No hagas nada más —dice D'Angelo—. Tenemos que ver qué podemos encontrar sobre él. Algo que no te involucre a ti ya lo que le robaste de su apartamento. Eso le quita credibilidad al caso.

—Les leeré los nombres. Síguenlos, adonde sea. están matando blancos en este mismo momento en todas las ciudades. En Nueva York.

Celia da vuelta una de las fotos cuando Lena comienza a recitar los nombres. Los escribe lo más rápido que puede, a veces vuelve a comprobar si las direcciones y los nombres están bien escritos. Le toma casi diez minutos anotarlos a todos.

—Danos unos días —dice Celia al terminar.

—No tenemos ese tiempo.

—Lo sé.

—Hay algo más: tenemos a su hija. Estaba en el apartamento cuando entramos y la trajimos con nosotros.

En el otro extremo de la línea, Fitzpatrick estalla.

—¿La secuestraron? ¿En qué rayos estaban pensando?

—No queríamos que él escapara —responde Lena.

Celia se pasa la mano por la cara.

—Les están dando motivos para rechazar el caso. Los arrestarán y ambas sabemos que EAA tiene contactos dentro de la policía.

D'Angelo comienza a caminar de un lado a otro de la sala de conferencias. Se desabrocha el primer botón de la camisa para que le entre aire.

—Rafe no quería esperar —explica Lena.

¿Quién diablos es Rafe? Celia trata de mantenerse calmada.

—No hagan nada. Voy a ir a Nueva York. Fitzpatrick y yo haremos los arreglos necesarios para que la devuelvan a su familia, tal vez podríamos concertar un encuentro al cual él deba presentarse. Danos veinticuatro horas para ver si podemos encontrar a alguno de estos cazadores, conseguir algo concreto. Solo tenemos que atraparlos haciendo algo ilegal. Podemos arrestarlos y ver si entregan a Cross.

—De acuerdo, veinticuatro horas —concede Lena.

—Puedo estar allí mañana por la tarde. Ojalá que, para entonces, haya encontrado algo y pueda arrestarlo ahí mismo.

—Ojalá.

—No le hagan nada a la chica.

—Por supuesto.

—¿Ahora tienes un teléfono? Te enviaré el plan mañana por mensaje de texto. Prométeme que esperarás mi llamada.

—Prometido.

Celia anota el número mientras alcanza a oír el sonido de una sirena en la calle donde se encuentra Lena.

—Mañana —repite—. No le hagan daño.

—Ya basta. Por supuesto que no le haremos daño —y corta.

D'Angelo continúa caminando de un lado a otro de la habitación.

—Esto no es un buen augurio para nosotros —comenta—. Pensé que habías dicho que la tenías controlada. Que iba a esperar tus instrucciones.

—Esto no es bueno, Álvarez —dice Fitzpatrick—. ¿Me estás pidiendo que ponga a mi gente a seguir a veinte personas diferentes? ¿Y por quién? ¿Por esta chica? ¿Cuando ella tiene secuestrada a la hija de otra persona?

Celia siente que su pecho se pone tenso. Al menos, debería fingir estar enojada, pero no puede. Levanta la vista y su mirada se encuentra con la de D'Angelo.

—Todos la persiguen. Todos la quieren muerta... no tiene mucho tiempo. Está desesperada.

—No me cabe la menor duda —exclama Fitzpatrick.

Celia se levanta y se acomoda el uniforme.

—¿Pondrás a algunos de tus agentes?

Fitzpatrick respira fatigosamente.

—Sí. Por lo menos ahora tenemos nombres. Investigaré.

—Fantástico —dice Celia—. Tomaremos el próximo vuelo.

Fitzpatrick comenta algo acerca de la logística, se queja durante dos minutos más y luego corta. D'Angelo ya recogió las fotografías y las colocó en la carpeta. Sus labios se aprietan en una línea finita: no es una sonrisa, pero se le parece.

—Supongo que esto es todo —señala—. Nos vamos a Nueva York.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

MIENTRAS MARCAS EL número, te tiemblan las manos.

Sabes que los teléfonos descartables no pueden rastrearse, pero, aun así, no dejas de vigilar el parque que te rodea. Son alrededor de las ocho de la mañana y la zona está atestada de personas que van al trabajo. Te parece que cualquier desconocido — un hombre de traje, cualquier persona con sombrero o gafas de sol— podría estar observándote.

El teléfono suena dos veces antes de que atienda. Alana te dio este número de celular, así que sabes que es él aunque no dice nada. Puedes escuchar su respiración. Está esperando que hables primero.

—Theodore Cross —dices.

—Sí.

—Tenemos a su hija.

—Lo sé, Lena.

Tu nombre, pronunciado por él. Te asalta una sensación de náusea y desasosiego. Te toma unos segundos responder.

—El encuentro es hoy en el City Hall Park. Cuando venga, la liberamos. La policía quiere hablar con usted.

—Puede hacerlo.

—A las diez.

—¿Estarás ahí? —pregunta—. ¿Sabes algo? Cuando te vi en la isla por primera vez, no me causaste una buena impresión. Había estado cazando allí desde el principio. Me volví un experto en evaluar quién aguantará y por cuánto tiempo. Nadie apostaría en mi contra.

Está tratando de enfurecerte, pero no se lo permitirás. Permaneces en silencio. — Nunca habría apostado por ti, por Blackbird. Nos perseguiste y eso lo respeto. Es solo que... nunca habría pensado que podrías sobrevivir ni unos pocos días. ¡Y mira dónde estás ahora!

—Estaba equivocado.

—Me contaron que lograste que el chico Paxton cambiara de bando; que te infiltraste en la ceremonia; que eres la responsable de ingresar al hospital y llegar hasta Reynolds.

—¿Qué le pasó a él?

—Está muerto —responde con tono frío y sin emoción—. Era un hombre

perturbado. Estaba muy presionado por el trabajo, la familia. Encontraron su cuerpo debajo del Puente George Washington. Debe haber saltado...

Aprietas la mandíbula con determinación.

—Usted se presenta hoy y no lastimaremos a su hija. Lo estará esperando al sur del parque, junto a la fuente. Tiene que responder por lo que ha hecho.

—Es mi hija. Ahí estaré. Pero no habrá respuestas, sino más preguntas.

Luego corta la comunicación. Te vuelves hacia las canchas de béisbol, donde alcanzas a divisar a Rafe y a Devon detrás de las casetas. Tienen a la chica escondida en un baño público que clausuraste con un letrero que dice fuera de servicio. Mientras caminas hacia ellos, te levantas la capucha para ocultar el rostro y te sientes más inquieta que antes.

Dos horas después, te encontraste con Celia y te dirigiste hacia el lugar de reunión, al sur de la isla. Te ubicaste en el techo de un edificio de apartamentos cercano para observar el intercambio. El edificio solo tiene tres plantas. Desde la esquina que mira al este, tienes una buena visión de la chica sentada en un banco cerca de la fuente. Celia está junto a ella. Puedes ver la parte de arriba de su gorra azul, el estridente color rosa del suéter de Alana contra los árboles.

Rafe se arrodilla en el borde del techo y mira hacia el parque.

—No va a venir y llevársela así nomás. Tampoco se va a quedar a conversar con la policía. tiene que haber planeado algo.

—¿Pero qué? ¿Qué hará? —echas una mirada a los tres automóviles estacionados junto a la acera. La gente de Celia está rodeando el perímetro del parque y esperando a Cross. Aun cuando tuviera otro plan, no podría llevarlo a cabo. Al menos, no en público y rodeado de policías.

Desde el techo, no puedes ver a Devon, que se coló en un edificio de oficinas al otro lado de la calle. Está vigilando desde uno de los últimos pisos, en la otra punta del parque, para avisarte si el auto de Cross se aproxima desde otro lado. Ben condujo a Salto a una obra en construcción cerca del Puente de Brooklyn para instalar el campamento. Le diste un abrazo de despedida y le prometiste que lo verías pronto. Habías esperado que los pusieran bajo custodia policial, pero Celia te advirtió que no sería una buena idea: después de lo que le ocurrió a Goss, quedó claro que EAA tiene gente adentro de la policía. Dijo que no estarían seguros en la estación de policía hasta que pudieran detener a Cross bajo cargos firmes.

Un elegante automóvil negro se detiene a diez metros de la fuente. Tiene las luces intermitentes encendidas.

—Llegó el momento.

Se abre la puerta trasera y baja un hombre de pelo rubio casi blanco. Lleva un abrigo color tostado y pantalones azules. Camina directamente hacia Alana y Celia. Solo puedes verlo de atrás mientras le pasa unos papeles a Celia y espera.

Una mujer sale del auto negro. Cabello rígido y castaño oscuro, cárdigan violeta.

Celia no sigue a Alana, que corre hacia su madre, solo dice algo y hace un gesto con la cabeza hacia los autos. Otros tres agentes están saliendo de los vehículos. Se acercan y el hombre de pelo rubio se da vuelta.

Alcanzas a verlo de perfil. Nariz larga y angosta; ojos oscuros. Una mano delgada que estira hacia uno de los policías y la estrecha a modo de saludo.

—Alana no lo saludó —comentas—. ¿Lo notaste?

La mujer atrae a Alana en un abrazo. Ella le aparta el pelo suavemente de las mejillas y le da un beso en la cabeza. Mientras la madre y la hija ingresan en el auto, la mujer agita la mano hacia el hombre que está junto a la fuente.

—¿Qué piensas? —Rafe observa a Celia. Los tres oficiales la rodean; el hombre de pelo rubio habla y gesticula con las manos. El auto se aleja.

—Creo que no lo conoce —reflexionas—. Más allá de lo que pudiera pensar acerca de esa habitación o de lo que hizo... tendría que sentir un gran alivio al ver a su padre. ¿No debería abrazarlo o algo así? ¿No es extraño que no lo haya hecho?

—A menos que no sea él.

—Exacto.

Tomas el teléfono del bolsillo y lo abres. Tienes que avisarle a Celia.

Mientras marcas el número, oyes el ruido de la puerta a tus espaldas. La botella de cerveza vacía que utilizaste para mantenerla abierta se cae y golpea contra el metal. Levantas la vista esperando ver a Devon o a Ben.

Hay tres hombres en el techo. Dos llevan gafas de sol, el tercero una gorra, la visera hacia abajo para cubrir los ojos. Rafe lleva la mano hacia el arma pero ellos ya les están apuntando. Se separan y los rodean.

—No lo intentes —advierte uno.

Dan unos pasos más hacia ustedes. Sabes que puedes desarmar al que va adelante, pero los otros dos se quedaron más atrás. Aunque Rafe lograra disparar algunos tiros, la posibilidad de que ellos maten a uno de ustedes es muy alta. Volteas la cabeza ligeramente hacia la izquierda para examinar la entrada del apartamento de abajo. Adelante, tiene una marquesina de metal, larga y chata, que sobresale sobre las puertas del frente. Podrías saltar. No parece improbable que lo logres.

Rafe ve la ruta de escape al mismo tiempo que tú. Echa una mirada por encima de los edificios esperando que saltes primero, pero no lo haces. No puedes dejarlo ahí. Si logra llegar a la marquesina, tú saltarás unos segundos después. Si quisieran matarte, ya lo habrían hecho.

Cuando hablas, te concentras en el hombre que tienes adelante y observas tu reflejo en los cristales de sus gafas de sol. Pero las palabras van dirigidas a Rafe. —Ahora.

Rafe aferra el borde del techo y gira, preparándose para revollear las piernas por encima y saltar hacia la marquesina. Pero antes de que consiga lanzarse hacia abajo, un hombre corre hacia él, lo sujeta de la ropa y otro lo empuja hacia el suelo. Cae con fuerza y golpea la cabeza contra el techo.

Te arrojas hacia él pero interviene el primer hombre y te apoya el arma en el cuello. No tienes tiempo de alcanzar el cuchillo que llevas en el cinturón. Te sujeta las muñecas y las ata con gruesas correas de plástico.

Rafe está tumbado sobre el estómago, la mejilla apretada contra el suelo. Uno de los hombres se arrodilla sobre su espalda para atarle las manos. Trata de mirarte pero le calzan una bolsa de tela por encima de la cabeza. Un momento después, otra bolsa se desliza sobre tu rostro.

Todo es oscuridad.

# CAPÍTULO CUARENTA

LA CAMIONETA SE desliza sobre suelo irregular y se oye el chirrido de la grava debajo del suelo. Al salir de la ciudad, probaste varias veces abrir las puertas pero están cerradas desde afuera. Tampoco hay ventanillas ni ninguna forma obvia de golpear las luces traseras. Tus manos registraron cada milímetro del interior del vehículo, tanteaste detrás de ti, pero no encontraste nada con qué cortar las ataduras. Te quitaron la mochila, el cuchillo, todo lo que llevabas encima.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos aquí dentro? —preguntas. Anduvieron por la autopista durante horas. Lo notaste por la forma en que la camioneta aceleraba y porque el andar se volvió más ligero. Recién durante la última hora se desviaron hacia un terreno diferente. Tumbada detrás del asiento trasero, puedes oír la radio del otro lado del tabique. Están pasando música country. Algo de tono grave y triste. Rafe yace a tu lado, la barbilla apoyada junto a tu hombro. Apenas puede hablar debajo de la capucha de tela.

—Yo diría que unas ocho horas. Nos están llevando a algún lugar.

—Lo sé —dices—. ¿Pero dónde?

—Ni idea. Cuando abran la puerta, tenemos que estar preparados.

Rafe se mueve lentamente hacia ti y su cuerpo queda abrazando al tuyo. Tu brazo derecho está entumecido porque estuviste apoyada sobre él durante mucho tiempo. Te acomodas y giras hacia el otro lado, tratando de aliviar el peso. Es difícil respirar con la tela de la capucha tan cerca de la boca. La ataron tan firmemente alrededor de tu cuello que puedes sentir el cordel raspándote la piel. Mientras estás acostada, te asalta la sensación excitante y vertiginosa de la llegada de un recuerdo. No le dices nada a Rafe. Cierras los ojos y dejas que te invada. —*Levántate* —grita. *Está delante de ti. Él y todos los demás.*

—*Blackbird, levántate.*

*Estás boca arriba, las manos incrustadas en la tierra que se encuentra detrás de ti. Te apoyas sobre los codos e intentas afirmar las piernas debajo de tu cuerpo. Eres consciente de que tu cuello, tu estómago —las partes más vulnerables de tu cuerpo— están a la vista.*

*Luego, uno de los hombres te levanta de un tirón. Tienes las manos entumecidas por las ataduras. Alguien las desata y corta la cuerda que tienes alrededor del cuello. Finalmente, cuando te quitas la capucha, puedes respirar. Alzas la vista. Hay diez personas, tal vez más. Un hombre mayor de barba blanca. Dos mujeres de unos*

treinta y tantos años, las mejillas manchadas de lodo, el cabello atado hacia atrás. Todos visten ropa de camuflaje en verdes y marrones oscuros.

Los chicos que están contigo se hallan en una fila. Veinte hacia cada lado. Están todos vestidos de blanco. Camisetas, pantalones, calcetines, zapatos, todo blanco. El muchacho que se encuentra junto a ti se quita la capucha.

*Es Rafe. Es él.*

—La camiseta —dice mientras se quita la suya—. Apresúrate.

Te quitas la tuya y queda a la vista el sostén blanco deportivo que llevas debajo. Algunos de los chicos se quedan de pie sin hacer nada. Están paralizados. No se mueven mientras te bajas los pantalones finitos, y los pasas por encima de los zapatos.

Los hombres y las mujeres los observan. Otra chica, al otro extremo de la fila, también se quita la ropa sabiendo que así será más difícil de rastrear. En el bosque, el color blanco brillante resalta. Rafe se arrodilla, hunde las manos en el lodo y se lo pasa por la cara y por el pecho. También cubre los boxers blancos de algodón.

Lo imitas. Desparramas el lodo por la cara y por el pecho, y también por los shorts blancos. Luego giras y sales corriendo hacia el bosque.

Rafe va en otra dirección, baja un empinado terraplén y corre a través de los árboles. Cuando parte el último chico, los hombres y mujeres comienzan a perseguirlos. De pronto, te asalta el miedo.

Te mueves a toda velocidad por el bosque, por encima de las raíces y de los árboles caídos. Cada vez que escuchas pasos a tus espaldas, cambias de dirección. No corres hacia ningún lugar en especial; simplemente huyes.

*No pasan más de diez minutos cuando escuchas el primer disparo.*

—¿Qué pasa? —pregunta Rafe.

—Un recuerdo. De los peores.

—De la isla.

—Tú fuiste quien me dijo que me quitara la ropa. Yo estaba paralizada.

—La mayoría de los blancos lo estaba. Nadie sabía lo que ocurría.

La camioneta aminora la marcha. Las ramas rozan los flancos del vehículo y se escucha el suave golpeteo de las hojas y de los arbustos. Te incorporas y te reclinas contra el asiento trasero: te resulta difícil mantenerte erguida. La camioneta se lanza hacia la izquierda al tomar una curva. Cuando se clava de frente en una zanja, te vas hacia adelante y luego golpeas hacia atrás contra el tabique divisor. Tratas de tener presente la ubicación de las puertas y no perder la orientación.

—Cuando salgamos, echamos a correr —susurras.

—Tú ve adelante —agrega Rafe en algún lugar por arriba de ti, pues logró levantarse. Te arrodillas y luego te apoyas en el costado de la camioneta para ponerte de pie y tratas de mantenerte junto a Rafe. Todavía tienes las manos entumecidas.

Cuando la camioneta finalmente se detiene, ellos no dicen nada. Crees que ahora son dos y no tres, pero es imposible estar segura. El motor está apagado y la radio en



silencio.

Rafe y tú se acercan a las puertas y se agazapan junto a ellas. Se escuchan pisadas en el exterior. Uno de los hombres se aproxima por el lado izquierdo. Suena el tintineo de las llaves. Aprietas el hombro contra la puerta esperando poder sorprenderlo cuando la abra y derribarlo.

La puerta se abre. Afuera, reina la oscuridad... no puedes ver nada más allá de la fina tela de la capucha. Te tomas dos segundos para escuchar la respiración de tu captor. Se encuentra a solo treinta centímetros a tu izquierda. Saltas y te arrojas sobre él.

Tu hombro choca contra su pecho y él retrocede a los tumbos. Escuchas que le cuesta respirar. Cuando golpeas contra el suelo, ruedas intentando levantarte. Antes de lograrlo, oyes que el otro hombre baja del asiento delantero y sus pisadas se acercan a ti.

—Por Dios —exclama—. Quédate quieta y te dejaremos ir.

El otro está gritando:

—Al suelo, quédate quieto.

Rafe debió haber echado a correr.

Uno de ellos te desata la cuerda del cuello y te arranca la capucha. Parpadeas al poder ver por primera vez en muchas horas. La única luz que ilumina el bosque son los faros traseros de la camioneta. Los árboles tienen un extraño resplandor rojizo. Lo único que ves es la oscuridad que hay entre unos y otros.

El sujeto que derribaste ya se puso de pie. Regresa a la camioneta y se sienta sin decir una palabra. El hombre que se encuentra a tus espaldas corta la atadura de tus muñecas y quedas libre, la sangre vuelve a correr por tus manos. Cuando te das vueltas, ya está corriendo hacia la camioneta. Se sube, cierra la puerta con fuerza y salen disparando por el camino de tierra.

El vehículo no tiene placa. Le quitaron el logo de la parte de atrás. no hay forma de reconocer la marca. La camioneta acelera y se pierde de vista.

—Se fueron —te acercas a Rafe. Tus ojos finalmente se han adaptado a la oscuridad. Tenía la capucha tan apretada que le quedó una marca alrededor del cuello. Se frota la piel.

—¿Dónde estamos?

Hay bosques por todos lados y el cielo está más claro que nunca. Es de un negro azulado profundo, cada estrella un punto perfecto de luz. El aire es mucho más frío que en la ciudad; la luna apenas es visible en el cielo.

—Nos llevaron hacia el norte —afirmas—. Lo más lejos que se puede llegar en ocho horas.

Sigues a Rafe, que sale del camino y se mete entre los árboles, donde están más protegidos. El suelo está tapizado de hojas secas, que crujen bajo tus pies mientras caminas. Sobresalen las ramas de los arbustos espinosos y se te enganchan en los jeans.

—Deberíamos ir hacia el sur —prosigues—. ¿Cuánto faltará para que nos encontremos con una ruta importante? Si mantenemos el rumbo, tarde o temprano nos chocaremos con la civilización. Si conseguimos un teléfono, podré llamar a Celia.

—¿Cuánto tiempo falta para que ellos aparezcan? —dice Rafe—. Eso es lo que yo me pregunto.

Van de un árbol a otro, esperando mantenerse ocultos el tiempo suficiente como para poner cierta distancia entre ustedes y el lugar donde los dejó la camioneta. — Sigue andando. Ya hemos escapado de ellos antes.

Pero no pasan más de unos minutos cuando sientes que alguien los está observando. Tomas del brazo a Rafe para que se detenga.

La silueta se encuentra a unos cien metros hacia tu derecha y no trata de esconderse. En cambio, se para en medio de los árboles bajo la luz de la luna. Parece más grandote debajo de su gruesa chaqueta. Sostiene el arma al costado del cuerpo, apuntando hacia abajo.

—Ya es hora —exclama.

Es la misma voz que escuchaste al otro lado de la línea, la misma voz que condujo el juramento de los cazadores. Cal. Theodore Cross: el hombre que inició todo.

El pánico crece adentro de tu pecho, una sensación tensa y tortuosa alrededor de tu corazón. Apenas puedes respirar.

—¿No habrás creído que esto realmente iba a terminar, verdad? ¿Que me entregaría a la policía solo porque me lo pediste?

Espera una respuesta mientras te ocultas detrás de un árbol, fuera de su vista.

—No tienen ninguna prueba contra mí —continúa—. No pueden probar nada. Deja de mentirte a ti misma y a los demás. Es cruel, ¿sabes? Alimentar la esperanza de tus patéticos amigos.

—Usted es quien se está mintiendo a sí mismo —grita Rafe—. Se le está acabando el tiempo. Ya están enterados de la habitación oculta en su apartamento, de las cacerías.

—Te estás haciendo muchas ilusiones —dice riendo—. Pero si estás en lo cierto, más razón todavía para que me divierta esta noche, para que experimente la emoción de la cacería. Ustedes dos jugarán conmigo, ¿verdad?

Rafe apoya la espalda contra el árbol y te sujeta la mano. Echas una mirada hacia el sur del bosque: maleza tupida, densas arboledas. Es difícil decidir adónde ir. Deberías poder correr más rápido que él, pero es arriesgado. Podría comenzar a disparar entre los árboles.

—Nos enteramos de que es el cazador más experto de todos —mientes—. Que mató a todos sus blancos.

—Hace cuarenta años que me dedico a la cacería.

—Entonces queremos una ventaja. Cinco minutos —dices, tratando de mantener

un tono neutro. Si algo sabes de él, es cómo funciona su mente—. Es el motivo por el cual trasladó las cacerías de la isla a las ciudades, ¿no es cierto? Si es demasiado fácil, no hay diversión.

En medio de la oscuridad del bosque, casi puedes sentir que sonríe.

—Cinco minutos no, dos. Y comienzan ya.

Sales corriendo junto a Rafe. Los brazos te impulsan y la respiración se estabiliza. La adrenalina los invade mientras atraviesan el bosque raudamente. En dos minutos puedes recorrer cuatrocientos metros. En dos más, ochocientos. Tienes el estómago vacío, el cuerpo cansado, pero te esfuerzas por correr más rápido.

Rafe va adelante haciendo de guía: salta por arriba de las piedras y de las raíces de los árboles, esquiva los matorrales espinosos. Mientras la luna atraviesa el cielo, sientes que llevan horas corriendo, pero es probable que solo hayan avanzado unos pocos kilómetros hacia el sur. Al pasar por encima de un árbol caído, tu pie aterriza sobre terreno irregular y el tobillo derecho se tuerce debajo de ti. El dolor dispara por tu pierna.

—¿Qué pasó? —Rafe se detiene cuando te oye caer. Aferras el tobillo y lo masajeas esperando que pase el dolor.

—Me lo torcí.

Rafe te ayuda a levantarte.

—Lena, no podemos detenernos, no podemos...

Empiezas a moverte, pero cada vez que apoyas el pie, vuelve el dolor. Sin embargo, no tienes opción. Debes continuar la marcha, tienes que seguir andando. Él viene por el bosque y está muy cerca.

# CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

EL SOL ES un bálsamo silencioso; el aire, mucho más cálido que la noche anterior. No puedes haber dormido mucho. Sientes el cuerpo pesado, te duelen las piernas por los kilómetros recorridos en la oscuridad. Te duelen todos los músculos pero tu mente está alerta, despierta.

Rafe está a tu lado. Le quitas la capa fina de hojas secas que lo cubre: la manta que se colocaron encima mientras dormían.

—Tenemos que irnos —adviertes—. Ya se nos acabó el tiempo.

Esa mañana fabricaste una lanza: un trozo de piedra puntiaguda atada a una rama rota. La envolviste con una larga tira de tela de los jeans y la ataste con firmeza. El borde es más redondeado de lo que habrías querido pero, con la fuerza suficiente, podría rasgar la piel.

Rafe se incorpora quitándose el sueño de los ojos.

—¿Cómo está tu tobillo?

—Suficientemente bien —respondes, lo cual es mitad cierto. Tomaste una tira de tela de la sudadera y la ataste alrededor del pie para detener la inflamación, pero todavía sientes un dolor punzante.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—¿Hasta que el dolor me resulte insoportable? —preguntas—. No estoy segura. Anoche, no debería haber corrido con el tobillo así.

—No teníamos otra alternativa.

Asientes. Sabes que necesitas un tiempo que no tienes. Por lo menos, tres días de descanso. Hoy puedes caminar otros dieciséis kilómetros, con suerte, pero será lento y extenuante. Y si él los alcanza... no sabes si podrás superarlo en ese estado. —Creo que tenemos que acorralarlo —sugieres—, y esperar. Uno de los dos tiene que hacerlo salir. Yo puedo fingir estar herida. no me resultará difícil. Y cuando esté cerca, lo desarmamos.

—No voy a usarte de carnada —dice Rafe moviendo la cabeza—. Es demasiado peligroso.

Te estiras para levantarte. Apenas depositas todo tu peso sobre el tobillo, sientes una punzada abrupta y aguda. Respiras profundamente para armarte de coraje y soportar el dolor.

Rafe percibe tu expresión de sufrimiento.

—Quizá tengas razón —dice a regañadientes, tu dolor reflejado en su rostro,

mientras se pone de pie para ayudarte—. No podemos correr así.

—Estamos a varios kilómetros al sur de donde comenzamos. Dieciséis, tal vez dieciocho. Él tiene que saber qué dirección tomamos. Debe haber acampado por la noche, de lo contrario ya nos habría pasado.

—Entonces le llevamos ventaja —asiente Rafe—. Ahora solo tenemos que encontrar el lugar.

## CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

—¿ESTÁS SEGURA DE que estás bien aquí?

—Lo mejor que puedo estar —te encuentras en el fondo de un empinado lecho de piedra, con una caída de unos seis metros. Esperarás allí mientras Rafe se oculta en el bosque.

—Creo que no será necesario que finjas demasiado —comenta Rafe—. Seguramente ya nos debe haber rastreado hasta acá. Solo tienes que hacerlo salir.

—No debo exagerar la actuación. Me quedó claro —intentas bromear sin mucho éxito. Te asalta un fuerte y repentino deseo de hacer reír a Rafe, que esboza una media sonrisa cómplice, los labios torcidos hacia el costado.

—Lo acorralamos, le quito el arma y se terminó todo.

—Esperemos.

—Si salimos de acá...

—Querrás decir *cuando; cuando salgamos* de acá.

Ese comentario lo hace sonreír. Acerca las manos a tu rostro y te acaricia los pómulos con los pulgares.

—Lo logramos una vez y volvimos a estar juntos. Podemos hacerlo de nuevo. —Desearía que no tuviéramos que hacerlo.

—Sí, yo también —te atrae hacia él y hundes la cabeza en su pecho mientras respiras el olor a humedad de su ropa. Finalmente, sientes que todo es igual que en tus sueños: fácil, inmediato. No hay vacilación al inclinar la cabeza hacia atrás y dejar que sus labios desciendan sobre los tuyos.

*Está arrodillado a la orilla del mar, lavándose la tierra de la cara. Arrastra las manos por el pelo y se frota arena por la piel para quitar la suciedad.*

—¿Qué miras? —pregunta con una sonrisa.

—Nada.

—Me agrada pensar que soy un poquito más que nada.

—Eres un poquito más que nada... —pero no puedes decirle lo que significa para ti. ¿Y qué significa realmente? No puedes estar enamorada de él; ni siquiera lo conoces. —¿Entonces sí soy algo? —ríe.

—Deja de preguntar.

*Cuando se levanta, el agua corre por su cuerpo. Todavía tiene un poco de arena mojada en el brazo derecho, justo debajo del bíceps.*

—Tú sí que eres algo, Lena —dice—. Eres todo.

*Estira la mano y aparta un mechón de pelo mojado de tu cara. Es la primera vez que te toca. Es la primera vez que alguien te toca desde que te llevaron allí. Cierras los ojos y dejas que deslice los dedos por tu mejilla y te acaricie los labios.*

*Se inclina y apoya su boca sobre la tuya. Tiene las manos entre tu cabello. Te echas hacia atrás en la arena mientras él se extiende a tu lado.*

Cuando te despegas del recuerdo, te sientes mareada, las imágenes todavía son tan vividas que no puedes evitar sonreír.

—¿Qué?

—Todo el tiempo me asaltan nuevos recuerdos.

—No voy a decir que te advertí que eso pasaría.

—Me lo advertiste.

—¿Cuál fue esta vez?

—Uno bueno.

—Mi preferido es el de la mañana con los pájaros. ¿Y a llegaste allí?

—No...

—Te envidio. Al menos tienes algo que esperar con ansias.

Sonríes ante el comentario. Rafe voltea hacia el bosque y señala un árbol que se encuentra a mitad de camino por la ladera.

—Te estaré esperando allí. Él debería seguir las huellas directamente hacia ti. Dejé marcas en el lodo desde un poco menos de cien metros. Debería parecer que tuvimos que cortar camino por los matorrales y bajar por la ladera.

—¿Rompiste algunas ramas mientras caminabas?

Rafe asiente mientras señala hacia atrás por arriba del hombro.

—El rastro termina justo allá. Cuando pase, saltaré y caeré justo detrás de él. Debería sorprenderlo.

Lo besas otra vez y luego se aleja. La lanza en una mano, trepa las rocas empinadas.

Te sientas con la pierna lastimada delante. El improvisado vendaje ha resistido pero el tobillo continúa inflamado. Mantienes el pie dentro del zapato sabiendo que, si te lo quitas, te resultará imposible calzártelo nuevamente.

No puedes ver a Rafe en el árbol. Trepó lo suficientemente alto como para quedar oculto por las hojas. No sabes cuánto tiempo ha pasado, tal vez una o dos horas. Si Cross se dirige hacia el sur siguiendo las huellas, ya debería estar cerca. Prestas atención a los sonidos del bosque.

Después de un rato, oyes los crujidos entre los matorrales, los pasos lentos y constantes de alguien que se acerca. Te arrastras más cerca del peñasco que está junto a ti, sabiendo que no tienes mucho tiempo antes de que esté lo suficientemente cerca como para disparar. Recoges la pierna lastimada. Luego te arrodillas y te preparas para comenzar a trepar la cuesta una vez que Rafe lo divise.

Escuchas los golpes de los pies pegando contra el suelo. Te levantas y corres

hacia arriba de la pendiente. A diez metros del árbol, Cross levanta las dos manos en el aire, el rifle apuntando hacia el cielo. Rafe está justo delante de él, la lanza dirigida hacia la barbilla del cazador.

—Muy bien —exclama Cross—. No me muevo, no hago nada.

—Ya hizo demasiado —dice Rafe.

—Arroje el arma —gritas.

Vas hacia ellos, la mirada clavada en Cross mientras deja el rifle en el suelo. Rafe le ordena que retroceda tres pasos y obedece. Cuando Cross se encuentra lejos del arma, tomas el rifle y lo giras para que apunte hacia su pecho. La lanza está justo debajo de su garganta.

Tu mirada se encuentra con la de Rafe, que se coloca del otro lado de Cross, empuñando la lanza. No tiene a dónde ir ni forma de escapar.

—Todo terminó —dices—. Échese al piso.



# CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

CROSS MANTIENE LAS manos en el aire y cierra los ojos mientras se arrodilla. — Inteligente —señala—. Muy inteligente.

El brazo firme, tu mirada se extiende más allá del extremo del rifle. Con la lanza aún en la mano, Rafe da un paso al costado. El bosque está quieto y silencioso. — Estas últimas semanas, aprendí mucho de ustedes —dice Cross mientras acerca el rostro hacia la tierra. Tiene una extraña sonrisa en el rostro, que te revuelve el estómago—. Al verlos juntos. Dos es siempre mejor que uno, ¿verdad?

Entonces escuchas el disparo.

Miras hacia abajo preguntándote si disparaste el rifle accidentalmente, pero sigue a tu lado, tu dedo en el gatillo. Alzas la vista justo cuando Rafe cae de rodillas. La mano va hacia su pecho, donde lo atravesó una bala; una mancha roja se extiende rápidamente justo debajo de la clavícula. Aprieta la mano sobre ella pero no puede detener la sangre.

Te das vuelta. El otro cazador se encuentra a veinte metros, medio oculto detrás de un árbol. Disparas tres tiros y le pegas una vez en el hombro y otra en la pierna. Cuando giras nuevamente, Cross ya se levantó y corre en dirección opuesta. Apuntas y disparas. El tiro da contra el tronco de un árbol a su derecha. Apuntas otra vez y disparas dos tiros sucesivos, pero ya desapareció dentro del bosque. —Tenemos que irnos de aquí —te vuelves hacia Rafe, que continúa oprimiendo la herida con la mano mientras jadea—. Vamos, solo un poco más lejos. Para quedar fuera de vista.

Colocas un brazo debajo de su lado sano, cargas todo el peso que puedes y te diriges hacia el árbol más cercano. Se deja caer contra el tronco y se desploma hacia adelante.

Te quitas la sudadera y presionas la tela contra su piel.

—Solo tengo que apretar con fuerza. Está todo bien, te pondrás bien.

Estás mintiendo —y lo sabes— pero quieres creer que es verdad. Todo parece demasiado irreal. Esta no es la forma en que se suponía que las cosas sucederían. No deberías perderlo allí, de esa manera.

—¿De dónde salió? —pregunta Rafe tomando tu mano—. No lo vi venir. No lo vi pasar.

Su respiración es lenta e irregular. No te mira, sus ojos están fijos en el suelo. Luego observa tus manos sobre su pecho—. Realmente no lo vi —repite.

—Yo tampoco. No podíamos haber adivinado.

Cuando vuelves a bajar la vista, sus dedos están pálidos y está temblando. Su mano cae hacia el costado del cuerpo. La palma de tu mano sigue sobre su pecho, apretando inútilmente la herida.

Mientras su respiración se vuelve más lenta y rasposa, retiras la mano. Le sostienes la cabeza y le llenas de besos la frente, las mejillas.

—Aquí estoy, Rafe —apartas el pelo de su cara con una caricia y sostienes su barbilla entre las manos—. Aquí estoy, aquí estoy...

Aprietas tus labios contra los suyos, no quieres despegarte de él.

Pero Rafe ya se fue.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

YA NO SIENTES ningún dolor. Ni sufrimiento ni agotamiento. Solo una sensación vacía y fría, como si te hubieran ahuecado el corazón.

Él lo mató. Rafe está muerto.

Te lo repites a ti misma mientras corres por el bosque, el rifle al costado del cuerpo. *Rafe está muerto. Rafe está muerto.* No parece real. Tienes las manos cubiertas de sangre seca. Tu sudadera tiene manchas de un rojo oscuro. Sin importar cuánto deseabas quedarte, tuviste que abandonar su cuerpo en ese lugar. Permanecer allí habría significado morir y casi podías escuchar a Rafe instándote a no detenerte, a seguir adelante.

Viste caer al segundo cazador después de que le disparaste. Es imposible que haya seguido a Cross, que aún estén cazando en equipo. Sería una carga demasiado pesada. Cross tiene que haber continuado sin él.

El rifle te pesa en la mano. Querrías que Rafe estuviera contigo en este momento, que te dijera qué hacer. ¿Cómo haces para convencerte a ti misma de que no eres como ellos? ¿Cómo puedes seguir adelante y fingir que existe otra forma de acabar con ese juego? Ahora eres tú o Cross: solo uno puede salir vivo de allí.

El viento cambia de dirección. Algunos mechones de pelo se sueltan de tu cola de caballo y te azotan el rostro. Escuchas el sonido de las ramas que se doblan, el murmullo de las hojas secas al arrastrarse por el suelo. Pero hay algo más allá, algo familiar: un calmo borboteo. El ruido de agua que corre.

Das un rodeo por atrás y percibes que la corriente se halla al oeste de donde te encuentras. Escudriñas los árboles hacia el norte para asegurarte de que no haya nada raro. Era imposible de distinguir en la oscuridad, pero no parecía que Cross llevara suministros. Su chaqueta era azul oscuro, tal vez negra. Si todavía la llevara puesta, sería más fácil de detectar. El bosque es una vasta extensión de verdes y otras tonalidades oscuras.

Justo adelante, el terreno desciende hacia la orilla. Reduces el paso y te deslizas por detrás de los árboles para mantenerte oculta. El río tiene unos dos metros y se ensancha un poco más aguas abajo. Es profundo, hay grandes rocas que quiebran la superficie, rodeadas de agua blanca y presurosa.

Te acercas a la orilla utilizando las raíces gruesas y sinuosas para afirmarte en el descenso. Te arrodillas y dejas que el agua fría bañe tus manos con rapidez. Te quitas la tierra de las uñas y te frotas la sangre de la piel. Luego apoyas el arma en la orilla,

sumerges una mano y la ahuecas para recoger algunos sorbos de agua.

Es tan agradable beber las gotas frescas, que eliminan finalmente esa sensación de polvo y sequedad que tenías en la boca. Puedes sentir cómo desciende el primer sorbo y despierta tus entrañas. Te vuelve todavía más consciente de lo vacío que está tu estómago.

Te estiras para beber otro sorbo cuando percibes el silencio. El bosque está quieto. No hay ruido de fondo: no hay pájaros arriba ni ardillas corriendo por la tierra, solo el grave gorgoteo del agua que se desliza raudamente.

Está aquí, en algún lugar. Puedes sentir sus ojos clavados en ti. Tratas de actuar como si no te hubieras dado cuenta y dejas caer tu cabello delante del rostro para que no pueda verte los ojos. Después de escudriñar los árboles unos segundos, lo detectas. Está a diez metros hacia la derecha y te observa desde arriba, apenas una rayita negra detrás de un árbol.

Tomó el arma del otro cazador: puedes ver el contorno al costado del cuerpo. Simulando lavarte las manos, te restriegas los dedos, pero mantienes los ojos sobre él. Cuando levanta el arma para apuntar, te zambulles de cabeza en el agua y cortas la superficie en el momento en que dispara el primer tiro.

El río es más profundo de lo que imaginaste, la corriente más fuerte. Debajo de la superficie, el agua es un torrente azul verdoso. Tratas de aferrar el rifle pero se te escapa constantemente de la mano. La corriente te arrastra río abajo, jalando de tus brazos y piernas.

Tu hombro choca contra algo duro y sientes un dolor agudo y punzante. Tropiezas contra el costado de la roca y sueltas el rifle, que se pierde en el agua. No puedes pensar cómo y cuándo subir para respirar. Estás muy por debajo de la superficie y, de pronto, ya no lo estás.

Cuando finalmente logras tomar aire, lo ves arrodillado junto a un árbol, sobre la orilla. Trata de apuntarte pero la corriente te empuja con mucha fuerza. El segundo tiro da en un peñasco a varios metros detrás de ti. Te vas alejando cada vez más, dando vueltas con la corriente, que te lleva hacia la parte de atrás de un grupo de rocas.

Tomas todo el aire que puedes y te sumerges en lo profundo del río, donde no te pueda ver.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

EN POCOS MINUTOS, te encuentras río abajo y fuera de la vista. Pero ahí el agua es más profunda y hay más rocas. Tu brazo izquierdo golpea contra una piedra debajo de la superficie y te toma unos instantes registrar el dolor, pues el agua fría ha entumecido tu cuerpo.

Más arriba, una rama se extiende sobre la orilla. En el recodo del río te estiras y la atrapas, las manos te queman al rozar la corteza. Te aferras con firmeza mientras la corriente empuja tus piernas río abajo. Te demanda toda la fuerza que tienes colocar una mano sobre la otra y trepar por la rama hacia donde el agua es menos profunda, hasta que logras pisar la orilla rocosa.

Llegas arrastrándote al borde y recuperas el aliento. El bosque que va hacia el norte continúa en silencio. ¿Cuán lejos te llevó la corriente? No puedes haber estado en el agua más de cinco minutos, tal vez diez, pero sientes que estás a kilómetros de donde comenzaste.

El río sinuoso te trasladó hacia el oeste alejándote de tu rumbo original. Es probable que Cross siga andando por la orilla para buscar indicios del lugar donde abandonaste la corriente. Tu sudadera está empapada. Dejará una huella clara y mojada sobre la tierra. Aun si te quitaras la ropa, tendrías que llevarla contigo: no puedes permitirte desprenderte de ninguna de tus prendas sabiendo que se avecina otra noche fría.

Si bien tarde o temprano tendrás que dirigirte hacia el sur, ahora giras hacia el norte y te adentras en el bosque. No tratas de ocultar tus huellas. Si logras atraerlo hacia algún lugar donde esconderte, tal vez podrías desarmarlo. Estás completamente exhausta y no quieres correr más. Deseas que todo esto termine, sea como sea.

Te quitas la sudadera y la vas escurriendo por el camino. El agua que chorrea es rosada, de una mancha de sangre en la manga que golpeó contra la roca. Tu codo izquierdo está sangrando, la piel rasgada y en carne viva. Dejas que la sangre caiga al suelo sobre las hojas secas. Ahora sabrá que estás herida y es probable que piense que es más serio de lo que en realidad es. Quieres hacerle creer que está ganando.

Continúas por más de una hora y, finalmente, el bosque termina y se abre sobre un lago, unos veinte metros más abajo. La pendiente es muy escarpada y está cubierta de rocas irregulares. Hay varios grupos de piedras alineados en la saliente del acantilado, algunos de dos metros de altura. El viento sopla con fuerza; sería razonable que intentaras buscar refugio entre ellos. Necesitas hacerle creer a Cross

que lo harías.

Estiras la sudadera en el suelo en una zona donde da el sol, a poco más de un metro de las rocas.

Necesitarás otra lanza y un lugar donde esconderte.

Se aproxima tan lenta y metódicamente que, al principio, no lo percibes. Con el arma colgando al costado, se mueve de un árbol a otro, manteniéndose oculto mientras se dirige hacia el lago. Está concentrado en la sudadera que dejaste a la vista.

Comienza a caminar y se detiene. Se arrodilla en el suelo y examina algo. ¿Sangre? ¿Las hojas secas y rotas que aplastaste al pasar por ahí?

Al ir acercándose al borde del agua, se estira y toma algo de una rama fina. Lo levanta y lo examina entre los dedos. Aun desde la distancia, puedes afirmar por la manera en que lo extiende entre las manos que es un pelo. Tu pelo.

Estás a pocos metros de las rocas, escondida detrás de un árbol. Retrocedes despacio para quedar más oculta tras el tronco. Mantienes la respiración pausada y constante sabiendo que, a medida que vaya acercándose, será más peligroso espiar. Cada vez que te mueves, te arriesgas a que te localice. Por lo tanto, prestas atención. Es sutil pero, cuando cierras los ojos, puedes oír el sonido de sus botas pisando las hojas.

Al acercarse al lago, sus pasos se vuelven más ligeros. No hay indicios de que sabe que estás allí, escondida detrás de él. Debe estar a seis metros de distancia. Ahora a tres. Cuando se dirige hacia el lado externo de las rocas, alcanzas a ver parte de su espalda. Lleva el rifle en alto y se está preparando para apuntar.

Será difícil desarmarlo desde atrás, pero se encuentra a un metro y medio, lo más cerca que estará de ti. Aferras la lanza con fuerza y ruegas que la atadura aguante. Tomas aire y luego lo largas mientras corres hacia adelante, te abalanzas sobre él y hundes la piedra en ese sitio delicado debajo del omóplato derecho.

Deja caer el rifle con un grito ahogado. Retiras la lanza y le pegas otra vez debajo de las costillas. Sujeta el extremo del arma con la mano izquierda y se da vuelta hacia atrás tratando de apuntar. Pero lo tomaste por sorpresa. Está tan dolorido que no puede usar el otro brazo y hace torpes esfuerzos por llegar al gatillo.

Le quitas el rifle, lo das vuelta y se lo apuntas a la garganta. Se cae al suelo de espaldas. Te paras arriba de él, tan cerca que puedes ver las líneas de su frente, la forma en que el sudor le acható la raya del pelo. Escondió su chaqueta en algún lado y, en su lugar, lleva una camisa verde de lona. La parte de adelante está manchada con lodo.

Le golpeas el pecho con la punta del rifle.

—Se acabó el juego.

Se reclina sobre el brazo izquierdo y levanta la cabeza.

—Tú sabes que fui yo quien te convirtió en lo que eres, ¿verdad? La isla fue

solamente el principio. Los que sobrevivieron fueron aquellos considerados merecedores de la Migración, los que estaban preparados para ser trasladados al mundo real. Pero tú solo sabías sobrevivir en la naturaleza. ¿De qué te serviría eso en la gran ciudad? ¿Cómo harías para sobrevivir por ti misma, en el metro, en las calles? Tal vez todavía no lo recuerdes, pero durante semanas, antes de liberarlos en las ciudades, los entrenamos... Les enseñamos todo lo que saben.

—Usted no me convirtió en nada —dices—. Yo soy más que usted. Más que su juego enfermo y retorcido.

La punta del rifle continúa apoyada contra su pecho, justo arriba del corazón. Mantienes el dedo lejos del gatillo: temes lo que pudieras llegar a hacer. *Él es responsable de todo. Es quien te hizo todo esto. Mató a Rafe. Mató a los demás. Ya te arrebató tu propia vida.*

—Haz lo que tengas que hacer —dice—. Puedo aceptar que perdí.

—¿Que haga lo que tengo que hacer? ¿Que lo mate? ¿Para que no tenga que pagar por lo que hizo? ¿Para que muera solo aquí, en el bosque, como una víctima? —Toma tu premio.

—Mi premio es mi libertad.

Te apartas de él sin dejar de apuntarle, asegurándote de estar lo suficientemente lejos para que no pueda abalanzarse sobre el rifle.

—Levántese —ordenas—. Me va a guiar fuera de aquí.

Se pone de pie. Le haces un gesto con el extremo del rifle para que camine, pero no se mueve.

—Ganaste. Dispara.

—No lo haré.

—Tú sabes por qué te elegimos, ¿verdad? No eras nada. Nadie te quería. Eras descartable.

No permitirás que te enfurezca. *No somos asesinos. Nosotros no somos como ellos.* —Durante todo este tiempo, uno hubiera pensado que brotaría la indignación. Que habría padres buscando desesperadamente a sus hijos. Pero no, nada de eso. No deja de asombrarme. Hay personas que pueden desaparecer y es como si, como si no le importaran a nadie. Como si nunca hubieran existido.

—Si yo no le importara a nadie, no habría venido por mí y no estaríamos aquí. Aunque lo dices, tu garganta sigue tensa. Te está presionando. Quiere hacerte perder los estribos. *quiere* que lo mates.

—Es un juego, Blackbird. Y prefiero morir a perder.

Se da vuelta hacia el acantilado y corre hacia el cielo luminoso y despejado. Está a tres pasos del borde, luego a dos. Va a saltar.

Está a punto de hacerlo cuando bajas la mira y disparas. La bala le pega en la parte de atrás de la pantorrilla. Trastabilla y vuelves a disparar, esta vez a la otra pierna, justo arriba de la rodilla.

Se cae hacia adelante. Te acercas a él, te arrodillas y arrojas el rifle a tu lado.

Apoyas la mano en su espalda y la deslizas por el cinturón para estar segura de que no oculta otra arma, un cuchillo o cuerdas.

Lleva pantalones cargo, con bolsillos adelante, atrás y al costado de las rodillas. Cuando tanteas el costado de la pierna, gruñe y trata de apartarte la mano. Piensas que es por la herida de bala. Pero luego notas el contorno de un objeto plano y cuadrado: un teléfono celular.

Intenta pelear, pero le sangran las heridas. Tú eres más fuerte y se lo arrancas. El teléfono está encendido pero dice Sin *servicio* arriba a la izquierda. Lo guardas en el bolsillo.

Cortas dos trozos de tela de siete centímetros de los dobladillos de tus jeans y los envuelves alrededor de las heridas de las dos piernas. Luego lo giras hacia el costado y examinas los cortes que hiciste con la lanza.

No podrá moverse pero, con las heridas vendadas, tampoco morirá desangrado. No quieres que eso ocurra, quieres que sufra.



# CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

EL CRUJIDO DE las hojas bajo tus pies, el viento que desordena tu pelo. Ahora, mientras corres, sientes que todo es distinto. Más ligero, más libre. Desapareció ese miedo con el que viviste durante tantas semanas.

Cruzaste el río y ahora te diriges hacia el sur; solo quedan unas pocas horas más de luz. Estás atravesando la arboleda cuando la luz te pega en los ojos, se enreda en el tupido techo de hojas que se extiende sobre tu cabeza y desencadena un recuerdo fugaz de la isla.

*Ella te persigue. Puedes oír cómo corre por el bosque detrás de ti. Rafe va adelante cortando la tupida maleza con su cuchillo largo y oxidado. Hace un ademán hacia la izquierda, donde la ladera desciende y el terreno se torna muy resbaladizo como para caminar por encima de él. Sabes por instinto lo que quiere decir: «Ve por allí. Tenemos que deslizarnos hacia abajo». Haces un giro abrupto y descendes por la ladera mientras una bala pasa silbando a tu lado. Cuando tus pies resbalan, te echas hacia adelante y das una voltereta, la barbilla pegada al pecho. Se te levanta la parte de atrás de la camisa y la piel te queda en carne viva por el roce. Rafe te sigue en una torpe y frenética caída cuesta abajo.*

*Al aterrizar con fuerza al pie de la colina, notas que se te abrió la cicatriz y te sangra el cuello. Ayudas a Rafe a levantarse y ambos se aventuran en el bosque. La playa está un poco más adelante.*

Puedes recordar el resto, pero no quieres hacerlo. Todo regresa: la parte en que llegas al final del bosque y el mar abierto se extiende delante de ti, la camisa de Rafe apretada contra el cuello. Llegan más disparos desde arriba.

Es como él prometió que sería: una catarata de sensaciones, de imágenes y sonidos. No es todo, pero algo se destapó.

*Estás discutiendo con tu hermano. Es más chico, no tiene más de nueve o diez años. La casa es oscura y estrecha. Hay pilas de periódicos y de correspondencia sin abrir sobre todas las superficies. Cuando él se enoja, junta las cejas. Se estira y te arranca el control remoto de la mano. Lo lanza a través de la habitación y se estrella contra la esquina de la mesa de café. Los trozos de plástico se esparcen sobre la alfombra. Cuando levantas la vista, tu tío está en la puerta, los puños apretados. Tu hermano se levanta y sale corriendo.*

*Luego, brota una imagen de un brazaletes de flores usado sobre tu mesa de noche. Otra de una cancha de fútbol americano rodeada de montañas anaranjadas.*

*Después, una casa victoriana destruida sobre una colina empinada. El interior completamente desnudo y el suelo cubierto de basura. Dos personas dormidas en un colchón manchado. Corres y regresan más fragmentos. La risa de tu madre, tan nítida como si estuviera ahí mismo... a tu lado. Tu padre en una cama de hospital, los ojos abiertos, cubiertos por una fina lámina gris. La piscina sobreelevada con el revestimiento de plástico roto. La forma en que perseguías a tu hermano alrededor de ella, corriendo para formar una corriente de agua. El suave embudo del remolino en el centro.*

Los recuerdos están volviendo. Todo volverá. Corres con pasos ligeros. Mientras te deslizas entre los árboles, el agotamiento cede.

El teléfono zumba en el bolsillo. Un aviso.

Cuando lo miras, todo te parece distinto... todo terminó finalmente. Ya está. Ya pasó. Vuelves a estar en las proximidades de una antena de teléfono y tienes señal.

# EPÍLOGO

—NO QUIERO HACERLO —dice Ben.

—No tenemos otra opción.

Se encuentran a la vuelta de los tribunales. Las escaleras están llenas de camarógrafos. Infinidad de reporteros están agolpados detrás de las vallas de metal esperando que pase más gente. Celia te envió un mensaje de texto diciendo que Devon y Salto ya estaban adentro. Hoy, los demás blancos van a declarar ante el gran jurado. Sabes lo importante que es eso.

—¿Irás a Fresno cuando regreses? —pregunta Ben.

—Trataré. Quiero ver a su abuela... ella dijo que Rafe está enterrado a diez minutos de la casa. Sin embargo, antes tengo que atender unos asuntos familiares. Ver a mi hermano, a mi tía.

—Era un buen tipo —afirma Ben sin mirarte.

—¿Qué dices? Ustedes dos se odiaban. Te pido por favor que no hagas esa estupidez de fingir que alguien fue tu mejor amigo solo porque está muerto.

—No estoy haciendo eso, Lena.

Se apoya contra la pared y ambos miran hacia adelante. Hay dos chicos que no reconoces subiendo las escaleras, escoltados por un agente de policía. Te preguntas si serán otros blancos que volaron desde Los Ángeles. También se presentaron otros de Chicago, uno de Miami y otro de Seattle.

—Es solo que. —comienza a decir—. Él estuvo contigo en la isla. Te ayudó cuando Cross te perseguía, cuando te secuestró.

—Nos ayudamos mutuamente. Éramos un equipo.

—Y me agrada por todo eso —prosigue Ben—. Sé que significó algo para ti.

Todo. Sientes que era todo para ti. Sigue en tus sueños, los recuerdos ahora son más vívidos que antes. Rafe inclinado hacia adelante mientras la cascada moja su pelo y su espalda. Se da vuelta y se seca el agua de los ojos. Está parado frente a ti y sonríe.

Odias tener que despertarte.

—Yo solo. —dice Ben—. Desearía que todo fuera distinto.

—Yo también.

Echas una mirada hacia el parque, el mismo parque donde estaban dos semanas atrás, cuando esperaban la llegada de Cross. Nubes grises cubren el cielo y dejan caer alguna llovizna ocasional. Grupos de hombres de negocios fluyen por las aceras.

Nadie se molesta en abrir el paraguas.

—Tu hermano —agrega Ben—. ¿Cómo está?

—Está con mi tía en Cabazon. Pasará a buscarme una vez que llegue a Los Ángeles. Después de ver a Izzy.

—¿Y después de eso?

Te das vuelta y lo observas. El traje le queda raro. Es demasiado formal; el cabello peinado hacia atrás, los rizos achatados con gel. Sabes que es probable que tú también te veas igual de rara. Celia te compró un vestido negro y zapatos bajos para el juicio. Ni el vestido ni los zapatos te quedan bien.

—¿A qué te refieres, Ben?

—¿Cuándo podré volver a verte? Lo que te dije antes era cierto, Lena. Te amo.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué? Odio que tengas que pasar por todo esto... Y no quiero que tengas que hacerlo sola.

Podrías estar con él como no estar con él. De cualquiera de las dos formas, igual estás sola. Es difícil explicárselo a Ben. Es difícil hacerle entender que recién ahora estás recuperando tu vida. Y esa vida, con todos sus recuerdos y errores, es complicada.

—Siento que ya no quiero eso.

—Esperaré.

—Necesito espacio para recuperarme, para recordar. Para averiguar quién soy y quién era antes de todo esto.

Eso lo detiene. Se da vuelta, se asoma por la esquina y observa a la multitud que sube en fila por las escaleras, los destellos de las cámaras. Celia acaba de salir y echa un vistazo por la acera esperando verte aparecer.

—Supongo que deberíamos ir —dice Ben.

—Supongo que sí.

Están leyendo los últimos nombres. Te encuentras en la habitación de Izzy mientras escuchas el final de la lista. Cada tres nombres hay un NN: restos que encontraron en la isla pero no pudieron identificar. Cientos de blancos —de *personas*— que probablemente nunca lleguen a encontrarse.

—Entiendo por qué no querías ir al homenaje —señala Izzy.

—Solamente quería volver aquí. Para verte a ti y a mi familia.

—¿Ben fue?

—Le pareció que debía ir. Los reporteros no lo dejarán en paz. Ya vi a Devon en el noticiero cuando venía para acá, un tipo le estampó un micrófono en la cara.

Izzy se recuesta en la cama. El pelo de la parte afeitada de la cabeza ya le ha crecido un poquito y está vestida con ropa que obviamente le compró su abuela. Pero, salvo eso, se la ve bien. Se puede ver el contorno del vendaje del lado derecho de su cuerpo, por debajo de la tela de la camiseta. En las últimas semanas, la herida

se infectó. Estuvo entrando y saliendo del hospital y tuvo que quedarse en Los Ángeles una semana más de lo que tenía planeado.

*Francesca DePalma, Misty Williams, Aaron Isaacs, NN femenino, Chrissy Park...* Encima de la cómoda de Izzy, la televisión pregona los nombres. El alcalde de Nueva York es el encargado de leerlos. Hace una pausa después de mencionar a cada uno y levanta la mirada como si los conociera personalmente.

*Joy Frias, Paul Simmonds...*

Te enteraste cómo empezó EAA. Quince años atrás, cuando se iniciaron las cacerías en la isla del acaudalado cazador Michael Thorpe, se había tratado de un viaje común. Era un grupo de amigos que iban a un lugar sin controles, sin policía, y que no debían preocuparse por las especies en peligro de extinción ni por reglamentos estrictos. Cuando cazar especies autóctonas se tornó muy predecible, comenzaron a llevar presas exóticas de contrabando. Y cuando eso ya no resultó suficientemente excitante, Theodore Cross, uno de los miembros originales del grupo de cazadores, propuso (al principio, apenas una broma por lo bajo, o al menos eso había parecido) que lo más difícil de todo sería matar a otros humanos. Y la idea prendió.

Al principio, habían buscado indigentes, prostitutas... gente que nadie echaría de menos. Pero los fugitivos eran los que sobrevivían. Los cazadores se marchaban y, cuando regresaban semanas después, ellos seguían allí.

Algunos de los cazadores intentaron detener esto. Al menos, eso aseguraron. Cross fue quien impuso las reglas. Quien estuviera en contra de las cacerías, quien fuera una amenaza para EAA, moría. Si cambiabas de idea, te descubrían. Si se lo contabas a alguien, te descubrían.

*Connor Rinsky, Albert Aguilar, RafeMagnuson...*

Tomas el control remoto de la manta y apagas el televisor. No terminaron de leer la lista, pero es duro seguir escuchando. ¿Qué te diferenciaba de ellos? ¿Por qué sobreviviste tú y ellos no? La gente dice muchas cosas al respecto. *Existe una razón por la cual estás viva. Si sobreviviste es por algo.* ¿Cuál es esa razón de la que todo el mundo habla? Por supuesto que habrá juicios y acuerdos, y Cross nunca saldrá de prisión. Pero los muertos no revivirán y sus vidas también significaban algo. Escuchas el ruido de un auto que se detiene. Vas a la ventana, corres las cortinas y ves el Toyota blanco y oxidado junto a la acera. Hay un chico en el asiento del conductor. Se mira en el espejito antes de bajarse.

—Tu chofer, ¿verdad? —comenta Izzy con una sonrisa.

Te toma la mano y te atrae en un abrazo. Le dices que te mantendrás en contacto, que le escribirás, que la llamarás. Y, esta vez, es en serio.

Te diriges a la puerta de entrada. Chris ya bajó del auto y está de pie junto al borde de la acera. Dieciséis años, esa extraña edad intermedia: flaco, desgarbado, con una nuez desproporcionada para su cuello. Tiene un ramo de margaritas en la mano. —¿La carroza me espera? —bromeas, pero tienes que contener las repentinas lágrimas que inundan tus ojos. Chris mira hacia abajo y no dice nada.

Tú eres quien se adelanta y lo abraza primero. Es unos treinta centímetros más alto que tú y, con la cabeza contra su pecho, puedes sentir que respira con dificultad. Se seca los ojos.

—Estoy contento de que hayas vuelto, Lena —dice—. Estoy contento... muy contento.

Te entrega las flores y se da vuelta antes de que puedas verle la cara. Mientras sube al auto, miras hacia atrás, una sola vez, y recorres la calle, la casa de Izzy, la casa de Ben. Una bandada de pájaros sale volando de un árbol cercano. Se mueven en grupo y se lanzan hacia un lado y hacia el otro.

*Rafe está arrodillado en la arena cortando la fruta sobre la roca. Adentro es de un bellísimo color rosado intenso. Te alcanza la mitad.*

—¿Estás seguro de que podemos comerla?

—Ya no estoy seguro de nada.

—Entonces me arriesgaré.

*Le das un mordisco y la acidez te hace fruncir los labios. Se sienta a tu lado y muerde su parte.*

—Lena —dice; pero no a ti sino al aire—. Lena Marcus.

—Ese es mi nombre.

—Estoy comenzando a pensar que eres lo único bueno que hay aquí.

—Acabamos de conocernos.

—Lo sé.

*Hinca los dientes en su mitad y deja que el jugo se le derrame por la barbilla. Aparta la fruta cuando todavía le queda bastante.*

—Quiero irme a casa —con solo decirlo, se te humedecen los ojos—. Quiero regresar.

—No podemos. Tenemos que estar juntos. Tenemos que sobrevivir.

—Parece imposible.

*A tus espaldas, se escucha el ruido de las hojas y giras, esperando ver a los cazadores. ¿Cuántos serán esta vez? Están atrapados en la playa. No hay por dónde escapar.*

*Rafe tiene la misma sensación. Se coloca delante de ti para esperarlos. Pero cuando el sonido se va acercando, ves la primera señal de los pájaros, que vuelan por debajo de la maraña de ramas. Son cientos y se dirigen hacia el mar. Al salir de la sombra, sus alas quedan expuestas a la luz. Son azules e iridiscentes. El vientre es de un blanco perfecto. Vuelan por encima de tu cabeza, el aire cambia a su paso. Luego se van, atravesando raudos el cielo hacia el horizonte infinito.*

Tu mano sigue apoyada en la puerta del auto. Tienes la vista fija en los árboles y observas cómo se alejan. El motor está encendido.

—¿Qué te pasa, Lena? ¿Estás bien?

Te subes al auto y cierras la puerta mientras disfrutas de aquel día en la playa. Los pájaros, el recuerdo preferido de Rafe.

—No pasa nada —respondes mientras el auto arranca—. Estoy lista.

# AGRADECIMIENTOS

Como siempre, abrazos y gracias a toda la gente de Alloy Entertainment. A Les Morgenstein y Josh Bank, por el apoyo y la confianza constantes. A Sara Shandler, por la edición general, que mejoró este y todos los otros libros que he escrito. A Hayley Wagreich, por conversar sobre la trama y los personajes y por poner tanto amor y cuidado en cada detalle de esta colección. A Lanie Davis, por las llamadas de larga distancia. Y a Joelle Hobeika, editora y amiga, por la meticulosa edición de cada renglón, los comentarios sobre los personajes y el apoyo inagotable.

A la buena gente de HarperCollins: a Jen Klonsky, por su completa genialidad. A Emilia Rhodes y Alice Jerman, por su percepción, que ayudó a mejorar el libro, página por página, renglón por renglón. Mi gratitud a todas las mujeres brillantes que promocionan estos libros, pero especialmente a las maravillosas: Gina Rizzo, Kristin Marang, Heather David, Margot Wood, Aubry Parks-Fried y Christina Colangelo. A Heather Schroder, agente y amiga, por su buen trabajo y su guía.

Les agradezco a todos mis amigos en tantas ciudades, por su cariño y apoyo inquebrantables. Estoy en deuda especialmente con aquellos que leyeron borradores de este manuscrito, a veces con un plazo de devolución de veinticuatro horas. Abrazos y gracias a Aaron Kandell y a Connie Hsiao por sus perspectivas desde afuera. Como siempre, amor y gratitud a mi familia de Baltimore y Nueva York por leer todos los libros y por alentarme a continuar. Infinitas gracias a mi hermano Kevin y a mis padres Tom y Elaine.